

¡AHORA NO!

Prólogo

No puedo callar lo que vi para escribir lo que imagino
Max Aub

Ya dije aquella vez que algún día, cuando el colegio no me comiera las horas y la rutina no me ensombreciera, volvería a contar mis historias. Pues después de trece años —toco madera—, he encontrado ese momento. Esta vez sí que han cambiado cosas.

Aunque en determinado momento de esta novela se dice que comienza una aventura, considero que **la mayor aventura se empieza a narrar desde el primer momento**. Y es que lo que aquí se presenta son un conjunto de historias de mi vida, quizás exageradas, algunas de ellas mezcladas con las escasas notas de fantasía que mi imaginación ha podido aportar, pero **todas ellas parte de la aventura que es vivir y ejemplo de una de las maneras en las que se puede afrontar esta aventura que es la vida**.

Nuevamente, como aquella vez, mi abuela ha sido protagonista en la historia del título de la novela, aunque esta vez a última hora el título cambió. La novela iba a llamarse *Mare nostrum*, como la novela que mi abuela empezó con toda la ilusión de pequeña, pero que dejó en la primera página porque decía que se liaba demasiado, casi tanto como yo en esta. Esta historia me la habrá contado, sin exagerar, unas cien veces. *Mare nostrum* iba a ser un bello título que reflejara no solo esta historia de mi abuela sino una metáfora de que lo que iba a contar era el reflejo de este mar en el que vivimos, con el aliciente de que parte de la novela transcurre en un pueblo de la costa mediterránea. Pero como [Blasco Ibáñez](#) tiene ya una novela que se llama *Mare Nostrum* y además escribió [otra](#) que en la que se habla del héroe Romeu, me pareció que iba a quedar todo muy sospechoso.

Dándole vueltas al título un día en el cine con mi madre y con mi hermano, se nos ocurrió *Mare mía*, que refleja bien la sorpresa que seguramente el lector se lleve al leer este relato y a la vez mantiene la idea del mar. Eso sí, para conseguir esta ambigüedad tenía que tomarme la licencia de no llamarlo *Mare Meum*, como creo que sería la forma adecuada en latín.

Por eso, al final, pensándolo mejor, opté por el actual título, ***¡Ahora no!***, que recoge una frase clave de la novela y es reflejo rotundo de esos momentos en la vida en los que uno siente que los otros le han dejado atrás, momentos imprescindibles que nos hacen replantearnos las cosas y tras los que, por supuesto, seguimos haciendo lo mismo que hacíamos antes.

Espero, en fin, que a pesar de la hostilidad del título definitivo, el lector no dude en hacerse a la mar y navegar por esta *mare mía*, novela escrita en olas, que no es más que un intento de encarnar en palabras este *mare nostrum* en el que un día aparecemos.

Por tanto, sin más dilación, demora o tardanza, os presento aquí la primera parte de esta aventura sin precedentes; bueno, con bastantes precedentes, pero **aventura sin igual**, una **aventura lingüística** de tinte amargo e hilarantemente tragicómico.

PRIMERA PARTE: MI HERMANO

1

El zorrocloco que creía en diccionarios

—¡Son ustedes unos embaucadores, unos [arteros](#), unos [trapaceros](#)! ¡Unos [perillanes](#)! ¡Me la han jugado!

Ya estaba mi hermano discutiendo con alguien por teléfono.

—Lo que me han hecho ustedes es una [fullería](#), una [candongga](#), una artimaña de las de época, una [cancamusa](#). ¡Una [martingala](#)!

Si no conociera tan bien a mi hermano, no sabría que **esas palabras generalmente las va sacando sin ton ni son de aquí y de allí y se las aprende de memoria** para este tipo de ocasiones. Sin ir más lejos, el otro día justo me habló de la palabra *martingala*. Dijo que le había salido leyendo *Prim*, uno de los *Episodios Nacionales* de Galdós (que se había empezado a leer por [la serie que han sacado en la 1](#), para ver si verdaderamente Galdós investigó el asesinato de Prim) y estaba emocionado. Muchas de las otras palabras que profería seguro que las había sacado de buscar sinónimos en WordReference.

Cuando terminó de hablar, nuestra madre le preguntó:

—Pero ¿qué ha pasado ahora?

—¡Nada! Los bergantes de la compañía de teléfonos, que dicen que el seguro no me cubre el robo porque fue por negligencia mía. ¡Después de dieciséis meses pagándolo! Y, claro, les he dicho de todo.

—Ya, ya te he oído. Cancamusa... ¡Ja, ja, ja! —Nuestra madre no podía evitar reírse muchas veces con las historias y expresiones de mi hermano—. Pero ¿por qué no les has dicho que te lo robaron?

—Pues no sé, no se me ha ocurrido.

(Lo que le pasa a mi hermano es que **no sabe mentir**.)

—Y en cambio se te han ocurrido un montón de insultos, ja, ja.

—Je, je. Pues tengo muchos más para la próxima. Estos no saben con quién juegan, vamos. Se creen que están hablando con un [zorrocloco](#).

Y remataba con una frase típica suya seguida por una de las locuciones latinas que se estudiaba de memoria de [la página de la Wikipedia a ellas dedicada](#) o yo qué sé de dónde y que de vez en cuando, como tantos personajes en nuestra literatura, usaba desatinadamente o, mejor dicho, *deslatinadamente*, como le pasa a cualquiera que usa una lengua sin conocerla bien:

—**Es que hay que joderse, macho**. Pero, *mea est ultio* —La venganza es mía.

A saber lo que pensó el miembro de la compañía de teléfonos que recibió aquellos improperios. El problema de gente como mi hermano es que **no solo leen por gusto diccionarios** y demás libros y páginas de referencia, **sino que además se los creen**. Y, peor aún, encima piensan que otros también se los creen y no entienden que no comparten las mismas inquietudes que ellos. Pero el problema de mi hermano va

incluso más allá, y es que **a veces conoce palabras, pero no sabe cómo usarlas bien en contexto, porque solo las ha visto en diccionarios**. Lo bueno, no obstante, como iremos viendo, es que **no es de los que encima critican a otros por cómo hablan**, sino que **trata de buscarle una justificación a los supuestos errores que cometen**, algo que le parece **precioso**.

Sea como sea, es muy divertido cuando mi hermano empieza a soltar estas retahílas o [ringleras](#) de palabras, o cuando, casi siempre **tratando de ligar**, cuenta etimologías y curiosidades de la lengua. Porque saber, hay que reconocer que sabe, y que sabe cosas interesantes, o que al menos lo parecen. Si no fuera por esto, nunca me habría planteado compartir, como aquí he empezado a hacer, sus historias, que casi siempre van más allá de las meras palabras o las anécdotas.

2

Latinismos, banderas, el punto y coma y otros ruidos de animales

Mi hermano es el típico que sabe que los de Calatayud son bilbilitanos y los de Fuerteventura majoreros, o que está mal dicho *a grosso modo*, y hay que decir *grosso modo*, o que es [veni vidi vici](#) y no *veni vidi vinci*. Incluso sabe explicar por qué es *vici* y no *vinci* y lo sabe pronunciar a la clásica, es decir, *viki* y no *vichi* o *vinchi*, como dicen algunos a lo Leonardo. Y, por supuesto, sabe que según Plutarco estas palabras las dijo Julio César después de la batalla de Zela.

Mi hermano es también el típico que sabe que las cigüeñas [crotoran](#) y que las panteras [himplan](#). No en vano, todavía celebra el haber elaborado de pequeño en el colegio una lista de más de cincuenta ruidos de animales, en una época en la que no era tan fácil realizar búsquedas en diccionarios. Lo que con mayor entusiasmo y ufanía cuenta es que años después su profesor le enseñó aquella lista, que conservaba aún porque le seguía siendo útil con los alumnos.

Mi hermano, además, **se sabe las capitales de todos los países, con especialidad en islas oceánicas** del tipo de Tonga —capital Nukualofa—, e, incluso, Niue —capital Alofi—, pero también las de colectividades de ultramar como Wallis y Futuna —capital Mata-Utu—, países insulares como los holandeses Curazao, Sint Maarten y Aruba y otros como las Islas Cook; y hasta se llegó a aprender las capitales de los estados de Estados Unidos, en este caso [para intentar ligar con las americanas cuando estuvo de estancia en Nueva Isla](#).

Mi hermano es el típico que sabe que el nombre del país [Kiribati](#) viene de una mala pronunciación de Gilbert, el apellido de un capitán británico que anduvo por allí. Es además el típico que tiene nociones de [vexilología](#) (como Sheldon en *Big Bang Theory*) y no solo sabe lo de [las dos vacas en el escudo de Andorra](#), sino que sabe que en la bandera de San Pedro y Miquelón hay una ikurriña (de *ikur* 'señal' o 'signo') o que en el escudo de la provincia (que no de la ciudad) de Ávila hay una cebra (creo que esto lo sacó de *Saber y ganar*); y, por supuesto, es el típico que sabe que la palabra [tabú](#) es de origen tongano —ya que hemos hablado de Tonga— y significa 'lo prohibido', o que [tatuaje](#) es de origen samoano.

Diría que hasta es el típico que sabe usar el punto y coma, pero no sé si llega a tanto. Eso sí, por lo menos [sabe que el punto y coma no se pone para indicar una pausa menor que la del punto y mayor que la de la coma, sino que hay razones sintácticas detrás.](#)

En definitiva, que mi hermano es el típico que sabe muchas cosas, no siempre aburridas, pero eso sí, la mayoría posiblemente inútiles a ojos de muchos, y muchas de ellas seguramente inventos de la Wikipedia, los llamados por él *fake facts*. Además hay otras muchas cosas que no sabe. Pero no adelantemos acontecimientos.

3

La septentrionalidad del síndrome de Fausto

Y es que mi hermano, tiene **tres aficiones fundamentales**. La primera es la **lingüística** y la reflexión sobre el lenguaje y la gramática. La segunda es **saberlo todo**, lo cual se debe a que padece lo que un día descubrió que se llamaba el [«síndrome de Fausto»](#), del que luego hablaré con más profusión o, mejor dicho (que mi abuelo me ha advertido que *profusión* no quedaba bien aquí), [con más detenimiento](#). De momento baste con saber que, por padecer este síndrome, mi hermano generalmente se pasa el día leyendo o viendo películas de [las muchas listas que consulta y que se prepara](#). Su tercera gran afición es **salir de fiesta** los viernes hasta muy tarde. Esto último podría resultar algo chocante en una persona seria y culta; y efectivamente, cuando era más pequeño no salía mucho, pero un día un amigo le dijo que **aunque era una persona muy culta, no era una persona diez, porque para eso había que salir también**. Y como el síndrome de Fausto obliga a abarcarlo todo, mi hermano consideró que era oportuno salir y aprender cosas de la noche. Lo de salir hasta muy tarde también se explica a partir del síndrome de Fausto, como un síntoma por el que uno intenta no perderse nada de lo que pasa.

En una mezcla de sus tres aficiones, cuando mi hermano quiere ligar en una discoteca con una chica, le hace pasar **la «prueba de septentrional»**. Esto quiere decir que, para saber si una chica le conviene o no, le pregunta si sabe lo que significa *septentrional*. Puede parecer mentira, pero nunca le han respondido bien. Él se indigna y dice: «¡¿Qué pasa, que la gente no ve el pronóstico del tiempo o qué?!».

Una noche, hace poco, conoció a una chica de Canarias en una discoteca y le hizo pasar la prueba, pero además con prolegómenos. Para empezar, una vez que supo que la chica era canaria, le preguntó que de qué isla era:

—Porque se pregunta así, ¿no?, por la isla.

Ella, algo contrariada, le contestó:

—Bueno, es una manera de preguntarlo.

Y le dijo que era de Gran Canaria. Luego mi hermano ya pasó a decirle que tenía que hacerle una pregunta que ninguna chica le había respondido nunca, pero que ella seguro que lo iba a saber porque notaba que había algo especial entre ellos. Mi hermano creía ir sobre seguro porque suponía que, **al ser la chica de las Canarias, habría tenido que**

oír muchas veces la palabra *septentrional*, pues todo en España le pillaba al norte. Pero la chica no solo no sabía lo que significaba *septentrional*, sino que encima se lo tomó a mal y se apartó de mi hermano señalándole con dedo acusador, [amenazando miedo](#) y diciéndole que era muy raro por hacer esas preguntas. Eso sí, se llevó con ella la copa a la que mi hermano le había invitado.

La más correcta respuesta a la prueba de *septentrional* con la que mi hermano afirma haberse encontrado es la que le dio una chica gallega, que le contestó que seguro **que tenía algo que ver con el número siete**. Yo creo que esto lo cuenta para aprovechar la cara de extrañeza que la gente pone con lo de *siete* y así pasar a explicar de dónde viene la palabra *septentrional* y por qué se utiliza para referirse al norte; aunque la verdad es que creo que ni él lo sabe del todo bien. Dice que es porque la [Osa Menor](#), que contiene la estrella polar y que, por tanto, marca el norte, tiene siete estrellas (las mismas que se representan en la bandera de **Almagriz**, nuestra ciudad, según nos contó un día; pero no así, y esto podría excusar a la canaria, las de la [bandera independentista canaria](#), las cuales representan las siete islas del archipiélago, [sin contar San Borondón](#)). Dice que de las siete estrellas viene lo de *sept-*, y que las estrellas son como bueyes, porque se mueven muy lento y, probablemente, porque tiran del carro que forman, y que en latín *bueyes* se dice *triones*. Por tanto, *septentrión* significa ‘siete bueyes’ y marcan el norte porque forman parte de la Osa Menor.

Viendo esto, **no os creáis que mi hermano es el típico pedante, petulante, cultureta o, como dice él «ojilato periculto»** (sacado de [un libro de Reverte en el que Quevedo llama así a Góngora](#)), que critica a la gente porque no sabe cosas. Todo lo contrario: **mi hermano odia a ese tipo de gente**. En el caso de *septentrional*, por ejemplo, dice que no le importa el hecho concreto de que una chica no sepa lo que significa *septentrional*, sino lo que esto implica. Dice que la palabra *septentrional* sale mucho en la tele y que **si alguien no sabe lo que significa es porque no ha sentido curiosidad ni se ha tomado la molestia de buscar su significado en el diccionario** en una de las muchas veces que la ha oído, **con lo importantes que son para él la curiosidad y los diccionarios**.

Y la cosa es que es verdad. Una vez que te empiezas a fijar por ahí, [esta palabra aparece muchísimo](#), no solo en el pronóstico del tiempo, donde sale casi tanto como lo de «nubes de evolución», sino en todas partes.

De todas formas, **pese a lo que pueda parecer, mi hermano a veces liga**; seguramente en las noches en las que se le olvida lo de *septentrional*. Pero ya lo iremos viendo.

4

Monicaca y su agüita o el peligro de los hipocorísticos con K

En una discoteca es mucho más fácil ligar si te preparas el terreno. Eso es lo que hace mi hermano. No es que se estudie en casa *fun facts* o datos curiosos *ex profeso* para ligar, pero uno de los motivos por los que le gusta saber cosas es, precisamente, para luego soltárselas a las chicas y conquistarlas.

Y es que una discoteca está llena de objetos fascinantes, o mejor dicho (que eso suena algo mal), de objetos de los que se pueden contar historias fascinantes, con las que se podría impresionar a cualquiera. Una mina, por ejemplo, es el origen de los nombres de las bebidas y de los nombres de las marcas de las bebidas.

Pero, claro, **no basta con saber estas historias**; también es necesario saber cuándo contar qué historia y tener un poco de suerte.

Un día mi hermano conoció a una chica pidiendo en una barra. Vio que la chica pedía un vodka con naranja y se lanzó:

—¿A que no sabes de dónde viene la palabra *vodka*?

La chica le miró con sorpresa y dijo:

—Pues no.

Cuando mi hermano habla con una chica extremadamente guapa, se hincha como un pollo capón, sacando pecho y echando para atrás los hombros, lo que hace que tenga menos éxito del debido (por la artificiosidad de la postura, ojo, que no por la falta de atractivo, gallardía y donaire). De esa guisa empezó a explicar:

—Pues tiene origen polaco. En lenguas como el polaco o el ruso, *voda* significa ‘agua’.

Y con la *k* se hace el diminutivo. Por lo tanto, *vodka* es como ‘agüita’.

—¡Ah!... —la chica le miró con cara de haber roto un plato.

Impertérrito, mi hermano siguió:

—Así, en los [hipocorísticos](#) del ruso, a veces aparece la *k*, como en *Marushka de Maria*. —Queriendo sacarle el hipocorístico a la chica, continuó—: A ver, por ejemplo, ¿tú cómo te llamas?

—Mónica —respondió la chica que, aunque algo intimidada, en el fondo sentía algo de curiosidad.

Como lo que procedía según lo explicado era algo así como *Monicaca* o quizás *Monishka*, lo cual tampoco sonaba del todo bien, mi hermano enmudeció, mostrando la confusión y el turbamiento precisos para que la chica hiciera un ruidito de desaprobación, pusiera cara de «**otro chico que me la quiere colar**», cogiera su agüita con naranja y se fuera, sin dejar tiempo a mi hermano de explicar que otro diminutivo en ruso es *Katiuska* (de Katia), el cual [dio nombre a las botas de agua](#) a raíz de una zarzuela o, mejor dicho, [opereta de Sorozábal](#) donde la protagonista, Katiuska, llevaba este tipo de botas (como lo de la rebecca con la [peli de Hitchcock](#) o la pamelita de [la novela de Samuel Richardson](#)).

Cuando cuenta este percance, mi hermano dice que lo que falló en esta ocasión fue haber usado la palabra *hipocorístico*:

—Seguro que a la chica la palabra le sonó pedante, con lo bonita que es, que se aplica a los nombres cariñosos o familiares, tipo Concha (de Concepción) o Paco (de Francisco) y **quiere decir algo así como 'palabras que acarician'**.

Superromántico, vamos. No me cabe la menor duda de que, si la chica llega a haber sabido esta información, habría captado la indirecta, cayendo rendida ante las tentativas acariciantes de mi hermano.

Pero bueno, como **en la vida todo es cuestión de acabar encajando con alguien** y como muchas otras veces le han funcionado estas prácticas, mi hermano nunca se da

por cachiporra o por vencido y eso hace que siempre se pueda disfrutar de sus locas y [chascarrillas](#) peripecias.

Además, como más adelante contaré, mi hermano cuenta con **todo tipo de tácticas y estrategias para que la cosa no falle**, como la célebre e hipocorística [«táctica de la mano»](#), que tanto juego le da. En la escena aquí contada, no tuvo tiempo de coger de la mano a Monicaca y se le escapó, pero ya veremos otros lances en los que estuvo más rápido con la mano y menos torpe con la letra K, cuyo origen, curiosamente, es [un símbolo semita que representaba una mano abierta](#).

5

¡Bravo por la música... y por el Red Bull!

Pero **que nadie crea**, en vista de estas primeras historias, **que mi hermano le cogió el gusto a salir solo por ligar**. No. Un día nos expuso su teoría de la verdadera razón que hay detrás de su apetito festivo:

—El otro día estaba pensando por qué me gusta tanto salir y me pregunté si era por ligar, es decir, por las chicas, o si era por el alcohol, o tal vez por la música. Y **llegué a la conclusión de que es por la música**. A ver, cuando he tenido novia, he salido y no he ido a ligar y me lo he pasado bien. Luego, alguna vez he salido sin beber porque me tocaba llevar el coche o por cualquier cosa y también me lo he pasado genial; lo único es que notaba más el cansancio, pero nada que no arreglara un sabroso Red Bull. Pero **las veces que he salido sin música es cuando peor me lo he pasado**. Acordaos, por ejemplo, de aquella fiesta de Nochevieja en la que no nos dejaron poner la música alta. Fue un desastre.

Cuando mi hermano contó esto, muchos de los que le escuchaban, sabiendo lo *flirteador*, [zalamero](#) (de *salaam*, en árabe 'paz', como en *salaam alaykum*) y camelador que es, le rebatieron la teoría y estuvieron discutiendo un buen rato, hasta que mi hermano, dando muestras de su ecuánime, [irenista](#) y [baciyélmico](#) carácter, tuvo a bien darles la razón y aceptar que para pasárselo bien era necesaria una mezcla de todo.

Aun así, no cabe duda de que a mi hermano le apasiona la música, toda la música: desde lo más moderno a lo más antiguo. Lo único que decía que no le gustaba era el jazz, pero ahora ha descubierto que le es muy útil [ponérselo mientras escribe](#). El ritmo se adapta perfectamente a sus pensamientos. Así que se puede decir que **incluso el jazz le gusta**.

Como amante y conocedor de la música, es generalmente el encargado de hacer [listas para fiestas de amigos](#) y aparte tiene un montón de listas ordenadas por tipos en Spotify, con algunos seguidores. Tuvo éxito una [lista de sus cien canciones favoritas](#), que fue publicando poco a poco en Facebook, la cual está encabezada por *At the bottom of everything* de Bright Eyes, seguida por *Don't look back into the sun* de sus idolatrados Libertines, por *Mr. Brightside* de los Killers y por las tres primeras españolas, que son *La luna debajo del brazo* de Quique González, *Windsor* de Pereza y *Club de fans de John Boy* de Love of Lesbian. Entre las cien está, por cierto, la tercera parte del *Concierto 23 en la mayor* de Mozart, además de *Nessun dorma*, que es un poco más típica. Todo tiene cabida en los eclécticos gustos de alguien que padece

síndrome de Fausto. Por eso **se puede esperar cualquier cosa de él**, como tendremos tiempo de comprobar.

6

Chomsky, la sintaxis, los niños y los perros

Como **lingüista y filólogo**, mi hermano se permite el lujo de proponer también teorías lingüísticas. Su idea es que a los niños les cuesta tanto leer los libros que les mandan porque en su cabeza necesitan ya un español evolucionado, no el español desusado de los escritores antiguos. Su lengua ha cambiado.

Para afirmar esto, mi hermano se basa en las ideas de [Chomsky](#), ideas que ha leído en algún libro de [Pinker](#), según las cuales **la capacidad del lenguaje es innata** y por eso ha habido casos en la historia en que los niños han sido capaces de crear su propia sintaxis a partir de lenguas sin una sintaxis aún desarrollada. El clásico ejemplo son las lenguas [criollas](#), es decir, las nacidas a partir de un [pidgin](#) o **lengua intermedia** usada entre gente que no tiene una misma lengua, como ocurría en las colonias con esclavos de distintas procedencias. A partir de esta lengua mixta y “mal” construida, **los niños fueron capaces de crear una lengua con una sintaxis completa**. También los niños que utilizan lenguas de signos (la de los sordos) son capaces de darle una sintaxis a los signos, a pesar de no haber aprendido esa sintaxis de los adultos.

Esto explica, según cuenta mi hermano, por qué los niños son capaces de aprender muy rápido y, sobre todo, de **generar** —de ahí lo del [generativismo o gramática generativa](#) de Chomsky— oraciones que nunca han escuchado. Por ejemplo, un niño puede decir *He visto un perro ladrando* sin que sea necesario que haya escuchado esa frase antes. Y **esto es lo que da cuenta de por qué un niño, frente a un perro, puede desarrollar el lenguaje**, a pesar de que a ambos se les habla y, por tanto, están igualmente expuestos a estímulos lingüísticos.

En vista de esto y en vista de lo que han evolucionado las lenguas a lo largo de la historia, mi hermano dice que seguro que **la lengua interna de los niños actuales ha cambiado**, por mucho que en su educación se les enseñe (o se les imponga, que mi hermano a veces se pone drástico) cómo hay que hablar o, en otras palabras, cómo y en qué orden deben pronunciar esa lengua interna. Dice que esto provoca que el niño no se sienta cómodo cuando tiene que leer la versión antigua de la lengua de otros y esto hace que ni entienda bien ni se pueda expresar bien. Dice que, **si él se hiciera profesor, alguna vez dejaría que los alumnos escribieran como les diera la gana, a ver qué pasa**.

Explica, pues, mi hermano de esta manera por qué a los niños de hoy en día les cuesta tanto leer o por qué los niños sin haberlo escuchado nunca dicen *Me se ha caído*, que para mi hermano es la forma sintácticamente natural de decirlo, considerando *Se me ha caído* un artificio estilístico impuesto por los mayores.

Esto también le lleva a vanagloriarse de que **en la actualidad se escribe más que nunca**, gracias a las redes sociales. Asegura que la manera de los jóvenes de escribir en el WhatsApp no es sino una muestra de la evolución de la lengua. Luego recapacita y

piensa que de todas formas no estaría mal que se leyera más, aunque sea la lengua de los escritores una lengua antigua, que **conocer lo anterior ayuda a una mejor evolución** de cualquier tipo, puesto que permite estar en posesión de mayor número de herramientas y se evita con ello caer en errores pasados.

Con esto último, **muestra mi hermano una de sus muchas contradicciones en el discurrir**, típicas de una persona que tiene tantas áreas en la cabeza (más allá de [la de Broca](#) y [la de Wernicke](#)) que no las puede abarcar todas y que, consecuentemente, piensa de una manera u otra según el área a la que su pensamiento le lleve en cada momento, brincando de un área a otra *velocius quam asparagi coquantur*, es decir, más rápido de lo que tarda en cocerse un espárrago. Incoherencias de este tipo irán tejiendo **la gran aventura de mi hermano**, que muy pronto dará comienzo.

7

El poder de la mente sobre el cuerpo

Es muy gracioso cuando mi hermano se pone malo porque se enfada y se siente decepcionado consigo mismo. Desde que leyó no sé qué de [Maimónides](#), ha creído en el que él llama el «método de Maimónides». Este método consiste en que cuando notas, por ejemplo, que te empieza a picar la garganta, si mantienes un espíritu animoso y vital y te convences de que no te vas a poner malo, consigues no ponerte malo (*mens sana in corpore insano*). Es **el poder de la mente sobre el cuerpo**.

Como mi hermano confía tanto en el **método maimónida**, maimonista, maimonidíaco, o como se diga, cuando no le funciona, **como toda persona inteligente a la que le falla su teoría, se tiene que buscar excusas**, y, por ejemplo, dice que es que ha estado distraído. Lo cierto es, no obstante, que no se ha puesto malo demasiadas veces —toco madera—. Puede que una parte de que no caiga enfermo se deba **a lo hipocondríaco que es** y a que, por tanto, en seguida active, como si del aracnosentido se tratara, el «método de Maimónides». En cuanto se le habla de ataques al corazón, de desmayos o de derrames, entre otras posibles desgracias, se encoge, respira muy hondo y se queda como en blanco, con cara de boquerón, como las cabras (miotónicas o desvanecidas de Tennessee) que entran en colapso cuando se les grita; aunque mi hermano no llega a caerse.

Quizás mi hermano sea en verdad como [el cordero con cara humana que ha nacido hace poco](#), pero en versión chivo. Al fin y al cabo, tiene las barbas como dicho animal.

No sé, el caso es que mi hermano **tampoco puede ver ni sangre ni agujas**. Aunque verdaderamente lo que dice que más grima le ha dado nunca fue el ruido que hizo la punta de una jeringuilla al rascar un vaso, un día que nuestra madre estaba succionando con este instrumento una salsa de whisky para inyectárselo al pavo en Nochebuena. Y es que solo mi hermano es capaz de estar más mosqueado que un pavo en Nochebuena.

También [le da mucha dentera cuando alguien da un golpe con la jarra en el borde de un vaso al ir a dejar en la mesa](#). Ah, y también **un día le empezaron a dar dentera las servilletas de tela**, por lo que empezó a usar solo servilletas de papel. Hasta convenció a nuestra madre de que comprara estas servilletas para casa. En los restaurantes

generalmente, salvo en los lujosos, en los mesones y en los chinos, siempre tienen servilletas de papel, lo cual mi hermano agradece mucho. Si no, pide que se la cambien. También tienen especial importancia para él las servilletas de papel porque siempre llega a bares y restaurantes con un chicle en la boca y necesita algún sitio donde depositarlo antes de empezar a comer, por no pegarlo debajo de la mesa como en el colegio. Es muy característico de él que llegue a algún sitio y recorte un cuadrado de una servilleta en el que envuelve luego el chicle. Si no hay servilleta de papel, utiliza para esta empresa, si tiene, algún recibo de pago de tarjeta que guarda en su carterita de [Purificación García](#), o el mantelito de papel del [VIPS](#) o de algún sitio de estos. Si solo se trata de beber copas, muchas veces mantiene el chicle en la boca. La gente, si le pillan, le pregunta si no le sabe mal la mezcla, pero la cosa es que mi hermano **de pequeño bebía ron (Cacique o Brugal) con granadina (Rives)**, que era como beber chicle viscoso, así que ya está acostumbrado.

Un truco de mi hermano, una vez asumido que el «método de Maimónides» le ha fallado y que se está poniendo malo, es crear lo que él llama un «**entorno hostil**». Esto es parecido a lo de tomarse un **grog** (o ron con miel y limón calentado en el microondas), pero a lo bestia. Dice que, cuando empiezas a sentir que te estás poniendo malo, si te vas de fiesta, y bebes mucho alcohol, el virus considera que está **en tierra hostil** (como [el programa](#) y [la película](#)), esto es, que el terreno donde se ha metido no es halagüeño, y se larga. Al que le parezca una tontería, que sepa que, según se cuenta, las moscas de la fruta (*Drosophila melanogaster*), famosas por [darse al alcohol cuando les dan calabazas](#), también toman alcohol [para librarse de los parásitos de avispa que pueden tener dentro del cuerpo](#).

Dice que el entorno hostil le sirvió incluso una vez que tenía tortícolis y fue a una discoteca con eurocopa, es decir, con copas a un euro. Afirma que entró con una tortícolis tal que no podía mirar hacia los lados y que cuando salió estaba nuevo.

Cuando cuenta esta historia aprovecha para prevenir a los que dudan si es *tortícolis* o *tortículis*. Dice que basta con pensar que *colis* tiene la misma etimología que *collar*.

Amplía la explicación más o menos de esta manera:

—*Tortícolis* significa literalmente ‘cuello torcido’. Como la *o* de *colis* es *o* breve —y aquí se pone técnico—, en español dio el diptongo *ue*, como siempre que la *o* breve es tónica (o recibe acento) como en *hueso* de *ossum* o *puerto* de *portus*. No obstante —continúa—, aquí tiene que ser *tortícolis* porque la segunda *o* es átona. Si el acento recayera en la segunda *o*, podría ser *torticuellis*, pero nunca *tortículis*. ¡Ah! Y, como la primera *o* tampoco es tónica, no se dice *tuertícolis*. A este respecto, es interesante decir que *tuerto* tiene relación con *torcer*, y se refiere a que la vista está torcida. Otros casos en los que la *o* pasa a *ue* si es tónica pero no si es átona son los casos de *osamenta* y *hueso* o *huérfano* y *orfanato*.

Vamos, que **el truco que da para acordarse es más complicado que aquello de lo que hay que acordarse.**

Lo del porqué de la hache delante de *ue* [nos lo explicó otro día](#). Al parecer **se empezó a poner para que se viera que la *u* no era en esos casos una consonante**, en la época en la que la *u* podía leerse como la vocal *u* o como una *b*.

Volviendo al «método de Maimónides» y a su poder [psicosomático](#), ya [Hipócrates](#) (el del [juramento hipocrático](#)) decía que incluso una mala alimentación puede ser beneficiosa si nos convencemos de ello, como me contó mi hermano que había leído en la [Breve historia del leer de Van Doren](#).

En fin, si a alguien estos métodos de mi hermano le parecen desorbitados, doy fe de que **más desorbitada aún es su actitud si finalmente se declara enfermo**, consumiéndose y consumiéndose entre excusas, quejidos, lamentos, [plañidos](#), toses nerviosas, gargajeos e, incluso, [estertores](#).

Por suerte, su mente falla a veces, porque si no creería que la gran aventura que pronto conoceremos fue solo producto de su imaginación.

8

Juegos de manos, juegos de mi hermano

La verdad es que mi hermano se cree más de lo que piensa las historias mágicas relacionadas con la posibilidad no solo de sanarse con el poder de la mente, sino también con las propiedades curativas de las manos. Así es como empezó con su «**táctica de la mano o quirotáctica**». Mi hermano considera que con las manos se pueden transmitir —y él cree que con sus manos transmite—, muchas sensaciones. De ahí que ideara una táctica basada en ellas.

La táctica es muy sencilla. Consiste en coger de la mano a una chica mientras hablas con ella en una discoteca y luego acariciarla suavemente —la mano, no a la chica en general—, **generalmente haciendo delicados círculos con el dedo gordo en la palma de la pretendida**. La complicación estriba en elegir el momento preciso y en acariciar de una forma tal que se transmitan a través de ella sentimientos de deseo, pero sin que la cosa quede forzada, por ejemplo, dibujando con el dedo demasiadas siluetas —[palabra que procede del nombre del ministro Silhouette](#)— de corazones.

Puede parecer mentira, pero **generalmente a mi hermano el truco de la mano le ha funcionado**, aunque solo sea para al menos atraer la atención de las chicas durante un poco más de tiempo. Lo malo es que, como se lo ha contado a todo el mundo, en su afán de compartir sus conocimientos, ahora ha conseguido que nuestros amigos empiecen a aplaudir y a silbar cuando le ven hacerlo, a veces incomodando a la chica y estropeando el momento. Eso, si no es mi propio hermano el que enseña a nuestros amigos desde lejos que tiene la mano cogida.

Otra forma de llevar a cabo la táctica de la mano es cogiéndosela a una chica y ponderando exageradamente su suavidad. Un día hasta llegó a hacer una rima al respecto: «**Las manos de Rocío / son un desvarío**». Por suerte en este caso Rocío era amiga y el pareado cayó en gracia.

Para satisfacción de mi hermano, un día una chica le hizo una táctica parecida pero, en vez de con la mano, **con el pulgar**. La táctica de la chica consistió en decirle a mi hermano que se había quemado la yema del pulgar de pequeña y que no tenía huella dactilar, de manera que, para comprobarlo, mi hermano tuvo que acariciar su yema, ante lo que notó como un calor especial que le produjo una extraña e intensa atracción hacia

la chica. Esto le sirvió para confirmar la teoría sobre el poder *manil*, perdón, manual, y también digital, de transmitir sensaciones .

Otro truco con el que mi hermano combina el de la mano y que dice que nunca falla es el **«truco de la pajita»**. Este truco se inicia al llegar a la situación donde, a pesar de que la chica con la que uno lleva hablando un rato y a la que por supuesto ya tiene cogida de la mano parece más que dispuesta a pasar a la siguiente fase, **uno no se decide por el momento en el que besarla** (o en el que tirarle la boca, vamos). Entonces, para poner en práctica el truco, lo esencial es que la chica tenga una bebida con pajita, que suele ser el caso, por mucho que se les diga que con la pajita las copas suben más. En caso de que no hubiera ni copa ni pajita, tocará invitar, asegurándose de que la copa vaya con pajita. Esto no es problema para mi hermano, que ya sabemos que en el arte de invitar es bastante [avezado](#).

Una vez que la chica tiene los pertrechos necesarios y que ha bebido un poco, hay que pedirle que nos deje probar de su copa mientras se mira su pajita con algo de reparo, finalmente cogiendo otra para parecer que se es escrupuloso. —Mi hermano empezó haciéndolo porque de verdad tenía [escrúpulos](#) las primeras veces—. La chica al principio solo pensará que el chico es escrupuloso, pero luego caerá en la cuenta de que, si no quiere chupar de su pajita, eso quiere decir que tampoco va a querer besarse con ella. **En ese momento de desconcierto, parecido al momento crítico que Álvaro de Mesía atribuye a cada mujer durante quince minutos al día en [La Regenta](#), es cuando uno debe atacar, sabiendo que ya existe poca posibilidad de fracaso o calabaza**. También en este caso he sido testigo de cómo a mi hermano le ha funcionado el truco.

Asimismo le funciona un truco que aprendió gracias a un niño del que era monitor en un campamento. En una [gincana](#), perdón, [yincana](#) (del hindi [gymkhana](#) ≅ 'lugar donde se juega a la pelota'), que organizaron ese año, una de las pruebas consistía en buscar al niño mayor (de más edad) del campamento, al que mi hermano le dio un papelito con una pista que tenía que entregar solo en caso de que le preguntaran directamente si él era el mayor. Al rato el niño volvió y le dijo a mi hermano que **se había inventado una prueba que había que superar para encontrar el papelito**. La prueba consistía en seguir una serie de pasos que estaban pintados en su mano. Lo primero que hizo el niño fue enseñarle a mi hermano **la mano cerrada en puño con un círculo pintado en el dorso**, en la parte donde está ese músculo que decían que se pone duro, además del del antebrazo, cuando..., en fin, cuando uno se dedica a prácticas pecaminosas. **Debajo del círculo estaba escrito «PULSA»**. Al pulsar mi hermano, **el niño sacó el índice, en el que había una flecha indicando un giro en el sentido inverso a las agujas del reloj, seguida de un «GIRA»**. **Al girar el dedo, en su parte interna ponía «TIRA» y había una flecha hacia fuera**. Finalmente, **al tirar mi hermano, el niño abrió la mano, extendiendo la palma, en la que ponía «MIRA EN MI BOLSILLO»**, que era donde estaba la pista entregada por mi hermano.

Al ver esto, mi hermano felicitó efusiva y convenientemente al chaval, no tanto por esa idea en concreto sino por las aplicaciones que el mecanismo podía tener en las discotecas con las chicas. **En la palma de la mano se podía poner cualquier mensaje, desde un simple «¡HOLA!»** (o en su momento «¡OLA KE ASE!») **hasta un**

«¿CÓMO TE LLAMAS?» o un «¡GUAPA!» o un «DAME UN BESO» junto al dibujo de unos sugerentes labios, mensajes que, por supuesto, han sido probados posteriormente por mi hermano con mayor o menor éxito. El de «DAME UN BESO» no suele funcionar, sobre todo porque acto seguido mi hermano saca los labios a lo Scarlett Johansson, o peor, a lo Carmen de Mairena. El de «¡GUAPA!» funciona un poco mejor. Para pintarse las instrucciones en la mano, muchas veces mi hermano roba el boli que le dan para firmar el recibo de la primera copa en la discoteca y lo devuelve a última hora de la noche, siendo por lo general regañado.

Otro truco, para mi hermano infalible, es el de **llevar algo puesto que llame la atención**, cual reclamo o [añagaza](#), **de las chicas. Debe ser algo que puedan coger, como sombreros, pelucas o gafas**. Lo que nunca falla son unas gafas que le hace un amigo con pajitas. Y es que, si hay algo crucial en el flirteo, es darle motivos a la chicas para que se acerquen y tomen la iniciativa.

La palabra *añagaza*, por cierto, viene del árabe clásico *naqqaz*, que significa '**pájaro saltarín**'. **Normal que mi hermano, un pájaro saltarín como cualquier otro, haga uso de añagazas para atraer mujeres.**

2

¡Truco o retrato!

Según mi hermano, si a estos trucos se les suma que esa noche lleve alguna de las camisetas que él considera «**de eficacia alta**», como una que tiene dibujitos de tortuguitas en el cuello y en los puños, entonces no hay posibilidad de no ligar.

Lo de la **camisa de alta eficacia** lo puede atestiguar, entre otras, **Pichuki**, una amiga de **Roldana**, que, como contaré más adelante, un día se prendó misteriosa e irrefrenablemente de una de una de estas camisetas de alta eficacia de mi hermano y, por [metonimia](#) o, quizás, [sinécdoque](#), de mi hermano. **Roldana, por cierto es el pueblo de nuestros abuelos, cerca de Monsácar, a orillas del Mediterráneo**, donde solemos pasar al menos unos veinte días en agosto todos los años y donde se han fraguado muchas de las andanzas nocturnas de mi hermano, de algunas de las cuales disfrutaremos a lo largo de este relato.

No obstante, mi hermano dice que no quiere abusar de estos trucos, **para que ligar no se convierta en algo automático y teledirigido**. Él, en verdad, prefiere seducir a una chica por sus historias sobre las palabras y el origen de los nombres de las cosas. Y esto es algo que se puede hacer con asiduidad. Por ejemplo, no es raro que una chica tenga apellido terminado en *-ez*. Pues mi hermano entonces le puede contar el origen de esta terminación.

Pongo a continuación un ejemplo de lo que ha podido ser alguna de las múltiples conversaciones que ha tenido con alguna chica sobre la terminación en *-ez* de los

apellidos [patronímicos](#), en el que vais a ver además otra de las características de mi hermano, y es que, **en su afán de crear expectación, a veces se pasa:**

—¡Hola!

Últimamente ya saluda normal; **por suerte dejó atrás su técnica de un «Holaaaa» alargando mucho la última a y poniendo voz melosa y seductora** y, a veces, para bochorno de sus amigos de alrededor, acompañando al «¡Hola!» con un «¿Estás sola?». También dejó atrás o, al menos, dejó de usar tanto, su **técnica de levantar las cejas y poner cara de picarón**, técnica que Dios sabrá por qué le funcionó durante un tiempo y que empezó a hacer a partir de un día en el que al llegar a un congreso de Lingüística y poner esa cara para saludar a alguien que no sabía si conocía o no, recibió una alegre sonrisa como respuesta. Por suerte, como decía, ahora suele saludar con un simple «Hola», acompañado como mucho de un «¿Cómo te llamas?»:

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

—Mercedes.

—¡Uhm, Mercedes! ¿Como [Mercedes Salisachs](#)?

—Eh..., sí, supongo.

—**El caso es que me sueñas.** ¿No nos conocemos? ¿Cómo te apellidas?

—Rodríguez —sonrisa malévola y a seguir con la conversación preguntando por el colegio, carrera y demás, sabiendo que no la conoce de nada. Hasta que llegado a un punto empieza a contar su historia—: Porque ¿sabes? —primer elemento fático para mantener la atención—, aunque no lo parezca, estudié Filología Hispánica. —Esto generalmente supone una sorpresa en las chicas porque **por cómo viste mi hermano les parece que estudia Derecho, bueno, más bien Derecho y ADE, que es lo que siempre le dicen.**

Mercedes no iba a ser menos:

—Ja, ja, es verdad que no lo parece. Parece que estudias Derecho y ADE o algo así.

—Sí, pensé en hacer Derecho, pero es que me gustaba mucho la lengua y la literatura y de pequeño escribía... —Aquí se para y sigue con sus trucos para crear expectación—. Bueno, pero tampoco te voy a contar intimidades tan pronto.

—No, sí, sí, dime: ¿escribías de pequeño?

Mi hermano entonces finge rubor y dice, poniendo la cara [altiva](#) y seria de Bécquer en su famoso **retrato**:

—Bueno, sí, [he escrito un montón de poesías](#), más de mil.

Lo de más de mil bien remarcado para que quede claro, pero luego con tono humilde y apocado continúa:

—Aunque tampoco son muy buenas.

—¡Seguro que sí!

—Hasta a una chica le regalé por su cumpleaños un libro de cien páginas de poesías dedicadas a ella —**con esto queda de romántico**—, pero no le gustaron; ella habría preferido ropa —**con esto queda de incomprendido y trata de transmitir que la chica con la que habla seguro que sí las valoraría.** Después sigue—: Y luego también **se me daba muy bien la sintaxis y me encantaba el origen de las palabras.** —Ya está el enlace hecho—. Por ejemplo, me has dicho antes que te apellidabas Rodríguez. —**Lo de acordarse de algo anterior en la conversación es clave.** Muchas veces ha

fracasado en su intento de ligar por enfrascarse demasiado en sus trucos y no prestar atención a lo que la chica le dice. Lo peor de todo es que luego no se acuerda de que no se acuerda del nombre y al hacer el amago de ir a nombrarla y no salirle nada queda fatal, aunque peor aún queda cuando de repente recuerda el nombre y lo empieza a usar todo el rato para demostrar que se acuerda—. Pues, **¿sabes de dónde viene la terminación -ez de los apellidos españoles?**

—No.

—¿Tú estudiaste latín? —esto lo hace para alargar la cosa, aunque alguna en este momento pasa de considerar a mi hermano como alguien interesante y distinto a considerarle **pesado, pedante y friki**.

—No.

—Bueno, no pasa nada, la cuestión es que en latín el caso que se utilizaba para decir que algo pertenece a alguien es el genitivo, como en inglés la *s* de *John's book*, que significa que el libro es de John. En latín igual. —Entonces mira a la chica y le dice—: No te estoy aburriendo, ¿no? —**Lo de sugerir a la chica que puede estar aburriéndose no es buena táctica**, como una amiga le hizo notar un día.

—Para nada —dice ella usando ese «para nada» que Lázaro Carreter no consideraba del todo correcto en *El dardo en la palabra*, lo que hace desconcentrarse un poco a mi hermano, aunque no lo suficiente—. Pues resulta que **en latín el genitivo de nombres como Rodericus o Fernandicus terminaba en -i, Roderici y Fernandici, y significaba algo así como 'de Fernando' o 'de Rodrigo' o 'hijo de Fernando' e 'hijo de Rodrigo'**, igual que *Johnson* significa 'son of John' o *Setefanopoulos* en griego es 'hijo de Stefano', [porque poulos, como en latín pullus, significa 'hijo pequeño'](#). También pasa en truco con *-oglou*, en georgiano con *-shvili* o en ruso con *-of, -ov/-ova*. —Esto suele tener más efecto si la chica conoce jugadores de fútbol de estos países, que no suele ser el caso—. Bueno, pues así **Roderici y Fernandici en latín habrían dado por evolución —y esto no se acuerda nunca muy bien de cómo es— -iz**, como en *Muñiz*, por ejemplo, o más frecuentemente *-ez* como en tu apellido. —Y mira a la chica con cara de haber resuelto un jeroglífico.

Pese al lío que monta mi hermano en torno a la historia —tampoco es que [los expertos se aclaren mucho](#)—, a las chicas en general les gusta o, [cuando menos](#), les parece interesante.

Lo que nunca funciona es cuando mi hermano responde a la pregunta de a qué se dedica diciendo que es **un experto en lengua o que se le da muy bien la lengua, poniendo cara obscena** y a veces, y esto es cuando ya sí que no funciona, sacando la lengua y moviéndola como una serpiente, casi poniéndola bífida.

Lo que sí que no funcionó, sino que hasta asustó, fue cuando estuvo de estancia en **Nueva Isla** en un centro que se llamaba CUNI (City University of New **I**sland). Como mi hermano era un lingüista en Nueva Isla, su amigo y compañero de piso Francesc o Cesc, que también era lingüista, un día cayó en la cuenta de que **eran CUNIlinguists** (CUNIlingüistas), **con clara referencia al latín [cunnilingus](#)**, que significa... bueno, que ya sabemos lo que significa; y le dijo a mi hermano que tenían que presentarse así cuando conocieran chicas en los bares.

Menos mal que, al ponerlo en práctica, mi hermano contrarrestaba la entrada triunfal con el hecho de **saberse todas las capitales de los estados de Estados Unidos**, lo cual, aunque no lo parezca *a priori*, era tremendamente eficaz en el arte de la conquista.

La situación era más o menos la siguiente —traducida y condensada para facilitar la lectura—:

—¿A qué te dedicas?

—Soy *cunilinguist*. —Y ante la cara de sorpresa (o asco) de la chica y el consiguiente silencio seguía—: ¿De dónde eres?

—De Florida.

—Ah, ¿de Tallahasee?

—¡¡¡Sí!!! ¿Cómo lo sabes? ¿La conoces? Normalmente la gente me pregunta por Miami.

¡Hecha! La cosa tenía truco y es que **en Estados Unidos la capital no es la ciudad más importante** y, por tanto, generalmente la gente no conoce las capitales, lo que propicia que al habitante de la capital en cuestión le haga ilusión que alguien sepa de su ciudad.

(En este caso, a los que han visto [La milla verde](#) tal vez les haya sonado Tallahasee porque es donde le dicen a Del que está Villa Ratón, atracción turística adonde puede mandar a Mr. Jingles para que tenga una vida feliz.)

Lo de Mercedes Salisachs que ha salido antes es otro viejo truco de mi hermano. Dice que **lo bueno de saber cosas es que siempre tienes algo que decirle a otra persona**. Lo malo y de lo que no es consciente es que a veces eso incomoda a los demás, los cuales, como en el caso de Mercedes o como en la [«prueba de septentrional»](#), ya tienen que reconocer que no saben quién fue Mercedes Salisachs y disimular. Pero la cosa es que **seguro que si le preguntas a mi hermano por el título de una sola novela de esta autora no te sabe decir ninguno**, y eso que tiene alguna de ellas en las muchas estanterías de su cuarto.

El truco de relacionar el nombre suele usarlo primordialmente cuando el nombre de la chica es raro, porque en ese caso la chica suele saber con quién lo comparte. Por ejemplo, un día conoció a una Manon. Perfecto para sacar a [colación](#) a [Manon Lescaut](#) y más si resulta que, como en aquel caso, justo el nombre se lo habían puesto por la novela.

Si la chica se llama Jimena, mi hermano alude a doña Jimena del Cid, si se llama Ariadna, a la del laberinto del Minotauro y, si hace falta, cuenta la historia, que **en mitología mi hermano también está versado**. Lo importante es estar seguro de que no es lo típico que dice la gente porque eso a las chicas no les gusta. Por ejemplo, a Mercedes jamás habría que decirle nada relacionado con la marca de coches.

Pero no solo con el nombre de la chica, también vale con calles o ciudades; lo de las capitales de Estados Unidos es un buen ejemplo, aunque también si la chica vive en una calle con nombre de algún personaje es bueno saber quién es. Por ejemplo, un día una chica le dijo a mi hermano que vivía en la calle [Gabriela Mistral](#) y, claro, mi hermano sabía quién era esta escritora, y **no solo porque se aprendiera en su momento la lista de los Nobel de Literatura**. La chica se quedó admirada y le dijo que muy pocos chicos lo sabían. Como siempre, si la chica no sabe quién es, mi hermano será tildado

de sabihondo, pero no importa porque si así fuera para mi hermano esa chica entraría en el saco de las que no tienen curiosidad y no merecería la pena.

¡Ah! También, para ligar con extranjeras, está muy bien saber de fútbol, otra especialidad de mi hermano, porque **el fútbol te da un amplio abanico de nombres de ciudades**. Si no sabes de fútbol y una chica te dice que es de Gelsenkirchen, probablemente no sepas que es alemana, gracias al Schalke 04, y lo mismo con ciudades italianas como Ancona, Treviso o Sassuolo, por ejemplo.

10

Why?... Em Si Ei

Otro truco de mi hermano es el del *Why?*. Todo empezó cuando un amigo de Nueva Isla, Miles, su otro compañero de piso, le contó a mi hermano que **de pequeño no ligaba nada y lo pasaba fatal y que para remediarlo se apuntó a un curso de autoconfianza en el que entre otras cosas enseñaban a ligar**. Según decía, después de aquel curso, para él ligar empezó a ser facilísimo. De ese curso sacó el mencionado «**truco del *Why?***». El día que lo explicó pidió que no lo contáramos, pero yo... **no me puedo contener**, como Nicky Jam en *Travesuras*. Así que lo explico.

El método consiste en seguir una serie de pasos. Lo primero es empezar preguntando por lo que hace la chica; luego, sea lo que sea, repito, sea lo que sea, **elogiarlo**; luego **relacionarlo** con lo que uno hace, por muy diferente que sea, para demostrar que se tiene algo en común, y, al final, lo más importante y con lo que se quedó mi hermano, **preguntar por qué o *why?***, es decir, preguntarle a la chica **por qué** ha elegido dedicarse a lo que se dedica.

Lo de relacionar puede ser difícil, pero siempre hay alguna conexión. Por ejemplo, a mi hermano un día le dijo una chica que era bióloga. Mi hermano, sin pensárselo dos veces, lo relacionó con lo suyo diciendo que una vez hizo [una poesía sobre un calamar \(lo cual es cierto\)](#), aunque también podría haber hablado de las [donkey sentences](#) o, más simple aún, de árboles sintácticos.

Miles aseguraba que nunca fallaba porque **preguntando por qué o *why?* siempre salen cosas personales y la chica suele sincerarse y explayarse**, ya sea porque lo que ha estudiado le gusta y entonces disfruta hablando de ello, ya porque le han obligado a hacerlo y entonces se empieza a quejar de que la familia la ha forzado a elegir una determinada carrera, pero que ella habría preferido hacer otra cosa; y entonces empieza a hablar de sus gustos igualmente. Para que funcione adecuadamente, eso sí, hay que hacer la pregunta con cara de extrema curiosidad. Así, funcionará tan bien como lo de soltar de vez en cuando un «**¿De verdad?**» o un «**¿En serio?**» para mostrar interés, [como se dice que hacía Gary Cooper](#), o un «Usted tiene ojos de mujer fatal» de la [obra homónima](#) de Jardiel Poncela, o el «Eres perfectamente sexy y adorable» de [Crazy, Stupid, Love](#), con el que ya sí que se conseguirá llegar a un nivel de flirteo a la altura de Ryan Gosling.

Cuando Miles le contó la historia, pidiendo que no difundiera el truco, mi hermano se quedó pensativo. Después de un tiempo de cavilación y *sopesamiento* llegó a la conclusión de que, verdaderamente, si a él le preguntaban por qué había hecho Filología Hispánica tendría que contar que fue porque **le gustaba mucho la poesía y la literatura, pero que también se le daba muy bien la sintaxis, aunque también las matemáticas**. Pero que no eligió Matemáticas porque sacó un 0 una vez en un examen Química y no había opción en Bachillerato de hacer Matemáticas sin hacer también Química y [que si patatín patatán](#). Vamos, que tendría que sincerarse. Estaba claro que **tenía que funcionar**.

Por eso, desde entonces lo utiliza muchas veces. Y **ya no solo para ligar; también para sacarle conversación a la gente en las típicas situaciones incómodas** (mejor descritas con la intraducible palabra inglesa [awkward](#)) y así **romper horribles silencios** como los míticos de Ross y el novio de Phoebe en *Friends*.

Mi hermano resuelve estas situaciones preguntando:

—Oye, ¿y a qué te dedicas?

Después de lo cual, respondan lo que respondan, pregunta:

—**¿Y por qué?** —y uno ya tiene mínimo para quince minutos de conversación.

Muchas veces a la gente le sorprende la pregunta, con lo normal e inofensiva que parece, y en el momento incluso se cortan, demostrando que hurga en lo más profundo de los sentimientos; que **llega a la patata**, vamos. Pero una vez pasada la sorpresa y el corte, **cuando se deciden a arrancar, se desahogan**, lo cual crea un estrecho vínculo con la persona, más aún si la persona le devuelve la pregunta a mi hermano. Mi hermano **empieza entonces a recrearse con lo de la poesía y la sintaxis, pasando a «hacer un mi hermano»**, que como luego explicaré es como se llama a monopolizar una conversación hablando de uno mismo.

La verdad, todo hay que decirlo, es que, no sé si por el truco o por qué, Miles al final acabó casándose con una chica, no muy agraciada para el gusto de mi hermano, a la cual mi hermano **le había presentado de broma en una discoteca para ponerle en un aprieto y ver cómo se deshacía de ella**.

Pero, claro, **en el amor nunca se sabe y para gustos los colores**. [De gustibus non est disputandum](#). Ya veremos en la [próxima novela](#) la importancia de los colores en el amor. Pero eso será mucho más adelante, después de la primera aventura, que está a punto de empezar.

11

Muchos apellidos vascos o Casa con una puerta, mala es de cerrar

Otro día, cuando el grupo de amigos partíamos rumbo a una discoteca después de haber estado tomando copas en casa del Galgo, que es un amigo de la infancia de **Pinar de San Martín**, un barrio al noreste de Almagriz, al salir de casa, el propio Galgo cerró la puerta dándose cuenta justo al hacerlo de que **se había dejado las llaves dentro** y, no solo las llaves, sino la cartera y al perro. Como no había nada que hacer en ese momento, puesto que eran las dos de la mañana, decidimos postergar el problema a la

mañana, con la esperanza de que para entonces, a pesar de ser sábado, estuviera el portero, que tenía una copia de las llaves.

Esa noche en la discoteca, mi hermano, entre otras cosas, **empezó a hablar con una vasca**. Últimamente, después de haberlo dejado con una novia del País Vasco, con la que estuvo algún tiempo, le había dado por encontrarse con chicas de esta zona en las discotecas. Esto no era muy de su agrado porque **decía que se desmoronaba o que se venía abajo por los recuerdos**. Aun así, ya que estaba, **aprovechaba para sacar su repertorio de palabras sueltas en vasco**. Las palabras las sabía porque su [exnovia](#) —o *ex novia*, que [en caso de que ella ahora sea novia de otro sigue siendo una novia y no una exnovia](#), aunque sí es ex novia de mi hermano (con el *ex* separado)— porque su ex novia, pues, se las había enseñado, o, más bien, porque mi hermano se las había sacado a la fuerza, puesto que **a ella no le gustaba hablar con él en vasco**, por mucho que mi hermano se empeñara en aprender. Obviando la voluntad de su ex novia, mi hermano llegó a hacer algún cursillo de euskera por [internet](#), gracias al cual consiguió decir hasta «Me duele la cabeza» en esa lengua. Pero **no solo su ex novia sufrió lo aprendido en estos cursillos**, también mi hermano tuvo a bien hacernos sufrir una buena temporada, dándonos la chapa con el origen de los apellidos vascos, mucho antes de que sacaran la película de [Ocho apellidos vascos](#). Esto empezó una vez que hubo superado la época del noruego y del famoso «**Hva heter du?**» para ‘¿Cómo te llamas?’ y el «**Kan du stave det?**» para ‘¿Puedes deletrearlo?’, repertorio que, todo hay que decirlo, le sirvió por lo menos para flirtear con una sueca en Canarias. —El sueco es muy parecido al noruego—.

Mi hermano decía que **para saber el significado de los apellidos vascos basta con saber el significado de algunas palabras clave**. Por ejemplo, *etxe*, significa ‘casa’ y *berri* ‘nuevo’. Por tanto, el apellido *Etxeberria* significa ‘casa nueva’, con lo que es igual que (o un calco de) *Casanova* o *Cánovas*. También con *etxe* está [sagaretxe, que es un restaurante de Almagriz](#). *Sagar* significa ‘manzana’, por lo que el significado literal es ‘casa de la manzana’, que es lo mismo que ‘sidrería’. Y luego *Goikoetxea* es ‘**casa de arriba**’. Otra palabra clave es *mendi*, que significa ‘monte’. Aparece en *Mendikoetxea*, ‘**casa del monte**’ o en el apellido del jugador del Madrid [Illarramendi](#), que significa ‘monte de guisantes’. También en la canción [Ikusi mendizaleak](#) que significa algo así como ‘mirad montañeros’, si no me equivoco, y también en la marca [Loreak Mendián](#), que significa ‘**flores del monte**’ (de ahí el logo de la florecilla). Otra palabra curiosa es *Haran*, que es ‘valle’, por lo que mi hermano dice que el [valle de Arán](#) es un [pleonismo](#) o [tautopónimo](#), porque significaría ‘**valle del valle**’ igual que **el puente de Alcántara es ‘puente del puente’** o **el desierto del Sahara es ‘desierto del desierto’**, porque *Alcántara* y *Sahara* significan ‘el puente’ y ‘el desierto’ en árabe. Así nos ilustraba mi hermano con estos y otros muchos apellidos vascos más (más de ocho, desde luego), algo que, después de todo, a la larga, cuando uno se daba cuenta de que era capaz de sacar el significado de uno nuevo que veía, tenía su gracia. He de confesar que para mí lo de *Etxeberria* fue una revelación tan grande como cuando descubrí que **en muchísimas cremalleras pone YKK** o que *quicksilver* significa ‘mercurio’ o que el apellido *Smith* significa ‘herrero’ y *Schneider* ‘sastre’ o que el logo de Chupa chups lo diseñó Dalí y el de La Caixa Miró.

En esto de enseñar técnicas, la verdad es que mi hermano a veces [es como Lao Tsé](#), es decir, que si alguien le pide que le ayude a pescar, él no se limita a pescarle un pez a esa persona, sino que le enseña a pescar para que pueda hacerlo cuando quiera sin necesitar que mi hermano esté.

Pues bien, volviendo al vasco o euskera, en cuanto mi hermano conoce una chica vasca, por su carácter generalizador, da por hecho que como su ex novia aprendió antes vasco o euskera que castellano o español, todos en el País Vasco tienen que haber hecho igual, sean de donde sean. Bien es cierto que **gracias a esto las vascas se libran, solo por su procedencia, de la [prueba de septentrional](#)**. La chica de esta noche en concreto era de Bilbao y mi hermano empezó a soltarle su ristra o [ringlera](#) de palabras. Una de sus expresiones preferidas, para demostrar que va más lejos que un simple *eskerrik asko*, que de todos es sabido que significa ‘gracias’, es *ez orregatik*, que significa ‘de nada’; pero también tiene en su repertorio *on egin*, que significa ‘que aproveche’, y que a veces confunde con *egun on* que creo que es ‘¡buenos días!’’. Generalmente las chicas le dicen que qué guay, pero que ellas no saben mucho vasco y él no se da cuenta de que le dicen esto para que pare.

En este caso procedió igual, es decir, no paró hasta que una vez pasado el *Ni naiz*, con el que se presenta, y después de unos cuantos apellidos, la chica le dijo que de verdad que no sabía mucho vasco, de una manera lo suficientemente antipática como para que hasta él se diera cuenta de que tenía que parar. Entonces pasó a la infalible [«táctica de la mano»](#) y siguió hablándole de otras cosas. Entre ellas le contó lo de que se habían dejado las llaves y que el problema es que tenían que volver luego porque **estaba la perrita de su amigo dentro** (lo cual no sonó muy bien), que, si no fuera por eso, su amigo podría irse a dormir con él y volver al día siguiente cuando estuviera el portero. Mientras contaba esto, de repente se le ocurrió hacerle a la chica **una pregunta de esas raras suyas que no tienen sentido**, pero gracias a la cual recibió la respuesta que ahora sigue. La pregunta fue:

—Por cierto, ¿no tendrás una ganzúa en el bolsillo?

A lo que ella con cara de resignación respondió:

—A ver, tío, que de verdad que no hablo vasco.

Viendo que la chica no tenía ni idea que [ganzúa](#) era una palabra del español, a mi hermano se le puso una cara de felicidad y satisfacción impropia cuando alguien te acaba de dar una mala contestación, pero típica de cuando él escucha alguna perlita de estas, como aquel día en el que, al salir de una película muy mala en el cine, **Mufo** (otro amigo de Pinar de San Martín) dijo: «¡Qué bodorrio de película!», queriendo decir «¡Qué [bodrio](#)!».

No obstante, **en defensa de la chica hay que decir que, al día siguiente, mi hermano pensó que a lo mejor la palabra venía del vasco. La buscó y, efectivamente, así es**, lo cual quita algo de gracia, aunque no mucha, al asunto, porque generalmente si alguien no sabe el significado de *ganzúa* mucho menos sabe que procede del vasco, aunque sí es verdad que suena a vasco. Es como si a alguien le pides un [cigarro](#) y te responde «A ver, tío, que no sé maya».

En fin, yo sé que **preguntas raras como la de si alguien lleva una ganzúa en el bolsillo las hace mi hermano inspirado en películas**. En este caso, por ejemplo, yo creo que lo de preguntar por algo que es difícil que se tenga en el bolsillo, lo sacó de los hermanos Marx, de la célebre escena de «la parte contratante» de *Una noche en la ópera*, en la que Groucho, que solo ve de lejos, está intentando leer un papel alejándolo lo máximo que puede con los brazos extendidos y, como sigue sin ver, le pregunta a Chico si tiene un chimpancé en el bolsillo.

Otras preguntas que hace a veces mi hermano sin venir a cuento son si la chica ha estado [alguna vez en una prisión turca](#), tomado de *Aterrizo como puedas*, o si a la chica le ha picado alguna vez una abeja muerta, de [Tener y no tener](#). **Cosas raras de mi hermano. A saber qué se le pasa por la cabeza o qué pretende cuando lo hace.**

Antes de volver a intentar abrir la puerta del Galgo, para hacer tiempo antes de que llegara el portero, mi hermano, **Quero** (otro amigo de la infancia de Pinar de San Martín que luego será clave en la aventura que está a punto de llegar) y el Galgo **fueron al bar de desayunos por excelencia de mi hermano**, al que él llama **don Pelayo**, empleando una metonimia o sinécdoque (que sigo sin saber muy bien la diferencia), al nombrar a un bar por su objeto vendido, pues así es como se llama el queso de Tódoz que allí ponen y que según mi hermano es el mejor que ha probado nunca. Ahí se les unió nuestro primo pequeño, al que se encontraron por la calle, y que fue clave para conseguir resolver la situación finalmente o al menos para poner un poco de cordura en lo que sucedió. En compañía de este primo, algunos años menor, mi hermano a veces ha estado ligando en discotecas, utilizando la táctica de primo mayor y primo pequeño con el mismo nombre, es decir, por medio de la «**táctica de primos tocayos**».

Ya *en desayunas*, es decir, habiendo desayunado, resultó que, al llegar a la casa, el portero no estaba. Mientras pensaban lo que hacer, un vecino que les vio en el portal y que se interesó por ellos incautamente les proporcionó el número de teléfono del portero. Digo incautamente porque mi hermano no dudó en llamar al portero —serían las ocho de la mañana— para ver dónde estaba. El pobre hombre le dijo que estaba de vacaciones. Entonces, no sé por qué, **mi hermano le empezó a exigir que le dijera dónde estaba**, quizás con la idea de acercarse a por la llave de la portería si no se había ido demasiado lejos, recibiendo la consiguiente y justificada indignación y la obvia negativa del portero. Prudentemente, nuestro primo le quitó el móvil a mi hermano y consiguió averiguar que no iba a haber portero suplente, por lo que tendrían que buscar otra forma de abrir la puerta. Como la chica vasca de la discoteca no tenía una ganzúa en el bolsillo o no sabía si tenía porque no hablaba vasco, se vieron obligados a estar hasta tarde **intentando forzar la puerta**. Probaron primero con un plástico que les había dado **Estanislao**, el dueño de don Pelayo, y luego con [carnés](#) que, aunque no les servían para nada, llevaban en sus carteritas de Purificación García, como el de puntos del cine o el de la biblioteca, **incluso el del club Nintendo que el friki de Quero aún conservaba de cuando era pequeño**. Para ayudarse vieron cómo se había que proceder en vídeos explicativos, pero ni por esas (con lo fácil que parece en las pelis), así que pasaron luego a la táctica de los dos alambres, que no eran sino anillas estiradas de un

llavero, pero tampoco. Viendo que no conseguían su objetivo, mi hermano le dijo al Galgo:

—Pero ¿seguro que no te quieres venir a mi casa a dormir?

Y el Galgo insistía en que no podía dejar al perro dentro solo.

—Pero ¿por qué? ¿Es que te dan pena los de tu especie?

—Ja, ja. No. Es que no tiene pienso puesto. Bueno, sí tiene, pero es uno que no le gusta. Esto activó un resorte en mi hermano, que dijo:

—Es que hay que joderse, macho —expresión típica suya—. Con la de gente que habrá dedicada a hacer comida de perros desde hace mucho me parece increíble que no hayan conseguido hacer una comida apetitosa para ellos.

—Ja, ja. Bueno, supongo que no será tan fácil y que dependerá del perro.

Aunque la respuesta del Galgo estaba cargada de razón, desde entonces empezaron a llamar el «**síndrome del fabricante de comida de perro**» a los casos en los que la gente se dedica en exclusiva a una cosa y no consigue avanzar nada.

Fabricantes de comida de perro aparte, el caso es que no consiguieron abrir la puerta. Entonces nuestro primo, que seguía siendo el más sensato, preguntó si nadie más aparte del portero tenía una copia de la llave. La novia del Galgo tenía, pero estaba en un pueblo de la sierra, así que no había nada que hacer, aunque, pensándolo bien... ¡[tate!](#), se les ocurrió que la asistenta del Galgo tenía una copia. Sin perder un segundo la llamaron, despertándola, por supuesto, y le pidieron que les mandara las llaves en un taxi, que ellos ya pagarían al taxista cuando llegara. Así ocurrió, las llaves viajaron en el taxi solas, como [llavero solitario](#), y a su llegada el Galgo pudo entrar y mi hermano y compañía por fin se fueron a sus respectivas casas.

Al día siguiente, cuando mi hermano contó la historia en una cena familiar, precisamente en casa de este primo, todo el mundo les sugirió que deberían haber llamado al seguro, que vienen en veinte minutos aunque sea sábado. ¡Como si las sugerencias sirvieran para algo al día siguiente y no fueran tan inútiles como las puertas acorazadas que se abren en menos de cinco minutos con unas planchas que venden! Pero bueno, al menos para la próxima ya lo sabían.

12

La importancia de lo ausente o Fausto jugando a la rayuela

Como he mencionado [más arriba](#), mi hermano un día descubrió que padece el [síndrome de Fausto](#). Esto significa que **quiere saberlo todo**, no hasta el punto de vender el alma al diablo como Fausto, pero sí hasta el punto, por ejemplo, de agobiarse cada vez que entra en una librería y se da cuenta de todo lo que no ha leído. Como **en la vida no hay tiempo para saberlo todo**, a no ser que uno haga un pacto con el diablo, y, **cuanto más sabe uno, más se da cuenta de todo lo que no sabe**, mi hermano lo pasa fatal. Es muy divertido ver cómo se estremece cuando alguien habla de una película que no ha visto o de un libro que no se ha leído. Se le ve cómo lo apunta en una lista mental; casi se le nota la lista en los ojos, una lista que luego, por supuesto, pasa a [unos cuadernos que tiene](#). Cuando más se agita, hasta llegar casi a bizquear, es cuando alguien le dice,

refiriéndose a una película o a una novela, «¡Ah!, pero que no la has visto» o «Pero ¿cómo no la has leído todavía?», y sobre todo si completan lo dicho con un «siendo filólogo».

Así que su vida, como la de cualquiera que padece este síndrome, es un [continuo sufrir](#) por todo lo que le falta por [ver y leer](#). Y encima, **por querer saber demasiadas cosas cultas, acaba dejando de lado el aprendizaje de otras cosas más cotidianas pero más importantes** como [abrir una puerta con una tarjeta](#) o que se puede llamar al seguro para que te abran la puerta en caso de que se te queden las llaves dentro de casa.

Se enteró de que tenía este síndrome el día que descubrió por azar en internet una página donde aparecían los síntomas. Los que lo padecen **son gente que tiene todos los libros de mil y una cosas que hay que hacer antes de morir** —él los tiene todos menos el de mil vinos y mil campos de golf; tiene hasta el de mil y un sueños—, además de **gente que está todo el rato haciendo listas de lo que les queda por hacer**, como mi hermano; es **gente que necesita hacer varias cosas a la vez** —una de las actividades preferidas de mi hermano es leer una novela a la vez que ve la adaptación cinematográfica, y rara vez no está mirando cosas en el móvil mientras ve una película o pensando en el siguiente libro que debería leerse mientras se está leyendo otro—; es **gente que sabe de muchas cosas, pero poco, porque no tienen tiempo de profundizar** y así, si se les pide que desarrollen alguna respuesta, son incapaces de hacerlo —como mi hermano—; es **gente muy buena jugando al Trivial** —mi hermano lleva toda la vida [jugando solo y buscando las respuestas que no sabe en la Wikipedia](#)— o en los concursos de la tele —es un adicto a los concursos como [Saber y Ganar](#); hasta se enfada con los que tienen preguntas demasiado fáciles—.

Y además, tal y como él ha temido siempre que le pase, los que padecen el síndrome son **gente que llega a un punto en el que tienen toda la memoria ocupada**, por lo que para aprender algo nuevo necesitan olvidar otra cosa. Mi hermano tiene malísima memoria, además de problemas para relacionar entre sí las cosas que sabe. Hay muchas preguntas del Trivial que podría saber reflexionando, pero en cuanto no sabe una respuesta directamente se bloquea. Es también muy gracioso ver en sus ojos lo que parece el reflejo de sus neuronas sudando. Menos mal que otras veces, cuando está seguro de que sabe algo, pero no le sale el nombre, le ayuda poner en práctica su **truco de ir letra por letra del abecedario mentalmente** («A, B, C, D...»), muy rápido, hasta que de repente le sale la palabra. Este truco le funciona sorprendentemente bien.

Ahora que se ha quedado en el paro, mi hermano se ha hecho **un plan para ir [viendo y leyendo todo](#)**. De ahí que se le suela oír describir repetidamente su paradójica situación de esta manera: «**Estoy en paro, pero no paro**». Lo ideal para él en su proceso de abarcarlo todo es ver **la adaptación cinematográfica de una novela histórica**, porque así se quita de una tacada una novela y una película y, además, se entera de algún hecho histórico. Eso sí, las novelas en español dice que hay que leerlas y no ver adaptaciones, a no ser que sean películas que aparecen en las listas, como *Los santos inocentes* de Mario Camus, por ejemplo (que además se puede ver a la vez que se lee [la novela de Delibes](#) en la que se basa). **Le enfada mucho**, no obstante, **cuando le recriminan haber visto una adaptación de un libro en vez de leérselo, siendo él filólogo**.

Antes de quedarse en paro, más que leer y ver cosas, como no tenía demasiados ratos libres seguidos, se pasaba horas yendo de una página a otra de la Wikipedia, hasta que un día consideró que, aunque a pequeños ratos, **era mejor ir leyendo libros y viendo películas**. La razón fue que cayó en la cuenta —y así nos lo ha repetido muchas veces— de que los datos y los conocimientos se pueden olvidar y perder, pero **de las pocas cosas que nadie te puede quitar en la vida es el haberte leído un libro o el haber visto una película**, y mucho menos si te vas haciendo una lista de las cosas vistas y leídas.

Una de las tácticas que se le ocurrió para avanzar más rápido en este camino fue —y no es broma— **ver las películas aceleradas**. Al principio decía que esto solo se podía hacer poniendo subtítulos —él lee muy rápido— porque, si no, a veces no se entienden bien las voces, pero ahora ya lo hace de cualquier forma. Ha llegado a ver alguna película a 2.00x en VLC ([el programa del conito](#)), a doble velocidad, vamos, aunque su velocidad media es de 1.75x. Si le preguntas, te dirá que las películas se entienden igual o mejor porque no te distraes tanto y te aseverará que la voz no suena como si hubieran tragado helio; simplemente se consigue que los largos paseos por el campo o los a veces innecesarios silencios pasen más rápido. Supongo que esto se le ocurriría viendo la lentísima *Muerte en Venecia* de Visconti, que creo que fue para él una tortura, y eso que se leyó a la vez [la novelita de Thomas Mann](#) en la que está basada.

En cualquier caso y en resumidas cuentas, por muchos trucos que haga, **como mi hermano quiere saberlo todo, acaba por sentir que no sabe nada** y más cada vez que alguien sabe o parece saber algo que él no sabe. ¡Qué diferencia con la misteriosa y ambigua frase que escribió siendo pequeño!: «**Lo bueno de esta vida es que todos saben algo que yo no sé**».

Bien es cierto que **ya no lo pasa tan mal** como lo pasaba al principio pensando, al ver que otros sabían más que él, que sus esfuerzos eran en vano. Todo fue gracias a que un día leyendo algún libro sobre [la Psicología de la Gestalt](#) (como la chica de [La hierba bajo el asfalto de 84](#)) descubrió **el principio o ley de la continuidad o cierre**. Este principio se basa en la idea de que **si vemos una serie de líneas discontinuas que formarían un círculo tendemos a ver o a formar el círculo completo en nuestra cabeza**.

Mi hermano aplica esto a la cultura asumiendo que **cuando vemos que alguien sabe algo sobre un rey de Inglaterra, por ejemplo, cerramos el círculo y tendemos a pensar que se sabe toda la historia de Inglaterra** y seguramente toda la historia de Europa, cuando a lo mejor esa persona sabe eso simplemente porque lo acaba de ver en alguna serie, pero no tiene ni idea ni de quién era Enrique VIII. O, **si vemos que alguien tiene muchos libros en casa, tendemos a pensar que se los ha leído todos**. (Por ejemplo, en un momento voy a citar *Rayuela* y podréis pensar que soy un experto en Cortázar o en la literatura hispanoamericana o, incluso, en literatura en general, pero no es así, es simplemente que es el libro que actualmente estoy leyendo.)

Mi hermano llegó a la conclusión de que **hay veces que es mejor no dar demasiados datos a la gente para así dejar que la imaginación de los demás, que suele tender a lo máximo, vuele y nos valoren más**. Si damos demasiados trazos, los demás acabarán apreciando una figura más real y definida y por tanto menos fantástica y perfecta o menos suya que la que podrían haber imaginado con pocos datos. Solo así es como a veces se reconforta mi hermano cuando alguien sabe o parece saber algo que él no sabe. Curiosamente, algún tiempo después de llegar a esta conclusión, mi hermano leyó que Cortázar en [Rayuela](#) expone una teoría similar aplicando la Psicología de la Gestalt al proceso creativo en las novelas. Cortázar afirma que a la hora de escribir una novela **es importante dejar líneas sin pintar para que la imaginación del lector las rellene**, hasta el punto de que, como él dice, a veces las líneas ausentes son las más importantes. También **es importante no estar a veces en algunos sitios**, como veremos. Por eso, por hoy ya dejo de hablar de mi hermano, con el fin de que vuestra imaginación, con los suficientes trazos que hasta ahora he dado, vuele y rellene esas líneas ausentes de mi relato, permitiéndoos imaginar a mi hermano en situaciones que a mí jamás se me ocurrirían.

13

Los sesgados requisitos de mi hermano para no tener novia

Siendo como es, **podría parecer normal que mi hermano no tenga novia**, pero como he dicho antes, **con tanta tontería liga bastante**, y ha tenido varias novias, alguna ya mentada y otras a las que no tendré más remedio que referirme a lo largo de este relato. Después de todas las historias y los desastres en sus relaciones, la experiencia ha hecho a mi hermano ir formándose en la cabeza una **lista de requisitos para una novia**, muchos de los cuales ni él mismo entiende, con lo que ha acabado por hacerse imposible que encuentre ya una novia de su gusto; está, digamos, **estancado en la soltería**.

En primer lugar él dice que **su novia tiene que ser guapa**, pero más que eso, que **le tiene que gustar**. No importa si es muy guapa si a él no le gusta. Y si es rubia, mejor, aunque todas sus novias han sido morenas.

Además, superada [la prueba de septentrional](#), a su novia **le tiene que gustar leer**, pero no de una manera [friki](#), sino de una manera comedida. Y **le tiene que gustar la poesía**, sobre todo, **tiene que saber de poetas extranjeros**, para poder sugerirle a mi hermano poesías que leer de autores como [Kavafis](#) o [Leopardi](#), es decir, para ahorrarle trabajo, porque mi hermano es de los que dice que **hay que leer mucha poesía para encontrar un buen poema** o, [remedando](#) a Gandhi con el cristianismo y los cristianos, dice que **le gusta la poesía pero no le gustan los poetas**, refiriéndose, sobre todo, a la poesía (entre comillas) actual. Dice que toda poesía debería parecerse a [«Puedo escribir los versos más tristes esta noche» de Neruda](#) o a algún poema de José Ángel Buesa como [«Se deja de querer»](#).

Además **a su novia le tiene que gustar el cine y tiene que saber de actores y directores** y tiene que poder reconocer actores secundarios, tipo [Brendan Gleeson](#),

aunque, eso sí, **no puede saberse tantos como él**. Y en ningún caso podrá quejarse de que una película esté en blanco y negro; pero además no será de las que solo puede ver películas en versión original ni de las que solo puede ver películas dobladas. Mi hermano **odia cuando la gente le recrimina no haber visto una película en versión original**; pero también cuando se ríen de él por ver [una película en turco](#).

Y a su novia le tienen que gustar determinadas series, generalmente las que haya visto él, o, al menos, las que estén en su lista para ver. **Es imprescindible que a su novia le gusten y que recuerde escenas de *Friends*, *Los Simpsons*, *Castle* y *Big Bang Theory***.

En general, además, **tiene que ser una persona que muestre interés por las cosas**. A mi hermano no le importa que su novia no haya visto tal o cual película o que no haya leído tal o cual libro, pero tiene que demostrar que al menos los conoce y que le gustaría verlos o leerlos. No puede ser que le hable a una chica de *Sentido y sensibilidad* y ella le responda que no ha visto [esa película](#), sin tener ni idea de que además es un libro de [Jane Austen](#), como le pasó con su novia de Santaél, la «sordomuda», cuya historia luego será convenientemente contada. Tampoco puede consentir que una chica no sepa quién es Kafka y para colmo se defienda alegando que no le puede pedir que sepa cosas de literatura. «¡Pero si hasta la palabra [kafkiano](#) está en el diccionario!».

Él considera que no se está comportando en este caso como los de «Ah, pero que no has leído...»; **hay cosas que hay que saber porque salen en muchos sitios, igual que lo de *septentrional***.

Y su novia tiene que tener capacidad para reflexionar sobre gramática y conocer curiosidades de la lengua o, al menos, estar interesada en ellas; pero **mejor si no es lingüista**. Y **le tiene que gustar el arte**. Si es capaz de explicarle cuadros en un museo, será muy de su gusto. Puede que este punto no se entienda bien porque **a mi hermano no le gusta ir a museos**, pero él se justifica diciendo que no le gusta ir a museos si no es con guía, por lo que si su novia hace de guía entonces sí que le gustará ir a museos. Y lo mismo a la hora de visitar ciudades. La cuestión es que para él, si la información no es evidente como en la Wikipedia, no se siente cómodo. Bien es cierto que podría estar en el museo viendo la Wikipedia en el móvil, pero, si hay alguien que se lo explique, mejor, que así se puede mirar a la vez.

Y también le encantará que su novia sepa **identificar árboles y flores**, que es uno de los puntos débiles de mi hermano y es algo difícil de aprender por internet. Es lo malo de haber elegido letras en el colegio. Hay cosas, como el nombre de las plantas o la filosofía, para las que sí que sirve ir al colegio; si te las explican bien, claro. Algo parecido ocurre con los olores. Los tienes que vivir en directo. Por ejemplo, mi hermano lleva años preguntándose (como la del [anuncio de Evax](#), *mutatis mutandis*) a qué huele el [almizcle](#), olor que un día oyó mencionar a nuestra madre. Pero **por internet es imposible saber cómo es un olor**, incluso el de las cosas que sí que huelen.

Por otro lado, a su novia **le tiene que gustar el fútbol**, pero poco; lo justo para poder hablar sin opinar o, mejor dicho, sin poder refutar las opiniones de mi hermano.

Y **le tiene que gustar salir por las noches**, pero dependiendo. No puede ser muy empalagosa, pero tampoco muy despegada. No puede tener muchos detalles, pero mucho menos pocos. No puede ser agradecida en exceso, pero tampoco desagradecida.

Ah, y por supuesto, mi hermano jamás va a poder tener una relación a distancia, así que **jamás estará con una chica que viva en otra ciudad**, y eso que sus novias casi

siempre han vivido fuera de Almagríz centro. La razón por la que no puede tener una relación de este tipo no es otra que porque **odia hablar por teléfono** y, mucho más aún, por Skype o cualquier otro sistema de videollamada. Siempre se acaba peleando porque no se le entiende bien. Esto le lleva pasando desde pequeño cuando se negaba a hablar con nuestros padres cuando estábamos de campamento o en la finca de nuestros abuelos, por ejemplo. **Dice que odia hablar por teléfono porque él es muy expresivo con los gestos y con el teléfono se agobia.** Aunque esto no debería ser un problema con las videollamadas, dice que en ese caso también se agobia porque le parece algo muy artificial.

Tampoco ayuda mucho, aunque sea en broma, que, cuando se va a ir de estancia al extranjero, les diga a sus novias, cuando le preguntan si las va a echar de menos, que **las va a echar tanto de menos que se va a tener que buscar a otra** para consolarse.

Todos estos y alguno más que ya recordaré conforman la lista de requisitos de mi hermano para elegir a su futura novia, los cuales, según él, son fruto de la experiencia y, como tales, [axiomáticos](#), incuestionables e irrefutables. Pero, vamos, **por mucho que él considere que la que cumpla estos requisitos será su novia perfecta, yo sé que si encontrara alguna así, se cansaría de ella a la semana y, con mayor probabilidad, ella de él.** Mi hermano en verdad quiere otra cosa, como se ha demostrado con el tiempo. Pero no adelantemos acontecimientos.

Ahora supongo que se entenderá por qué mi hermano, aunque haya tenido, ahora lleva tiempo sin tener novia. Él se justifica diciendo que **igual que Mark Twain consideraba que una obra maestra es la que nadie quiere leer, pero que todo el mundo quiere haber leído, para él no es bueno tener novia, pero sí que es bueno haberla tenido.** Por eso se limita a mantener una relación con una serie de chicas, a las que él llama novias, con las que simplemente habla de vez en cuando por el WhatsApp y a las que a veces ve, generalmente porque se encuentra con ellas por las noches en alguna discoteca. Una de estas, por ejemplo, es una chica de Santaéul, con la que nunca se ha besado, de hecho prácticamente ni se han visto, como luego contaré, y a la que, sin embargo, llama «novia de Santaéul» por todo lo que hablan por el WhatsApp y la cantidad de intimidades que saben el uno del otro. Pero tiene muchas otras «novias», como él las llama, que ya irán apareciendo.

La filosofía de que es bueno haber tenido novia la usa también al hablar de los viajes. **Mi hermano no es muy aficionado a los viajes, pero** dice que, aunque le da mucha pereza viajar, **le encanta haber viajado.** Asegura que viajando se aprenden cosas que luego no se olvidan tan fácilmente como cuando se leen y, por eso, **hace el esfuerzo de viajar más de lo que le apetece.** Pero él se refiere a viajar de verdad, no a viajar siguiendo esa moda de viajar por viajar que impera ahora, motivada, según él y según una frase que leyó en [La insoportable levedad del ser](#), porque **la gente necesita viajar para encontrar la felicidad que no encuentra en su casa**, sin darse cuenta de que si no encuentran la felicidad en su casa, no la van a encontrar en ningún sitio, por muy lejos que viajen o por muy exótico que sea el país al que viajan. Dice que de repente se pone de moda un país y la gente entonces se muere de ganas de ir, cuando no habían oído hablar de ese país en la vida. Mi hermano en esto tiene ventaja, porque **como se sabe las capitales de todos los países, por narices ha oído hablar de todos ellos.**

Con lo de los viajes, lo que más nervioso le pone es **la gente que dice que quiere conocer «nuevas culturas»**. «Si tanto interés tuvieran —dice indignado— verían antes los documentales de la 2 de los viernes o [Almagriceños por el mundo](#)». Al fin y al cabo, como más o menos dice [Pessoa](#), **lo que vemos cuando viajamos es solo lo que somos**. Para eso uno se queda en casa, que encima es más barato.

14

El síndrome de la urraca furiosa

Además, **a mi hermano le encanta acaparar cosas en su cuarto, no en plan Diógenes** (que Diógenes hacía lo contrario: teniendo como pertenencias solo un barril y un vaso para beber, un día que vio a un niño beber con las manos, se dio cuenta de que ni siquiera necesitaba el vaso y lo tiró), **sino en plan urraca**, y no solo objetos brillantes. Nuestra madre le dice que **no es normal que tenga tantos libros, que no puede ser que se los esté leyendo todos a la vez**. Pero él dice que sí, que es que **ella solo entiende lo que es leer, pero que no entiende lo que es consultar**; que él tiene los libros para consultarlos si de repente le sale algún nombre de alguien en una novela. A pesar de su aparente convicción a la hora de defender su postura, siempre se ha sentido un poco raro. Otros no lo hacen y él no concibe que la gente no consulte. Por eso **le regocijó tanto encontrar un día en *Rayuela* un personaje que decía que le gusta tener los libros cerca**.

Con Cortázar de su parte, desde entonces justifica su *urraquismo* con más convicción. Hasta pone ejemplos. Dice que el otro día le salía todo el rato el [Orlando furioso](#) de Ariosto en [Bomarzo](#). Pues si tiene una [antología de poesía europea](#) al lado puede saciar su curiosidad leyendo algún fragmento de esa obra. Si ese libro estuviera en otro cuarto, le daría pereza levantarse, o más bien le desasosegaría salir de la burbuja que en torno a él se forma cuando está leyendo en su cama por la noche, una burbuja de la que, a modo de tonel, no le sacaría ni el mismísimo Alejandro Magno.

Así, en el caso de *Orlando furioso*, dice, si no hubiera sido porque tenía a mano dicha antología, se habría perdido un pasaje tan bello como aquel en el que se compara el intento fallido de expulsar un dolor grande del alma con una vasija en cuya boca se acumula mucha agua y acaba saliendo poca, **pasaje que, por supuesto, compartió en Facebook en cuanto pudo, sin conseguir, como le suele pasar con estas cosas, ni un megusta; no así con fotos ridículas suyas que sube**.

Aparte, mi hermano siente que si no tiene en su cuarto los libros que aparecen en sus listas de pendientes, los olvida y al final no se los lee; su cuarto es como un paso previo a la lectura, como **un purgatorio para los libros**. De esta manera, no olvida ningún libro en su camino por la dorada literatura, camino en el que anda errante, como Diógenes con su candil buscando hombres honrados a plena luz del día, en busca de libros que merezcan la pena. En ese camino, indignado o furioso (como Orlando) por el supuesto brillo de algunas obras maestras, un día exclamó: **«¡[Más valdría, en verdad, que una urraca se lo coma todo y acabemos!](#)»**.

No es literatura para viejos

Sumergido entre tanto libro, mi hermano un día saltó al leer un artículo sobre la llamada alta literatura en una revista:

—¿Pero **por qué tiene que ser alta literatura lo que ellos digan?** ¿Por qué es menos literatura la que se centra en el contenido y en el argumento que la que se centra en la forma? Yo entiendo que haya gente a la que le guste una novela por la forma en la que está escrita o el estilo y no por el argumento. **¿Por qué ellos no pueden entender que a mí me guste otro aspecto de la literatura?** «A los que nos gusta leer», dicen. ¿Qué pasa, que los que se leen *El código Da Vinci* o algún libro de Santiago Posteguillo no se lo pasan bien leyendo? ¿Qué pasa, que esa literatura no es buena porque lo dice todo de manera directa, rápida y entretenida? No hay derecho a que la gente que se inventa lo que es la literatura, porque así lo es para ellos, impongan los criterios para valorar una obra. Como si la literatura fuera suya. Pues a mí me gusta también leer obras que se centran en el argumento y no tengo por qué criticar a los que disfrutan con la forma y el estilo.

»**Además, ¡qué narices!, a mí también me gusta leer poesía. ¿Soy por ello mejor lector que el que se lee un *best seller*?** ¿Me gusta más leer? ¿Por qué tiene que haber alta y baja literatura? ¿Por qué no se puede hablar de distintos criterios a la hora de valorar una obra? Ya **estoy harto de la gente que, no estando conforme con lo que hace, se dedica a menospreciar lo que hacen otros para así sentirse superiores.** ¿Por qué alta literatura? ¿Porque es demasiado elevada para los que no disfrutan de la lectura? ¿Es inaccesible para ellos? ¿Por qué no se lo pasa bien cada uno como quiera y deja a los demás en paz?

»Y luego se quejan de que la juventud actual no lee. ¿No lee o no lee lo que ellos quieren? Claro, como a la juventud siempre se la considera idiota... ¡Qué buena manera de hacer que la humanidad avance!

Dicho esto, mi hermano se serenó y **en un acto de rebeldía se puso a leer la Wikipedia.**

Como en cualquier arrebato, mi hermano, por arremeter contra determinado tipo de personas, la tomó con aquello que defienden, sin ser del todo consecuente con lo que él siente al respecto.

En cualquier caso, a raíz de este disgusto, quizás para vengarse, empezó un blog en el que pone nota a películas y libros que va viendo y leyendo. En el *ranking* llama la atención ver que **novelas clásicas muy valoradas por los críticos** como [La busca](#) de Baroja, [La colmena](#) de Cela o [La saga/fuga de J. B.](#) de Torrente Ballester y películas de Hitchcock, de Woody Allen y de Almodóvar **están en una posición más baja** que libros como *El código Da Vinci* y *Africanus* o películas como [Ahora me ves](#), comedias del tipo de *American Pie* y [Dos tontos muy tontos](#) y películas de acción tipo *La Roca* o *Kick-Ass*. Y a él le encanta que así sea.

Una aventura es más divertida si huele a lingüística

A cualquiera que le conozca seguramente le habrá sorprendido esta postura de mi hermano, **con lo que a él le gusta el buen español y aprender palabras raras**, pero una cosa no quita la otra. De hecho, en su [ranquin](#) el primer puesto lo ocupa [la segunda parte del Quijote](#), que tiene un 9,1. Esto no quiere decir que la primera parte le parezca peor, lo que pasa es que se la leyó antes de empezar el blog. Es cierto que sufrió una pequeña decepción leyéndose esta primera parte porque iba en busca de «Con la iglesia hemos dado, Sancho», que aparece en la segunda. Pero eso no impidió que disfrutara enormemente con la forma de escribir de Cervantes. Le encanta. Sobre todo la forma en la que trata la locura. A mi hermano le embelesa la manera en la que el Quijote y Sancho se convencen continuamente uno a otro intercambiando alocados argumentos. También le encanta, por cómo se trata la locura, «El licenciado Vidriera» de las [Novelas ejemplares](#), aunque no otras obras suyas.

Si con algo sueña de verdad mi hermano, es con poder escribir algún día algo tipo el *Quijote*. Asegura a este respecto que **las películas de Torrente tienen tanto éxito porque imitan el estilo de esta obra de Cervantes**. Además de que ambos se creen lo que no son, uno policía y otro caballero, en todas las pelis de Torrente hay un secundario (Javier Cámara, Gabino Diego, [Jesulín](#), etc.) que hace de escudero y cree fielmente a su amo. Además el personaje de Torrente, como don Quijote, tiene alucinaciones, pasiones, una idolatrada amada, así como otras muchas similitudes que por desgracia mi hermano ya ha relegado al olvido, después de que un sabio profesor de la universidad le desaconsejara hacer un trabajo sobre el tema, al considerar la idea una paparruchada, [majadería](#) o [pampirolada](#).

Pero no solo Cervantes, también hay otros autores famosos y clásicos como García Márquez que tienen algún libro en una posición alta en el ranquin de mi hermano. No faltan [La divina comedia](#), [la Ilíada](#) o [la Odisea](#), entre las obras que superan el 8. Incluso [la Eneida](#). Y **mi hermano no es el típico que ensalza falazmente obras para no reconocer así la posible pérdida de tiempo acarreada por su lectura**. Esto se ve en que se salvan por los pelos [La Regenta](#) y algunas obras de Baroja y Azorín, y que no se salvan, por ejemplo, obras de Vargas Llosa, Pérez Reverte ni, en general, de la mayoría de autores modernos, tanto españoles como extranjeros. Entre sus libros más odiados está *El alquimista*, obra para él irrisoriamente sobrevalorada. Pero, claro, es que, por no salvarse, no se salva ni [Fausto](#). Si no fuera por el *Quijote* y por [La casa de los espíritus](#), que no le gustó nada, se podría pensar que a mi hermano solo le gustan las novelas femeninas, es decir, las que empiezan por *la*.

Pero sin ninguna duda el *Quijote* está para él muy por encima de cualquier otra obra. **Si mi hermano se tuviera que quedar con algún libro aparte del Quijote, probablemente sería La lluvia amarilla de Julio Llamazares** o alguno de los libros que se suelen leer en la adolescencia, como *Demián*, *El extranjero* o *El túnel*. Pero él mismo reconoce que su criterio entonces no era de fiar. Aunque, bueno, yo creo que el de ahora quizás precisaría, para ser estimable, una lectura más pausada, no la atropelladamente fáustica que últimamente practica.

Quizás la obsesión con el *Quijote* de mi hermano fue el germen de la aventura que, [como tal](#), está a punto de llegar. Al fin y al cabo, **no debe ser muy sano enloquecer con una novela en la que el protagonista a su vez se vuelve loco por leer novelas**. Por suerte, mi hermano, que yo sepa, de momento no ha leído libros de caballería, pero le basta con leer otro tipo de libros y ver películas sin parar, varias seguidas, para entrar en punto y coma, que no supone una pausa más larga que el coma, como ya vimos, pero sí una pausa que separa en mayor medida la realidad de esos momentos de entusiasmo lector y espectador. Y esos momentos, por supuesto, ocurren en los ratos libres en los que mi hermano no está leyendo libros y artículos de lingüística y gramática, los cuales sin duda también tuvieron que enfervorecerle de alguna manera a la hora de acometer la aventura que está a punto de suceder.

Quizás la aventura en este relato no sea del estilo de las de Julio Verne, como aquella que quiso emprender con su amigo Óscar, el de Roldana, no el del JAEIC, el día que soñaron con hacerse a la mar navegando en lo que ellos llaman pedalímetro, pero que creo que se llama pedaló o velomar, historia que si viene a cuento [relataré más adelante](#). No. Esta es más bien **una aventura lingüística**, aventura que en otros tiempos y situaciones podría haber sido aburrida, pero que, como podréis comprobar próximamente, de la mano de mi hermano, resultará divertida, disparatada y desproporcionadamente didáctica; tal vez sandia en ocasiones, pero una gran aventura al fin y al cabo.

17

Los lingüistas somos gente honrada

De vez en cuando, y con esto nos vamos acercando a la ya varias veces anunciada aventura, mi hermano sale a dar una vuelta con un amigo al que, sin ser filólogo como él, también le encantan la lengua y sus curiosidades. Se llama **Queremón** (nombre que curiosamente comparte con un [gramático estoico](#)) y es a quien me he referido antes como **Quero**, que es el [hipocorístico](#) con el que le llamamos. Quero es el perfecto complemento de mi hermano porque le interesa mucho la gramática. Aunque de lo que de verdad sabe mucho es de curiosidades de la naturaleza, es decir, de animales, plantas, minerales, dinosaurios, elementos químicos y demás. Baste decir que uno de sus autores favoritos es Asimov. Quero acabó estudiando Derecho, después de dejar Biología en cuarto, desilusionado porque, como les pasa a muchos (incluso a mi hermano con Filología), **la Universidad no es ni mucho menos lo que uno espera cuando decide estudiar lo que de verdad le gusta sin tener en cuenta las posibles salidas**.

Mi hermano siempre se queja de que no hay derecho a que le preguntaran en un examen de Literatura de la Universidad por el nombre de la madre del protagonista del libro que se tenían que leer (en el colegio todavía, pero en la Universidad no), o a que le pusieran peor nota por haberse leído varias versiones de la historia de Prometeo y confundirlas, cuando para el examen solo le exigían leerse la de Esquilo; o —y esto es lo que más le molesta— a que le preguntaran por la biografía de una poetisa de la Generación del 27,

en vez de preguntarle por alguna cuestión poética de las que le extasiaban por aquella época.

En este último caso **lo que más le molesta es que le suspendieran la asignatura de Poesía del siglo XX**. A él que se considera un gran poeta, a él que nació el día después de que muriera Vicente Aleixandre y del que, por tanto, (aunque no le gusta demasiado) se considera la reencarnación; a él que nació el día de san Juan de la Cruz, que es el día de los poetas; a él que, según dice, es poeta de más altura que el mismo Keats, pues si Keats medía exactamente cinco pies, mi hermano descubrió un día, al medirse en Nueva Isla, que mide exactamente seis pies, es decir unos 1,8235 metros (viendo lo cual, por cierto, empezó a considerar que es un estándar de la naturaleza y que tienen que llevarle a París para ponerle al lado de la barra de iridio y platino que sirve como [patrón de medida del metro](#)).

Pero, claro, como **todo lo malo le tiene que servir a mi hermano para algo**, este suspenso reafirmó su idea antes mencionada de que, como al [licenciado Vidriera](#), y como le pasaba a Gandhi con el cristianismo, a él le gusta la poesía, pero no le gustan los poetas. Los días que sale el tema de su suspenso, después de lamentarse amargamente, se contenta diciendo que **no pasa nada por que le suspendieran la asignatura de poesía del siglo XX, puesto que, claro, al fin y al cabo, él es un poeta del siglo XXI**.

Pero, a lo que íbamos. El caso es que **Quero y mi hermano se van de vez en cuando a correr juergas y andanzas lingüísticas**, es decir, **parten en busca de curiosidades que salen de las bocas de las gentes al hablar**, no satisfechos (de *satis* que significa ‘bastante’ en latín) con lo mucho y muy sustancioso que se escucha en la televisión o en la radio o con lo mal que se escribe ahora en los periódicos. Estas correrías suelen tener lugar en los vagones del metro o por las calles del centro de Almagríz. Generalmente mi hermano es el que toma la palabra.

Así, uno de esos días mi hermano le iba diciendo en el metro a Quero:

—**Escribir bien y hablar bien es de gente buena. Porque el que es cuidadoso con el lenguaje y con las palabras que emplea es cuidadoso en todo lo demás**. El que respeta las normas lingüísticas y, más aún, el que las respeta y las entiende, también respeta y entiende las normas cívicas, y esto le da un poder crítico para distinguir cuándo una norma es justa o injusta. **Y el que siente curiosidad por el lenguaje es curioso en todo y el que es curioso no puede hacer mal porque el curioso tiende a dejar que las cosas ocurran en su forma natural para analizarlas**. Otra cosa es que a veces sienta la necesidad de intervenir para corregir a los que utilizan mal una lengua y explicarles cómo se debe usar, para así brindarles la oportunidad de ser cuidadosos también.

Quero asentía porque estaba completamente de acuerdo. Mi hermano proseguía:

—Y además de escribir y hablar correctamente es preciso tener un extenso vocabulario para así poder reproducir de la manera más fiel posible los pensamientos de uno, pues **no hay sentimiento más hermoso que el ver los pensamientos plasmados en algo físico como son la voz o la escritura**. Significa capturar algo etéreo y demostrarnos a nosotros mismos que es real. De esa manera es fácil conquistar a las personas. Es como si les transmitiéramos el pensamiento por telepatía. Cuando la forma de expresarnos no

refleja minuciosamente lo que pensamos, entonces otros podrán entender con razón algo distinto de lo que queremos manifestar. Se podría decir que les estamos engañando. Así que el buen uso de una lengua es esencial para nuestra relación con los otros y, por tanto, **es deber y reflejo de la buena persona hablar y escribir bien porque esto significa que desea relacionarse de la mejor manera posible con los demás.**

En ese momento justo llegaron a la estación de Quevedo.

18

El lingdar, que no língdar, o En ocasiones veo palabras

Pero mi hermano **no es el típico que corrige o censura los errores de los demás**. Todo lo contrario. Como iremos viendo, **lo que de verdad le interesa a mi hermano es estudiar la forma natural en la que las personas se expresan**. Por eso él se define **más bien como lingüista teórico que como filólogo**. Ya [he aludido antes](#) a su chomskyana idea de que el lenguaje es algo natural en el hombre. Por supuesto, como voraz lector, hay algunas cosas que le rechinan, pero **siempre trata de buscarles explicación**. Lo malo es que **la gente, sabiendo que es filólogo, le exige saberse todas las normas ortográficas y cuándo algo está bien o mal dicho**. También le exigen, y esto le irrita bastante, [saberse el significado de todas las palabras del diccionario](#).

—Pero, ¿cómo quieren que me sepa todas las palabras del diccionario? ¡Es imposible! —se lamenta.

Y eso que, como sabemos, mi hermano dedica muchas horas al pormenorizado estudio de los diccionarios. Por eso, lo pasa tan mal cuando alguien empieza «A que no sabes lo que significa...». Y es que **los errores más graves los cometen las personas que más saben**, pues son a los que con mayor rigurosidad se examina.

Una vez, después de contarle a su amiga Margarita de la VEI (Vía del español ideal), donde trabajaron juntos, la táctica de *septentrional* con las chicas, Margarita se rió —pongo *rio* con tilde desoyendo precisamente a la VEI, [igual que hago con guión](#)— y le pidió permiso para contarlo, a lo cual él le contestó que sin duda, que precisamente él estaba pensando en escribir una novela en la que el protagonista le hiciera esa pregunta a las chicas por la noche. Entonces Margarita se acordó y le contó:

—Pues yo tenía algo parecido. Una amiga profesora me dijo que hay una palabra que los niños del colegio nunca saben lo que significa, pero que lo ha probado con adultos y tampoco lo saben.

Mi hermano preguntó temblando y con la voz del niño de *El sexto sentido*:

—¿Cuál?

—¡*Vadear!*

—...

—¿Tú sabes lo que significa?

—¿*Vadear?* Eh... —y se puso a pensar, pero aquí no le funcionaba [el truco de ir letra por letra](#). Fuera de contexto, le sonaba que era algo relacionado con los barcos y contestó sin tenerlas todas consigo:

—Pues algo de los barcos, ¿no? Como que van por el río...

El cazador cazado. Margarita saltó:

—¡Qué fuerte! Que tú tampoco lo sabes. Es atravesar un río por la parte baja.

—¡Ah! Es verdad.

Aunque mi hermano se puso mil excusas, escarmentado como estaba, pensó que a lo mejor lo de *septentrional* era un poco cruel, si bien en el fondo él había estado cerca y, ¡qué narices!, lo de *vadear* [no sale tanto como lo de septentrional](#). Como mucho saldrá en algún libro de aventuras tipo Tom Sawyer, cuando cruza el [Misisipi o Misisipí](#). Y además, sin contexto es más difícil. Lo de *septentrional* en cambio no necesita contexto. Por muchas excusas que se pusiera, es verdad que la [táctica de septentrional](#) se podía tomar como un intento demasiado explícito de demostrar la ignorancia de la preguntada, de tal manera que se podría decir que igual que la Estaca de Bares es el punto más septentrional de España, **la prueba de septentrional es una estaca de bares (y discotecas) clavada en la autoestima de las chicas**.

Lo que más perturbó a mi hermano de esto fue pensar que su amiga iba a contar ahora su historia de *septentrional* añadiendo que **el muy listillo iba por ahí preguntando una palabra para avergonzar a la gente, pero que luego él no sabía lo que significa vadear**.

Este bochorno le recordó al día de *verter*. Mi hermano no sabía por qué pero no aprendió bien de pequeño cómo se conjuga el verbo *verter*. Lo usa como si fuera *vertir* y, por tanto, lo conjuga como *divertir*. Pues bien, un día en el que ya se había ganado el papel de gramático, académico y lingüista incluso entre amigos de amigos, se hallaba contando alguna de sus historias en una fiesta a un corro de gente cuando dijo algo como «Y lo *vertió* todo dentro». Alguno de los circunstantes saltó «¿No será *vertió*?», ante lo cual el resto, antes de que mi hermano pudiera reaccionar, apostillaron canturreando: «**¡Hemos pillado al lingüista! ¡Hemos pillado al lingüista!**».

A mi hermano esas cosas le [zahieren](#) sobremanera y encima es que en este caso no sabía ni cómo se decía de verdad: *vertió* le sonaba fatal. Aquel día nuevamente se excusó a sí mismo aduciendo que, **aunque le guste la lengua, por supuesto puede cometer errores; también para él el lenguaje es algo natural y se puede expresar como quiera**. Si él no critica a la gente, con menor motivo le tienen que criticar a él. Anda que no hay gente que dice «elegirá», en vez de «elegirá».

Por si acaso, cuando se hizo la calma, disimuladamente sacó el móvil y miró cómo se conjugaba el verbo *verter*, pudiendo comprobar que, efectivamente, se había equivocado, que este caso no era como el de [podrir o pudrir](#), en el que valen las dos (aunque el participio es solo *podrido*). En fin, que va a ser verdad que [Quandoque bonus dormitat Homerus](#), es decir, que **hasta el bueno de Homero se despista alguna vez**.

Pero este no es el único error lingüístico que se le ha pillado a mi hermano. También, por ejemplo, cometió un error un día que estaban él, Quero y **Chindas** (otro amigo de [Roldana](#) que en verdad se llama Chindasvinto, como [el rey de los visigodos](#), y que luego será clave en la gran aventura que aquí contaré). El propio Chindas empezó a contar que había estado en un concesionario con sus padres, que estaban buscando un coche, y que el del concesionario no paraba de decir *rádares*. Todo el rato que si los rádares no se qué, que si los rádares no sé cuál. Chindas pensaba que mi hermano y Quero, pero sobre

todo mi hermano, iban a condenar al instante lo de *rádares*. Sin embargo, hasta que Chindas no mostró desconcierto y hasta casi indignación, mi hermano y Quero no reaccionaron. Hecho esto, convinieron en que, aunque *radares* es correcto, también se puede decir *rádares*. De hecho mi hermano tenía en la mente la imagen de la entrada de [rádar o radar](#) en el diccionario de la VEI. A Chindas, con su visigótico humor, le sentó un poco mal que le llevaran la contraria, pero como eran dos contra uno se calló, en una quizás inusitada demostración de democracia visigoda.

Al día siguiente, mi hermano le tuvo que pedir disculpas a Chindas, porque efectivamente, la VEI solo acepta *radar* y desaconseja el uso de *rádar*. Y es verdad que luego, pensándolo bien y, sobre todo, si se pronuncian fuertes las erres, *rádar* suena mal, suena como a villano de las [tortugas ninja](#).

Como curiosidad diré que *radar* viene de *radio detecting and ranging* y añadido que incluso *sónar*, que [antes estaba como llana en el diccionario](#), ahora es *sonar*². Lo del 2 es porque esta palabra y el verbo *sonar*, que ahora es *sonar*¹ son palabras [homónimas](#), es decir, tienen la misma forma, pero distinto origen. Mientras el verbo viene del latín *sonare*, el aparato de localización viene (o es un [acrónimo](#)) de *sound navigation and ranging*. Como son palabras homónimas se ponen así con numeritos; si se pusieran todas las acepciones dentro de una sola entrada, significaría, en cambio, que la palabra es [polisémica](#). **La diferencia entre la polisemia y la homonimia es, por tanto, que en la polisemia dos palabras iguales, aunque signifiquen algo distinto, tienen un mismo origen etimológico.**

En fin, lecciones aparte —**que parezco mi hermano**—, hemos visto de qué manera mi hermano se ve obligado a lidiar en su día a día con **los [fragosos](#) gajes del oficio de un lingüista teórico confundido con un filólogo raso.**

19

Haplologías, analogías, sesquipedaliofilias y otras enfermedades lingüísticas que se pueden pillar en el metro

Un día que mi hermano leyó que una chica había sacado un libro de las idioteces que se decían por la calle, rápidamente le dijo a nuestros amigos, pero en especial a Quero, porque sabía que el resto no iban a querer, que tenían que ir en busca de aún más aventuras lingüísticas, que ellos tenían que encontrar más. Por supuesto, él no hablaba de idioteces o errores —ya sabemos que para mi hermano **los supuestos errores son preciosas muestras del uso natural de la lengua**— sino de cualquier tipo de curiosidades lingüísticas.

Así fue como empezaron a buscar con ahínco, [denuedo](#) y entusiasmo y a encontrar verdaderas joyas lingüísticas de todo tipo, pero también como **llegó a sus oídos la secreta información que daría comienzo a la gran aventura por las calles de [Almagriz](#) y más allá.**

Todo comenzó cuando para tener más oportunidades de escuchar lo que decía la gente **se les ocurrió empezar a recorrerse la línea 1 de metro entera**, con sus más de veinte paradas, ida y vuelta, espiando o pegando la oreja a las conversaciones de los viajeros.

De esta forma, llegaron a sus oídos buenas muestras del habla relajada de los usuarios del metro. Un día pudieron escuchar, por ejemplo, a una señora quejándose de que la gente era muy poco *solidaritaria* porque no daba dinero a los que amenizaban con su música los vagones. Ante esto mi hermano explicaba en un tono [magistral](#) y lo bastante alto como para que gente ajena lo oyera y Quero se avergonzara:

—Este es un **precioso** caso que demuestra que **no siempre economizamos a la hora de hablar**. Es el fenómeno opuesto a la [haplología](#), o eliminación de una sílaba que aparece junto a otra parecida o igual, como en *morfología* por [morfofonología](#), *tenístico* por *tenisístico* o *navideño* por *navidadeño*.

Aquí dejaba un momento para que Quero y algún viajero reflexionaran. Luego seguía:

—Supone, pues, un caso de lo que podría llamarse *sesquipedaliofilia*, o amor a las palabras largas, en contraposición al odio, que se llama *sesquipedaliofobia* o, más exactamente, [hipopotomonstrosesquipedaliofobia](#).

Mi hermano, al mirarle fijamente a los ojos justo cuando pronunciaba esta palabra hizo que un pobre niño pegara un respingo. Después continuó:

—**Para que luego digan que el lenguaje es económico**. Eso lo dicen los que olvidan que preferimos decir *debajo de la mesa* que *bajo la mesa* o *encima de la mesa* en vez de *sobre la mesa*.

Esto sorprendió a Quero, pero pronto estuvo de acuerdo; él nunca decía «Lo he dejado sobre la mesa», sino «encima de la mesa». Mi hermano seguía:

—Si es que está claro, **a la gente ya no le basta con ser solidaria; ahora quiere ser solidaritaria**.

Además de esta *sesquipedaliofilie*, pudieron escuchar también, por ejemplo, a alguien usando el verbo *aperturar* para referirse a abrir una cuenta bancaria, escucharon cientos de *dijistes*, de *contramases* y *cuantomenoses* («Cuanto menos, me lo podrías haber dicho a mí», en vez de «Cuando menos, me lo podrías haber dicho a mí»). Llegó asimismo a sus oídos algún *convezco*, **en vez de *convenzo***, en clara analogía con *crezco* o *parezco*.

También escucharon alguna de las nuevas (a veces no tan nuevas) formas de expresarse de los jóvenes. Escucharon mucho la palabra *rollo* usada en casos como «Es rollo superhéroes» para decir que una película era como de superhéroes. Pero también escucharon cómo la gente usaba *rollo* para 'alrededor de' como en «Había rollo mil personas». Parecido a esto escucharon muchos *en plan* («Había en plan mil personas»). El *en plan* se usaba todo el rato: «Y yo estaba en plan tirado en el sofá, cuando me llamó Silvia en plan que qué hacíamos. Y yo en plan...». También se oía mucho *tipo* como en «Son un grupo tipo [Marea](#), ¿sabes?», expresiones como «Me dio la chapa», para cuando alguien es pesado con otro, y fórmulas como «**No es tonto sino lo siguiente**» o «**Si no lo ha dicho diez veces, no lo ha dicho ninguna**». Muchas de estas manifestaciones de expresividad de los hablantes demostraban que **el ahorro es difícil hasta en el hablar**.

Por supuesto, todo esto lo iba recogiendo mi hermano en un cuaderno, [el mismo](#) donde tenía todas las listas de películas y libros que le faltaban por ver y leer. Cada vez que apuntaba alguna cosa, como es lógico, **le iba buscando ya una justificación y trataba**

de sacar de ella alguna aplicación para sus teorías. Con alguna como con el famoso *irsen*, lo consiguió.

Y es que, como digo, para mi hermano son **preciosas** muestras lingüísticas lo que para otros son idioteces, paletterías, burradas o, simplemente, errores. Eso sí, aunque no tacha de incultas a las personas que cometen alguno de estos deslices, sí que, por ejemplo, **le dijo una vez a una amiga que, aunque no era inculta, era una inadaptada.** Y bastante poco fue, suponiendo que del [discurso de mi hermano sobre la importancia de hablar bien](#) se puede **colegir** que los que no se esfuerzan por hacerlo son gente malvada que no se quiere relacionar con los demás.

20

Presuntas apariencias

En uno de esos días de expedición metristica o métrica, Quero, al ver a alguien con un pack ahorro de botellas de Coca Cola, le preguntó a mi hermano:

—Oye, ¿cómo era la historia del pack completo? Que se la quise contar a mi novia el otro día y no me acordaba bien.

Esta historia es una de las muchas que mi hermano tiene de cuando va de vacaciones a la playa en agosto a [Roldana](#). Esos veinte días son el único período del año en el que mi hermano se relaja un poco en lo que a aventuras lingüísticas se refiere y da rienda suelta a otras aventuras menos cultas (aunque, como veremos, siempre hay hueco para alguna charla lingüística). Pero **que nadie le diga al verle tan feliz esos días algo como «¿Ves? Si es que uno es mucho más feliz cuando no lee»**, porque mi hermano saltará bastante enojado con lo siguiente:

—Sí, **puede que uno sea más feliz cuando no lee, pero no creo que nadie encuentre la felicidad plena sin haber leído.**

La historia del pack completo en concreto, y así empezó contándole mi hermano a Quero, comenzó un verano en el que se juntaron mi hermano, Chindas y **Lízar**, con el que coincidía mi hermano por primera vez, pues aunque ambos ya habían estado en Roldana, lo habían hecho en momentos distintos.

Una de las primeras cosas que supo mi hermano de Lízar es que su novia le había dejado ir a Roldana, sabiendo la fiesta que allí había todas las noches, con la condición de que no bebiera mucho. No en vano el nombre de Lízar le venía de que cuando bebía se le ponía la cara (sobre todo los ojos) de Lagarto, el supervillano de *Spiderman*.

Bien, pues, **como era de esperar, una de las primeras noches, Lízar se pasó bebiendo.** Después de las clásicas copas en la terraza de la casa de Chindas, fueron a **Valhalla**, la discoteca por excelencia de allí, que está en **Monsácar**, el pueblo de al lado de Roldana. A la salida, como solían hacer, se acercaron al coche de unas chicas autóctonas en el aparcamiento y se pusieron a hablar con ellas. En el fragor de una loca conversación, Lízar se quiso apoyar en la ventanilla de atrás del coche, pero con la cogorza que llevaba no se dio cuenta de que la ventanilla estaba abierta y no sé muy bien cómo, pero se cayó dentro del coche, quedándose con las piernas para arriba saliendo por la ventanilla. Con medio Lízar dentro del coche, **se empezaron a oír gritos**

de chicas como si hubiera entrado un zorro en un gallinero o, mejor dicho, habiendo entrado un zorro en un gallinero, pero ni mi hermano ni Chindas pudieron ver bien lo que pasaba porque las piernas les tapaban. Lo que sí se pudo ver es que Lizar de repente salió disparado de la ventanilla y empezó a gritar: «¡**Me han curtido el lomo! ¡Me han curtido el lomo!**!». Al ver este espectáculo, una de las chicas que estaba fuera, consideró que era el momento oportuno para calificar al grupo, así que les miró de arriba a abajo a los tres y con todo su acento andaluz dijo:

—Joé, **habéis venido el pack completo: el cachas, el pijo y el borracho.**

Las etiquetas estaban claras: Chindas era el cachas, porque es de los que tiene los músculos bien desarrollados, conseguidos por medio de la gimnasia y el [CrossFit](#) (que, como [mi hermano comprobaría en sus carnes](#), es más o menos una dura pero efectiva modalidad de gimnasia que combina gimnasia normal con carrera y con entrenamiento militar y que consiste en hacer una serie de ejercicios antes que el resto o hacer más repeticiones de algún ejercicio en un tiempo). Mi hermano, aunque había bebido, era claramente el pijo por las pintas que llevaba en aquella ocasión y siempre que está en una discoteca de verano, con sus pantaloncitos de colores, su camisita de marca y sus alpargatas a juego; y Lizar, no solo porque se hubiera caído dentro del coche, sino por los tumbos y gritos que seguía dando, era el borracho.

La cosa probablemente no habría pasado a mayores, si no hubiera sido porque al día siguiente le contaron la historia a una amiga en la playa. A esta le hizo tanta gracia que quiso hacerse una foto con el pack y la colgó en Facebook poniendo «¡Qué bien me lo paso con el pack completo: el cachas, el pijo y el borracho!».

Cómo no, la novia de Lizar vio la foto y se escamó del comentario que la acompañaba. Sin conocer aún a mi hermano, solo con verle con un [bañador](#) de Pertegaz, supuso que él era el pijo. Lo de que Chindas era el cachas estaba claro. Así que solo quedaba que Lizar, al que no le estaba permitido beber, fuera el borracho. No obstante, concediendo el beneficio de la duda a su novio, decidió urdir un plan para comprobar si las suposiciones eran fundadas. Así, uno de los días en los que estaba hablando con Lizar por teléfono subrepticamente le preguntó:

—Este año estás yendo mucho con un amigo un poco pijo, ¿no?

Lizar, con la comprensible inocencia del que cae en una inesperada trampa, contestó:

—Ah, sí, con **Jimmy** —que es como llaman a mi hermano en Roldana.

A lo que ella exclamó:

—¡¡¡Ajá!!! Así que tú eres el borracho.

No había escapatoria posible de aquel ardid, [garlito](#) o trampa. La excusa de que mi hermano también había bebido alguna copa no valió; la bronca fue inevitable.

Nada más terminar de contar la historia del pack completo, de repente el metro hizo uno de esos atronadores ruidos, de los típicos que amilanan a más de uno en los parques de atracciones, ruido ante el cual mi hermano se sobresaltó y pegó un brinco que a poco no se deja los dientes en una barra. Quero, en cambio, ni se inmutó:

—¿Qué pasa —le dijo mi hermano a Quero cuando se repuso del sobresalto—, que no te has asustado?

Quero contestó orondo y seguro de sí mismo:

—Yo es que siempre estoy alerta.

Como si siempre tuviera presente que podría producirse algún estruendo de ese tipo. Por cierto, lo de creer que una ventanilla está cerrada cuando está abierta, como le pasó al desdichado Lizar, perjudicó a mi hermano un día, solo que al revés. Iba conduciendo por el Puerto de la Virgen, volviendo de fiesta con **Charly** y **Mufo**, otros dos amigos de la infancia del Pinar, cuando de repente le vino al gizonte uno de esos gargajos que a veces rondan por las vías respiratorias. No sabiendo lo que hacer con él, si tragárselo o expelerlo por la ventana, al final se decidió por lo segundo, sin darse cuenta de que la ventana, a pesar de que, de limpia que estaba, parecía estar bajada, en verdad estaba subida, por lo que el esputo se quedó pegado a ella, igual que en [Cuando Harry encontró a Sally](#). Tanto asco le dio a mi hermano su propio gargajo que lo tuvo que limpiar Charly con un papel.

En aquella ocasión aprovechó para contar su proeza del día que, sentado detrás en un coche en marcha, viendo que el conductor lanzaba una colilla por la ventana (en la época en la que no se perdían puntos por hacerlo) y sabiendo que muchas veces en estas circunstancias la colilla entra por la ventanilla de atrás (por su ventanilla en este caso), la subió rápidamente, consiguiendo que la colilla, que efectivamente amenazaba con volver, chocara con el cristal y no entrara. Por supuesto, cuando lo contó, no se creyeron que le pudiera haber dado tiempo, pero él alegó que era una ventanilla de las de manivela, las cuales, con fuerza y pericia, se pueden subir a toda leche. La aversión al tabaco de mi hermano es tan grande, como veremos, que yo sí me creo que fuera capaz. Otro día de los de andanzas lingüísticas mi hermano le decía a Quero:

—**Una de las cosas que más me inquietan en la vida es conocer a gente nueva en un trabajo o en algún sitio y pensar que has podido cruzarte con ellos por la calle diez días o un año antes sin saber que en el futuro vuestras vidas se unirían. Igual que con una chica.** A lo mejor acabo dentro de un tiempo con una chica que he visto en alguna discoteca alguna vez o incluso con la que he hablado hace unos años y ni me acuerdo. Me encantaría volver al pasado solo para poder comprobar eso. **Es como cuando vuelves a ver una película antigua y ves de secundarios a actores que ahora son archiconocidos.**

—Como Joffrey de *Juego de Tronos* en [la primera de Batman](#) de Nolan.

—Exacto.

En otro viaje, y esta es una historia que nadie se cree cuando la cuenta mi hermano, ni siquiera cuando Quero da fe de ella, el metro hizo un giro brusco y mi hermano, que no iba agarrado, rápidamente se cogió de una barra vertical del vagón, pero en vez de sujetarle, como haría cualquier barra rígida de metal, la supuesta barra se dobló y mi hermano cayó al suelo. Cuando se levantó todavía sin comprender lo ocurrido, vio que la gente se estaba riendo. Y es que lo que había pasado no era que mi hermano hubiera hecho un Uri Geller, sino que lo que había cogido, en lugar de una barra, era un póster que llevaba un señor sentado y que tenía puesto hacia arriba entre las piernas. Como diría Fedro en una de sus fábulas, *Non semper ea sunt quae videntur*, lo cual, **para los que como mi hermano odian los libros en los que aparecen citas en lengua extranjera no traducidas**, viene a significar algo así como que las apariencias engañan. Quizás por eso, para no caer en falsas apariencias, **ahora se abusa tanto de presunto**

en las noticias, donde hasta los desaparecidos o los muertos a veces se consideran presuntos.

21

Próxima parada: mi hermano. Tengan cuidado de no introducir el oído entre coche y él

Otro día de aventura *underground* —diría *suburbana*, pero mi hermano se enfadaría, como explico más abajo o [yusoexplico](#)— empezaron Quero y mi hermano a discurrir sobre lo que sonaba por megafonía al llegar a una parada en curva:

—¡Atención!: estación en curva. Al salir tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén.

Mi hermano por fin se manifestó abiertamente:

—Lo de *para* me suena fatal, pero no sé muy bien por qué. Yo diría «tengan cuidado de no introducir».

—Sí —coincidía Quero—, a mí también me suena mejor con *de*.

—O si no —le cortaba mi hermano— me podría sonar bien «tengan cuidado, para así no introducir». Me parece que con el *así* se consigue que la oración de finalidad o propósito introducida por *para* se vea como más externa y no interna al predicado de *tener cuidado*. —Se quedaba pensando y seguía como si estuviera solo—. Sí, debe ser eso, porque uno no pregunta «¿Para qué tuve cuidado?», sino «¿De qué tuve cuidado?». Es parecido a lo de las **causales externas o, mejor, de la enunciación**, aunque creo que no es igual. Una causal puede modificar al verbo y entonces indica la causa por la que se lleva a cabo la acción, pero también puede modificar a otro elemento más externo y entonces se expresa la causa que ha llevado a uno a decir algo. Por ejemplo, si digo «Hace frío porque es invierno», *porque* introduce la razón por la que hace frío. Sin embargo, si digo «Seguramente hace frío, porque la gente va con abrigo» lo que introduce *porque* no es la causa por la que hace frío, sino la causa por la que yo pienso que hace frío: «Pienso que seguramente debe hacer frío porque la gente va con abrigo».

—Uf. Un poco chungo —decía Quero que ante estas cosas se quedaba patidifuso, si es que no desconectaba antes— pero sí, a mí me suena mejor con *de*.

Menos mal que en este caso nadie les oía, a pesar de que mi hermano elevaba la voz, como la elevan a veces las madres para que las oigan los dependientes de las tiendas, abochornando a sus hijos cuando van de compras con ellas

A todo esto, lo de *suburbano* no lo he usado antes, atendiendo a lo que un día mi hermano explicó a su público, empezando como tantas veces con su «**Es error común**», sobre por qué no se debe usar [suburbano](#) como sinónimo del metro o como algo relativo a este medio de transporte. Decía:

—**Es error común creer que suburbano es sinónimo de metro** solo porque el metro vaya por debajo de la ciudad. No. **El suburbano no es el tren que va por debajo de la urbe o ciudad, sino el tren relacionado con los suburbios.** *Suburbano* viene de *suburbio*. El *sub-* de *suburbio*, pues, significa ‘debajo’ pero no en el sentido espacial, sino debajo en el sentido de por debajo en el nivel económico, por ejemplo. El

suburbano es, por tanto, el tren que va a los suburbios y no el que va por debajo de las urbes. Es una mala interpretación de la formación de la palabra. La segmentación se hace mal: no es *sub-urbano*, lo que significaría que es algo relacionado con la urbe y que va por debajo, sino *suburb-ano*, lo que significa que es relativo al suburbio. Es decir, primero se forma el sustantivo *suburbio* y luego el adjetivo *suburb-ano*, y no al revés, no es *urbano* y a partir de ahí luego *sub-urbano*.

Asumiendo que era fácil entender su llosa explicación, todavía siguió:

—Algo parecido pasa con algunos casos del español que permiten lo que se llama una **doble segmentación**. Es difícil de ver, pero por ejemplo —y utilizaba [el ejemplo de la Gramática](#) de la VEI—con *inmovilizable* puede quererse decir que algo no se puede movilizar o que algo se puede inmovilizar. Depende de si formamos primero *movilizable* y luego le añadimos *in-* o de si formamos *inmovilizar* y, a partir de ahí, *inmovilizable*. Por ejemplo, una montaña es *inmovilizable* en el primer sentido porque no se puede conseguir que se mueva, pero una mosca es *inmovilizable* en el segundo sentido porque se puede coger con unos palillos a lo [Karate Kid](#) y hacer que deje de moverse: puede hacerse inmóvil.

Su público en ese caso también debía pertenecer al segundo grupo, como las moscas, porque con esta explicación mi hermano los dejó a todos inmóviles. Y eso que se dejó en el tintero otros casos relacionados en cierta medida a estos como los de reanálisis o falsa segmentación del tipo de *bikini* y *trikini*, que [veremos más adelante](#).

22

¡¿Jaguares en África?! o Cosas que no sabe mi hermanóptero

Pero no siempre era mi hermano el que daba lecciones a Quero. Ya he dicho que Quero era el experto en animales y naturaleza en general del dúo. Tanto le apasionaban los animales que casi le da un *pipirlitaque*, *pipirindengue* o *tantarantán*, es decir, un patatús, un día en que mi hermano hablaba de pingüinos y osos polares en el Polo Norte:

—¿¿Cómo?! ¡¿Pingüinos en el Polo Norte?!
—Sí, ¿no?

—Sí, ¿no?

—No, solo hay pingüinos en el Polo Sur. Y los osos polares solo en el Polo Norte.

—Pero, entonces, ¿en Chilly Willy?

—Eso está mal. Lo que pasa es que **en muchos libros, sobre todo en los de los niños, cuando hablan de los polos ponen juntos a pingüinos y osos polares y eso crea confusión**. Como mucho en el Polo Norte hay [alcas](#), que son parecidas a los pingüinos, pero de distinta especie.

No tan grave fue lo de otro día cuando llegaron a la situación —a saber de qué andarían hablando— en la que mi hermano decía algo de que en África un jaguar había hecho no sé qué, a lo que Quero saltó ofuscado:

—**¡¿Jaguares en África?!
Mi hermano le miró con sorpresa y dijo:**

—¿Es que no hay jaguares en África?

—¡Por Dios! Solo hay jaguares en Sudamérica.

Y lo mismo con los [lémures](#), que solo viven en Madagascar.

Otro disgusto más se llevó Quero el día que descubrió que mi hermano creía que una pantera era una especie distinta al leopardo, al puma o al guepardo:

—¿Cómo?! Pero si panteras son todos.

—¿Perdón?

—***Panthera* es el nombre del género al que pertenecen leopardos, guepardos, pumas, jaguares e, incluso, tigres.** Como sabrás —y esto lo decía en el tono perfecto para picar a mi hermano— *pantera* viene del griego *pan*, que significa ‘todo’, y *tera*, que significa ‘fiera’ o ‘animal salvaje’.

—Pues lo de *pan*, lógicamente sí lo sabía; sale en miles de palabras —y no perdió ocasión de decir algunas—: *panteísmo*, *panhispánico*, *pandemia*...

—Ya, pero lo de *fiera* no lo sabías.

—Pues igual sí, nunca lo había pensado.

—Vamos, que no lo sabías. Igual creías que era como los teras de los discos duros.

—Hombre, pues tampoco eso..., aunque, ahora que lo dices, cuando me estudié todos los prefijos de medidas, peta, pico, yotta, femto, atto, zepto —parecía que jugaba a pinto pinto gorgorito— creo que [tera](#) se usaba porque significaba monstruo.

—Pues, mira, podría tener que ver, pero, a lo que íbamos; el caso es que panteras son todos en el sentido de que pertenecen a esta especie, pero no sé por qué, en español se usa *pantera* solo cuando estos animales sufren melanismo y son, por tanto, negros...

—De color —bromeó mi hermano, reservándose la oportunidad de relacionar *melanismo* con *melancolía*, ambos derivados de *melan*, que significa ‘negro’, para otra ocasión.

—Sí, de color negro —sentenció Quero y aclaró—: Así Bagheera en el *Libro de la selva* será un leopardo negro o algo así.

—Me lo apunto —concluyó mi hermano, en quien la curiosidad había eclipsado el disgusto de no haber sabido lo de *fiera*.

Otro día Quero le dijo que acababa de descubrir en un libro de Asimov que *quiro* significa ‘mano’ en griego y que por eso los murciélagos son **quirópteros**, porque tienen alas (*ptero* es ‘ala’) en las manos.

—Sí —dijo mi hermano, que lo sabía desde hacía tiempo, aprovechando para vengarse por lo de *tera*—, y *quiromancia* es adivinación por medio de las manos y *quiropráctico* el que cura con las manos, y creo que había un personaje mitológico que era el [Hecatonquiros o Hecatonquirón](#), o algo así y era que tenía cien manos.

(Según esto, yo añadí que la táctica de la mano sería la [quirotáctica](#), y que menos mal que mi hermano no era un Hecatonquiros, porque, si no, ¡pobres mujeres!, agarradas por las cien manos de mi hermano.)

Para demostrar que algo sabía de animales, mi hermano aprovechó para traer a colación algo que se había estudiado no hacía mucho:

—Por cierto, sobre lo de *pteros*, estuve mirando hace no mucho todos los *pteros* que hay.

—Ja, ja. ¿Los pteros? Hay homos, heteros y pteros.

—No, digo los animales que en su nombre tienen *ptero*.

—Ya lo había supuesto, hombre.

—Recuerdo que estaban los **dípteros**, que eran las moscas, ¿no?, porque tienen dos alas.

—Sí.

—Y los **himenópteros** son avispas y abejas y es como que tienen las alas con membrana, como el himen, je, je.

—Correcto. ¿Y qué más, a ver?

—Los **coleópteros** son los escarabajos, porque tienen las alas duras. Los **hemípteros** es que tienen las alas partidas a la mitad y creo que eran las mariquitas.

—¡No, hombre! Las mariquitas son también coleópteros.

—**Homópteros**, je, je.

—Je, je. Pues precisamente los homópteros eran un antiguo orden que incluía a los hemípteros, que son las chinches y las cigarras.

—Ah. Es que es un lío; como no siguen un criterio único, de número de alas o forma o material.

—Ya.

—Luego recuerdo que estaban los **ortópteros**, pero no tengo ni idea de cuáles eran, aunque tienen que tener las alas rectas o algo así, igual que la ortografía —aprovechaba para tirar para casa— es la recta escritura.

—Pues ahora que lo dices no me acuerdo, creo que los saltamontes son ortópteros.

—Y luego están los **helicópteros**, con alas como hélices, je, je, y los **pterodáctilos**, con alas en vez de dedos.

—Ja, ja. Sí. Pero se te han olvidado unos imprescindibles: ¡los **lepidópteros**!

—Ay, ¡es verdad! ¡Las mariposas! ¿Qué era *lepido*-?

—Creo que era que tienen escamas.

—Ni idea.

—Y luego está el *solptero* que eres tú.

—Jou, jou.

Y así se divertían.

23

De esa agua sí beberé

Volviendo a lo lingüístico, en aquellos viajes también escucharon muchos *este aula*, en vez de *esta aula*, *ese arma*, en vez de *esa arma*, y más casos de uso del demostrativo masculino con nombres femeninos, claramente por influencia de *el aula* o *el arma*. Una de las veces mi hermano le explicó a Quero:

—A ver, es que aquí la gente confunde las cosas. **No es que cuando uno dice *el agua* o *un arma* o *algún águila* esté usando el artículo o determinante masculino.** No. **Lo que se está usando es una forma femenina apocopada o sin la última letra de estos por fusión fonética con la *a* tónica inicial.** En el caso de *un* y *algún* está claro cómo se produce esta apócope: simplemente se pierde la última *a* de *una* y *alguna*. Lo que no se ve tan claro es lo de *el* y creo que esto es lo que lleva a error. Uno esperaría que, si fuera

apócope, en este caso fuera *l'agua*, con [apóstrofo](#), que no [apóstrofe](#). —Quero puso cara de sorpresa ante esto pero dejó a mi hermano continuar—: pero la cuestión es que [el antiguo artículo femenino era *ela*](#) y, por tanto, **al perderse la *-a* quedó *el'***. —El apóstrofo lo marcaba con un gesto con la mano—. Es decir, que no es que se use el masculino en estos casos, sino una forma apocopada del femenino *ela*.

—Anda.

—El considerarlo masculino y no forma apocopada ha hecho que con *esta* o *esa*, por ejemplo, se use el masculino, cuando si se quiere imitar lo que pasa en los otros casos, debería ser *est'aula* con apóstrofo o *es'arma*. Yo siempre decía, creyéndome muy original e interesante, «**Nunca digas “de este agua no beberé”**», di «**De esta agua no beberé**», pero luego he visto esta broma en muchos sitios, así que nada. Me recuerda a lo del *abstract* que uno mandó para un congreso y al que en la respuesta le dijeron: «**Su abstract es a la vez original e interesante, pero la parte interesante no es original y la parte original no es interesante**».

—Ja, ja. Pero es que *esa aula queda rarísimo*.

—Ya, pero bueno. Yo creo que **a que suene raro ha contribuido el Steaua de Bucarest**. La gente no sabe que Steaua significa 'estrella', y no es esta agua, je, je.

—Ja, ja. No creo que a la gente le salga tanto el Steaua como para que se les haya pegado.

—Ya, no sé. Era por buscar una explicación. Ah y hay alguna excepción. Sabes que la regla es que pasa con palabras que empiezan por *a-* o *ha-* con hache tónicas, ¿no?

—Sí, sé que es tanto *el agua* como *el hacha*, pero sería... *la agüita*... porque... —Quero dudaba—.... ahí la *a* no es tónica.

—Eso es.

—¿*La agüita*? ¿Seguro? ¿No es *el agüita*?

—Hay gente que dice *el agüita*, pero lo recomendable es *la agüita*, precisamente porque la *a* no es tónica en *agüita*, frente a *agua*. Pero hay excepciones reales. Por ejemplo, con el nombre de las letras no se usa *el*. **Decimos *la a* o *la hache* y no *el a* o *el hache***, a diferencia de en el caso de *el hacha*, por ejemplo. También pasa con siglas y con nombres propios. Por ejemplo, decimos ***la APA***, perdón, ***la AMPA*** para referirnos a la Asociación de madres y padres de alumnos, pero decimos *el hampa*; o decimos «Es ***la Ana*** de siempre» y no «Es ***el Ana*** de siempre».

—Cierto. ¡Qué curioso! Oye, ¿y lo del apóstrofo?

—Ah, pues eso es que la gente llama siempre *apóstrofe* a la rayita que se pone para indicar que falta una letra, y en verdad es *apóstrofo*. Un [apóstrofe](#) es una figura retórica que creo que es como dirigirse a alguien con vehemencia. —Mi hermano muchas veces usa ese modesto «creo que», cuando en verdad está seguro porque se lo ha aprendido de memoria.

Otra cosa que escucharon mucho fue lo de *andamos* para el pasado de *andar* en vez de *anduvimos* o *andé* por *anduve*, en los casos, claro, en los que la gente no usa un verbo que se ha puesto más de moda para esta acción: *caminar*. Mi hermano justificaba el uso de *andé* y *andamos*:

—La verdad es que es curioso que a la gente le salga *andé* o *andamos* en el caso de *andar*, pero no les pase con el verbo *tener*, por ejemplo. Debe ser que hay algo más

detrás. De hecho, es curioso que incluso yo a veces digo *andamos* para el pasado en los casos en los que *andar* significa ‘caminar’, pero jamás me pasa con *andar* cuando lo utilizo como ‘encontrarse en un estado’. Por ejemplo, yo jamás diría «Aquellos días andamos un poco tristes», siempre diría *anduvimos*. Eso si no hago la broma de decir *anduviamos*, je, je —Silencio—. O sea que parece que hay alguna diferencia entre *anduve* y *andé*. Cuestión de estudiarlo.

Y esto le llevó a arrancarse con una de sus teorías:

—Esto me recuerda a lo que pensé un día sobre casos en los que una forma del presente es igual que la del pasado, como *divertimos*. **Yo estoy seguro de que aunque lo escribimos igual, si grabas a alguien diciendo «Ayer nos divertimos mucho» y «Hoy en día los jóvenes nos divertimos más», es decir, con un *divertimos* en pasado y otro en presente, ese *divertimos* suena distinto.** Llegaría a decir que si dejas solo el *divertimos* y le preguntas a alguien si es pasado o presente podría adivinarlo. Es como si en pasado la *i* de *divertimos* estuviera más acentuada o fuera más larga. No sé.

Otra maravilla que escuchaban con frecuencia era el proceso en vivo de creación de una nueva preposición. Era el caso del *hace* que aparece en construcciones como «Lo habían hecho **hace** cinco días», en las que habría que haber usado *hacía* en vez de *hace*, es decir «Lo habían hecho **hacía** cinco días». Mi hermano decía al respecto:

—Es precioso esto, porque se está utilizando *hace* como invariable, es decir, no cambia de forma aunque sea pasado, y, por tanto, se estaría utilizando más como una preposición que como un verbo.

Ya sabemos que **a mi hermano le parecen preciosas las muestras naturales de evolución de la lengua.** Pero la evolución natural, ojo, no la forzada como lo de tener que decir la AMPA y las madres y padres, algo que, como ya veremos, para él al final lo único que acaba consiguiendo es que pasen cosas como que se relacione a los padres con el [hampa](#).

24

Operación monokini o los etimológicos y morfológicos peligros de dormir como un choto recién amamantado

Pero no siempre eran incorrecciones (perdón, supuestas incorrecciones de la gente provocadas por la natural evolución de la lengua) lo que encontraban o en lo que se fijaban. También escucharon alguna vez hermosas expresiones. Por ejemplo, otro día escucharon a un chaval que decía: «Pues yo hoy **he dormido como un choto recién amamantado**». Esto inevitablemente le trajo a la memoria a mi hermano un día en Roldana cuando al volver de fiesta, después de un rato de clásica pistachada en la terraza de Chindas, que ya se había acostado, le dijo, estirándose, a Lizar:

—Uf, yo me voy a la cama ya que estoy matado. Hoy voy a dormir como un choto recién amamantado.

Pero muy lejos de sus pretensiones, en vez de irse a dormir como tal cría de animal, se puso a discutir con Lizar sobre qué era un choto. Tenían dudas de si era la cría de la vaca o de la cabra o la oveja y tenían dudas de los años que tendría un choto. Por si esto

fuera poco, les saltaron a las mientes también *lechón* y *lechal*. Y se empezaron a enzarzar en la que desde entonces fue llamada «**discusión del choto, lechón y lechal**». Si hubiera estado Quero se lo habría resuelto fácilmente.

Les sonaba lo del cordero lechal y el lechón sonaba a cochinitillo. Pero si choto era de la vaca, entonces, ¿qué era ternera? Y también les sonaba que choto era de la cabra. Y encima luego estaba *chivo*, que eso sí que es cabra, ¿no?, por lo de la barba de chivo. Estuvieron bastante rato discutiéndolo y, aunque llegaran a un acuerdo, lo reconsideraban y se volvían a hacer un lío. **Como acababan de volver de fiesta decían cosas de las que luego se desdecían y uno podía defender lo que el otro pasaba a defender más tarde sin llegar a un acuerdo.** Menos mal que sus neuronas solo daban entonces para palabras con *ch* y no pensaron en *recental* y *añojo*, por ejemplo, lo cual les habría liado aún más.

En esas estaban cuando su eterna, enmarañada y *bucólica* discusión fue interrumpida por unos ruiditos y bisbiseos de chicas fuera de la terraza en la piscina de la urbanización de Chindas (llamada «la Hortensia»). Al oír los ruiditos, mi hermano salió escopetado, como el legionario que contaba nuestro abuelo que en Roldana, cuando vio a una chica en bikini por primera vez, bramó como un toro, «Muuuuuuuu», y fue corriendo a por ella como para embestirla. Lizar salió corriendo detrás. Al llegar a donde estaban las chicas, antes casi de saludar, les preguntaron si sabían lo que era un choto, lo cual quedó fatal, por supuesto, pero enseguida lo arreglaron preguntando por lechón y lechal. Tan intrigados habían acabado con el tema que no se estaban dando cuenta ni de que a las chicas les faltaba la parte de arriba del bikini ni de que por preguntarles estaban interrumpiendo su romántico baño en la piscina. Cuando por fin reaccionaron, empezaron la retirada disimulando muy mal, entre mirando y no mirando lo que la falta de bikini dejaba al aire, hasta que llegaron a la terraza y se fueron a dormir.

Y durmieron, después de tantas emociones, como verdaderos chotos recién amamantados, signifique *choto* lo que signifique. (La verdad es que si hubieran que estar como una chota es estar como una cabra, podrían haber deducido que un choto tiene que ver con las cabras. Pero nunca se sabe.)

Y ya que he vuelto a referirme a un bikini, que en este caso era más bien un monokini, creo que es buen momento de hablar del reanálisis. Según nos contó mi hermano un día, **el reanálisis consiste en interpretar alguna palabra o parte de una palabra de una manera que no corresponde a su significado.** Un caso claro es precisamente *bikini*. Como *bikini* empieza por *bi-* y la prenda se compone de dos piezas, esta sílaba se interpretó o se reanalizó como el prefijo *bi-*, que aparece en casos como *bisílabo* y que significa ‘dos’. Así, cuando salió una prenda parecida al bikini, pero con tres piezas, se llamó **trikini** y la de una, **monokini**. Como *bi-* se interpretó como prefijo, *kini* se interpretó consecuentemente como base léxica y sobre ella se han construido otros tipos de traje de baño femenino como el **tankini**. **Es error común**, por cierto, creer que el tankini es el bikini cuya parte de abajo es un tanga, como creía yo, sin ir más lejos. No. El nombre viene de *tank top*, que significa camiseta sin mangas, y *kini*. Así que es el conjunto de bragueta más camiseta sin mangas. También está el **burkini**, que es el que lleva burka (no el que se usa en Burkina Faso, capital [Uagadugú](#)). También hay bikini

masculino, el **mankini**, que es el famoso bañador que lleva Borat en la película y el que desde entonces es frecuente ver en los que se despiden de solteros.

El día que explicó esto mi hermano, como es habitual, aportó información extra:

—Y en verdad *bikini* viene de que el día de la presentación del primer bikini en 1946, justo el atolón Bikini, de las Islas Marshall (capital Majuro), había sido utilizado por Estados Unidos para una prueba nuclear y entonces se dijo que la prenda iba a ser más explosiva que la bomba de Bikini.

Y siguió explicando la verdadera morfología de *bikini*:

—Y os estaréis preguntando que de dónde viene en verdad *bikini*. Pues *bikini* viene de la palabra *Pikinni* del marshalés, que está formada por *pik*, que significa ‘superficie’ y *ni* que significa ‘cocos’ y, por tanto, significa ‘superficie de cocos’.

Y concluyó con una de sus hilarantes y chuscas agudezas:

—Así que, tanto en su significado original marshalés de *bikini* como en el actual, **los cocos son [claves](#)**.

Otros casos de reanálisis de este tipo son aquellos en los que **se quita la -s de una palabra en singular reinterpretando esta -s como si fuera la indicadora de plural**. Yo pensaba que pasaba con *metrópoli*, que estaba mal dicho porque en verdad el singular era *metrópolis*, y de hecho así se llama la ciudad de [la película de Fritz Lang](#), pero ya se encargó mi hermano de decirme que lo recomendable para el singular es efectivamente [metrópoli](#) (como la revista). Aun así me suena que había algún caso en el que sí que pasaba esto. Le preguntaré.

Ahora, si lo de *bikini* es un reanálisis morfológico o una falsa segmentación, también hay un curioso caso de **reanálisis léxico**, es decir, de toda una palabra. Un día mi hermano preguntó a su público de ese momento:

—¿Cómo llamarías a alguien de Kenia?

Unos contestaban *keniano* y otros *keniata*. Los que respondieron *keniata* decían que *keniano* estaba mal, pero los que respondieron *keniano* dijeron que también les sonaba *keniata*. Mi hermano como siempre sonreía cuando, [al modo de Eris con la manzana](#), sembraba la discordia de esta manera. Y cuando consideraba oportuno interrumpía la discusión para aclarar las cosas:

—Pues resulta que [lo recomendable por la VEI es *keniano*](#). Lo de *keniata* se empezó a utilizar porque hubo un presidente en Kenia en los años sesenta y setenta que se llamaba [Jomo Keniatta](#). Cuando en las noticias se aludía a él se hacía diciendo «el presidente Keniatta», igual que se dice «el presidente Rajoy». **La gente al oírlo pensaba que *Keniatta* era un gentilicio, es decir, que se estaba diciendo el presidente de Kenia, en vez del nombre de un presidente de Kenia**, y desde entonces se quedó para muchos la idea de que *keniata* es el gentilicio de Kenia.

Se trata este por tanto de un reanálisis de una palabra que se empieza a considerar como adjetivo, siendo en verdad un nombre en aposición.

El caso de *bikini* es parecido a lo que ocurre con los acrónimos. Los acrónimos son..., bueno, mejor que nos lo explique mi hermano directamente. Lo que a continuación nuestro es un archivo que encontré un día hurgando en su portátil, de lo que parece una novela que empezó a escribir, o quizás un diario. Aquí va:

«No quiero que las palabras se queden entre los libros de mi cuarto, ni en la pantalla de mi ordenador. Las palabras están en todas partes. Por eso empezaré a contaros esta historia, por ejemplo, desde una discoteca, hablando con una chica:

—¿Tú sabes que la palabra *discoteca* es un acrónimo de *disco* y *biblioteca*?

—¿Qué es un acrónimo?

Generalmente, tengo la costumbre de pensar que, por mucha cara de borde y de asco que ponga una chica al hacer una pregunta, si la hace es porque le interesa seguir la conversación contigo. Así que me animé:

—Bueno —siempre empiezo con «Bueno» cuando me encuentro cómodo en una conversación, a la vez que echo los hombros como para atrás y saco pecho a modo de pollo capón; algo raro, creedme, pero mi hermano hace igual, así que debe de ser genético—, en verdad se suele decir de dos cosas. Una: las siglas que forman una palabra, como *ovni* o *láser*, que, aunque no lo parezca es la sigla de *Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation*.

La chica me miraba sorprendida con lo de *láser* y la verdad es que tampoco me costó tanto aprenderme esto y suele impresionar, sobre todo por mi asombroso acento americano, que suena especial cuando me he bebido alguna copa. Y seguí:

—Pero en este caso se refiere a la palabra formada por el principio de una y el final de otra: *disco* de *disco* y *-teca* de *biblioteca*. ¿Qué te parece?

Llegados a este punto, las chicas suelen inclinarse por una de dos posibles respuestas. La primera es abandonar con **prontitud, presteza y premura** la escena. La segunda es celebrar mis palabras y mostrar aún más interés. En este caso la chica no pareció demasiado interesada y me dijo una frase clásica:

—Voy un momento con mis amigas.

La verdad es que es normal que una chica en una discoteca quiera estar con sus amigas, pero a esas horas uno considera que lo más normal es que escuchen sus historias. Mientras se iba le grité en alto:

—Pues aún no te he dicho que en inglés este tipo de acrónimos se llaman *portmanteaus*. Frase estúpida. Sería raro que se volviera a preguntarme «¿qué es un portmanteau?». Es como ponerle de cebo a un pez otro pez.

Luego, como siempre, me quedé pensando y pensé que debería haberle hablado de la historia de las discotecas o haberle hablado de que hay quien cree que Stonehenge fue la primera discoteca de la historia.

Aunque, claro, hay chicas a las que no les interesan esas cosas. Eso es porque en verdad son chicas que no merecen la pena. Seguro que si le pregunto «¿Tú sabes quién es Lewis Carroll?», no sabría qué contestarme. En esas estaba cuando otra chica se me acercó y me dijo:

—¿Y qué es un *portmanteau*?

¡Sobresaliente! Esta es una pregunta que da para una noche larga. Y es mejor cuando te la hacen directamente, sin que tengas que ir tú.

—Pues bien, *portmanteau* es una palabra de origen francés que significa algo así como ‘portatrajes’ y se usa como ‘maletín’. Lewis Carroll en *Alicia detrás del espejo* hace que Humpty Dumpty...

—¿Humpty Dumpty? Ja, ja, ja.

—Sí, je, je —me reí a la vez que pensaba para mis adentros: «pero no me interrumpas»—. Humpty Dumpty le explica a Alicia el poema *Jabberwocky*, que es, precisamente, un poema lleno de *portmanteau words* o, como viene en la versión del libro que yo tengo: *palabras-maletín*. Lo que pasa es que esas palabras se las inventó él, pero hay un montón de palabras que se han formado así. Se forman uniendo, generalmente, la primera parte de una palabra con la final de otra. Por ejemplo, *brunch* es una mezcla de *breakfast* y *lunch*; o una nueva como *phablet* es una mezcla de *phone* y *tablet*; y *Wikipedia* es una mezcla de *wiki* y *enciclopedia*. ¿Sabes lo que significa *wiki*, por cierto?

—No.

—Significa ‘rápido’ en hawaiano.

Siempre dejaba un espacio en mi conversación para la Wikipedia, mi mayor fuente de inspiración en el arte de conquistar a las mujeres. Muchos dicen que lo que viene en la Wikipedia está mal. Yo no sé cómo estará pero sí sé que en la Wikipedia hay miles de cosas interesantes que sorprenden a la gente: ¿Cuál fue la primera marca de coches en poner el cinturón de seguridad que tenemos ahora, o sea, el de tres puntos? ¡Volvo! ¿Y de dónde viene la palabra *volvo*? Del verbo latino *volvo*, que significa ‘yo ruedo’. Todo en la Wikipedia. Basta con poner las palabras ‘volvo’ y ‘wiki’ en Google. Y encima nos dicen que el escudo de la marca es el símbolo del acero de los alquimistas. Espectacular. Y seguí:

—Pero hay muchos más portmanteaus o acrónimos, como se llaman en español. Por ejemplo Spanglish, de *Spanish* e *English* o *portuñol*, de *portugués* y español. También, aunque con deformación, pichinglis, de *pidgin* e *English*. Otra: *autobús*, que viene del francés, está formado por *auto* y por *omnibus* (dativo plural de *omnis*, ‘todo’), que en latín significa ‘para todos’. Hay muchísimas. A partir de ahora te las vas a encontrar por todas partes: *ofimática* (*oficina* + *informática*), los *Beatles* (de *beat* y *beetle*). Y todos los escándalos que terminan en *-gate*, a partir del escándalo del *Watergate*. Por ejemplo, en España el EREgate, formado por *ERE* o expediente de regulación de empleo más *-gate*. Si nos volvemos a ver algún día seguro que te ha salido alguno nuevo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

No hay nada mejor que dejar deberes a las chicas durante la semana. Así te garantizas que, por lo menos, se acuerden de ti, aunque les dé rabia, unos días. Para eso está bien decir palabras que vayan a utilizar seguro. *Autobús* es una apuesta segura. Y además así les dejas que se luzcan delante de sus amigos y te ven como algo positivo y enriquecedor: “Pues ¿sabéis de dónde viene ‘autobús’...?”».

En fin, espero que con este ejemplo veáis que no exagero a la hora de describir a mi hermano. Yo la verdad es que siempre había pensado que *discoteca* estaba formada por *disco* y el sufijo *-teca*, que significa ‘caja’ en griego y de ahí ‘lugar en el que se guarda algo’. De hecho, mi hermano muchas veces nos ha hablado de las muchas palabras que hay en español con este sufijo, que las sabe porque ha mirado en el **diccionario inverso**, que es un diccionario en el que las palabras están ordenadas alfabéticamente a partir de su terminación, muy útil para hacer rimas. Por ejemplo, si uno quiere buscar palabras acabadas en *-teca* tiene que hacer como si buscara *acet* y encontrará ejemplos como los

que nos ponía mi hermano como **gliptoteca**, que es el lugar donde se guardan esculturas o piedras grabadas, **oploteca**, el de armas antiguas, donde *oplo* significa precisamente ‘arma’ (como se ve también en *panoplia* ‘conjunto de todas las armas’ o en *hoplita*, que es un soldado griego, con una *h* que mosquea a mi hermano, porque no sabe que también se puede escribir *hoploteca*); o también una más fácil como **pinacoteca**. Incluso, *hipoteca* viene de este sufijo *-teca* y significa ‘lo que se guarda debajo’. Ah, y también **hemeroteca**, el lugar donde se guardan los periódicos, donde *hemero* significa ‘día’, que también ha dado *efímero*, por ejemplo, que es ‘lo que dura solo un día’, o *Decamerón*, el título del libro de Boccaccio, que significa ‘diez días’. Esta etimología de algo relativo al tiempo le gusta mucho a mi hermano, tanto como la de **procrastinar**, que está formada a partir de *cras*, que en latín significa ‘mañana’, en el sentido de ‘día siguiente’, *hodierno*, que significa ‘relativo al día presente’ y viene de *hodie* en latín, a partir de *hoc die*, ‘este día’, de donde viene *hoy*; también **hebdomadario**, que significa ‘semanal’ y viene del griego *hebdomas* que significa ‘siete años’ y de ahí ‘semana’; o *sesquicentenario* que es lo relacionado con un conjunto de ciento cincuenta unidades, formado a partir del prefijo *sesqui-* que significa ‘unidad y media’. Una **sesquihora** es una hora y media, por ejemplo. También [la ya mencionada hipopotomonstrosesquipedaliofobia](#) o simplemente (entre comillas) *sesquipedaliofobia*, que es el miedo a las palabras largas y cuyo nombre se deriva del de una palabra que tiene pie y medio de largo, lo cual debe ser mucho (como un pie de Gasol, más o menos).

Como veis las palabras que le gustan a mi hermano son de extrema utilidad por su habitual uso.

Pero bueno, de vuelta a las andanzas en el metro, mi hermano escuchó por enésima vez *eccétera*, palabra en la que creo que hay una asimilación del sonido de la *t* en el sonido de la *c*. Mi hermano decía:

—¡Con lo bonita que es la etimología de *etcétera*!

Y se ponía a explicar el origen.

—*Etcétera* viene de *et*, que se sabe que significa ‘y’ y de *cetera*, que significa ‘las cosas restantes’. Es el neutro plural de *ceterus*. En una famosa cita aparece el adverbio *ceterum*, relacionado con *ceterus*. La cita es lo que se supone que decía Catón el Viejo al final de sus discursos, en plenas Guerras Púnicas, alentando a la destrucción de Cartago «*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*», que significa ‘Por lo restante, considero que Cartago debe ser destruida’.

Y sin parar, saltando de una cosa a otra, mi hermano seguía:

—Y este *delendam* es un bonito gerundivo en latín. **El gerundivo es el participio pasivo futuro, es decir, más o menos el que significa ‘lo que debe ser hecho’**. En español tenemos algunos otros bellos restos del gerundivo como *hacienda* o *agenda* que son las cosas que deben hacerse. También *reprimenda*, por ejemplo, que es cosa que debe ser reprimida, o *vivienda*, que es el lugar que debe ser habitado. Y también es curioso —nuevo brinco de mi hermano a otro tema, demostrando lo excitado que estaba— el participio futuro pero activo, es decir, el que significa ‘el que debe hacer algo’, no ‘el que debe ser hecho’. Este participio termina en *-turus*, que en masculino plural aparece en el clásico *morituri* de «*Ave, Caesar, morituri te salutant*», que

significa ‘los que van a morir’ y que es error común creer que le decían los gladiadores a Julio César, pues, en verdad, [parece](#) que se lo dijeron unos condenados a Claudio. También tenemos restos de este participio de futuro en español. Sin ir más lejos, la palabra *futuro* es un participio activo futuro del verbo *sum*, que es ‘ser’ en latín, y que por tanto significa ‘lo que ha de ser’, pero también lo tenemos en *aventura* que es el participio activo futuro de *advenire* ‘suceder’, y que, por tanto, significa ‘lo que ha de suceder’, como la aventura que vamos a vivir ya nosotros. Eso sí, Arturo no es el que va a estar harto.

Lo de que *futuro* sea un participio futuro, por cierto, es muy bonito. Al final resulta que **en español tenemos que *pasado* es un participio pasado, *presente* es un participio de presente y *futuro*, lo dicho, un participio de futuro.**

Pues bien, estas y otras muchas anécdotas, deseos, sustos y curiosidades, trataron, pidieron, vivieron y escucharon mi hermano y Quero en sus incursiones lingüísticas. Dejo las no contadas para el futuro con la idea de volver a ellas cuando el texto me recuerde alguna de especial interés, que ahora me temo que urge acometer la tantas veces anunciada aventura, la cual me dispongo ya a empezar a contar, comprendiendo que por mucho que como aventura sea algo que está por suceder, estaréis ya impacientes por que empiece de una vez a fraguarse.

25

Incepta est fabula

Y es que en uno de esos viajes —y creedme que con esto llegamos, por fin, al origen de la aventura— en los que alternaban las anécdotas de la naturaleza con la caza de curiosidades lingüísticas, mi hermano y Quero escucharon una secreta conversación entre dos misteriosos hombres que se tapaban las bocas con los cuellos o, mejor, solapas de las gabardinas que llevaban a pesar de que era junio (y de que no hacía tanto frío como este año), fieles a su condición de hombres misteriosos. Como mi hermano y Quero ya estaban entrenados para escuchar hasta el bostezo de una mosca, igual que los ninjas pueden oír los latidos del corazón, para ellos la conversación sonó alta y clara.

Uno de los hombres decía:

—¿Y cuánto ganamos con esto?

El otro respondía:

—La gente pagaría millones por conocer el origen del lenguaje y mucho más pagarán los que quieran seguir escondiéndolo en secreto y que no salga a la luz.

—Entonces tenemos que darnos prisa. Según el informe, esta noche tenemos que ir al Seminario de los Caballeros en la puerta inclinada con la cruz, ¿verdad? Seguro que es allí donde se encuentra el **Manuscrito del Conde Ensartado**, ¿no?

—Sí, allí es.

—A las diez estaremos allí; una vez que se haya hecho de noche. —En aquellos días aún se hacía de noche a las 10, no como ocurre ahora que anochece a las 11 o más tarde, algo que, como se encarga de repetir mi hermano en una de sus teorías, se debe a que este año se han equivocado con el cambio de hora.

Al oír todo esto mi hermano, que había estado observando a los hombres engabardinados (como los langostinos) con la atención y posición de un perrillo de las praderas, le dijo a Quero en la voz más baja que le permitió la exaltación para que no le oyeran aquellos hombres:

—**¡El origen del lenguaje!** ¿Tú sabes lo que eso supone? **Sería un descubrimiento magnífico.** El origen del lenguaje es un misterio. Por mucho que digan que el ser humano tiene unas condiciones que favorecieron la capacidad del lenguaje, es difícil saber qué chispa hizo que empezara. Su descubrimiento tendría un valor incalculable.

Y Quero contestaba también entre susurros:

—Me lo puedo imaginar. He creído oír que valdría millones.

—Bueno, el dinero es lo de menos, lo importante es el valor cultural. **Puede desvelar el origen del hombre y contestarnos muchas preguntas sobre el porqué de la vida, sobre quiénes somos.** ¡Tenemos que encontrar ese Seminario de los Caballeros antes que estos hombres! Dan la sensación de ser unos malhechores que solo buscan enriquecerse. Nosotros le daremos el uso adecuado.

Cuando se bajaron los hombres del metro mi hermano estaba en éxtasis, hablando sin parar de todo lo escuchado, sin olvidarse, eso sí, de hablar bajo para que nadie más se enterara de la existencia de aquel Manuscrito del Conde Ensortijado.

Es cierto que aquella emoción habría sido comprensible, pero solo en caso de que hubiera sido real lo que habían escuchado. Y es que, como en verdad no eran ninjas, puede que escucharan mal y que el sitio no fuera el Seminario de los Caballeros. Yo me he limitado a transcribir la conversación a través de los oídos de mi hermano. De hecho, **seguro que a los oídos de Quero llegó otra información**, pero mi hermano estaba tan entusiasmado con que ese era el sitio que nadie le habría podido sacar la idea de la cabeza. Yo creo que a ello contribuía que le encantaba la sonoridad del nombre de Seminario de Caballeros. Puede que dijeran «Herbolario de Panaderos», pero ese no era nombre digno de albergar el Manuscrito que contenía la historia del origen lenguaje.

También puede que el nombre del Manuscrito no fuera «Manuscrito del Conde Ensortijado», pero es que ese nombre sonaba majestuoso. Sonaba como el de un secreto códice perteneciente a un conde opulento; claro que esto se debía probablemente a que mi hermano creía que [ensortijado](#) significa ‘lleno de sortijas’. **Lo que sí es seguro es que aquellos hombres de verdad hablaban de un Manuscrito donde se explicaba el origen del lenguaje.**

En cualquier caso, para mi hermano el saber de dónde viene el lenguaje, sobre lo que tanto ha pensado, es algo soñado desde niño. **El lenguaje para él es la esencia del ser humano y saber su origen es conocer la manera en la que dejamos de lado al resto de las especies, es entender el aliento divino que nos dio el privilegio de las lenguas.**

Tanta era, pues, la emoción que se acumulaba en su pecho, que no se paró a pensar en nada. Ni en que aquellos hombres podían ser de verdad unos peligrosos malhechores, ni en que podía haber escuchado mal, ni en que aquellos hombres podían a su vez haber quedado con gente peligrosa en aquel sitio, ni siquiera pensó en que la puerta a la que se habían referido podía estar cerrada cuando llegaran. A las nueve y media, antes que aquellos hombres llegaran, tenían que estar allí.

Incepta erat fabula. La aventura daba comienzo.

SEGUNDA PARTE: EL COMIENZO DE LA AVENTURA

1

Esa tarde se hizo larga. Si por mi hermano hubiera sido, habrían llegado allí mucho antes de las nueve y media, pero no quería levantar sospechas a plena luz del día. Como estaba tan nervioso o, peor aún, impaciente, **le empezaron a surgir las típicas preguntas sobre el tiempo: por qué pasa tan lento algunas veces, por qué a veces da la sensación de que un determinado momento nunca va a llegar y luego pasa y los días posteriores se suceden con extrema rapidez.** Tenía la típica sensación de que el tiempo no pasaba, como cuando estaba nervioso porque había quedado con alguna chica por la tarde y no se podía concentrar en hacer nada.

Él generalmente solventa estos momentos de tedio jugando solo al Trivial a su manera, es decir, haciéndose preguntas a sí mismo y consultando las respuestas que no sabe en la Wikipedia, para que no se le vuelvan a olvidar. Pero, por suerte, en este caso tenía deberes y el tiempo empezó a acelerar. Tenía que buscar en internet dónde estaba aquel lugar, el Seminario de los Caballeros. Buscando y buscando, lo más parecido que encontró por Almagríz fue la calle del Seminario de Nobles. Aunque al principio dudó, se fue convenciendo poco a poco de que aquellos hombres se habían equivocado, viendo que no había otra cosa parecida y dando por hecho que la aventura no podía terminar allí. Esa tenía que ser. Por supuesto en ningún caso consideró que podía haber oído mal él. Estaba claro que aquellos hombres habían confundido a los nobles con los caballeros. No en vano sabía que les había oído cometer algunos errores lingüísticos, de los que, no obstante, la emoción de la noticia no le permitía acordarse. Y todo el mundo sabe que un error lleva a otro. Además, Seminario de Nobles también sonaba muy bien. En su cabeza ya imaginaba una aventura en Seminario de Nobles, que para colmo era perpendicular a la calle Princesa. Sin duda **todo tenía un toque caballeresco, lo cual sumado a que partirían a la aventura desde el Pinar de San Martín, su barrio, introducía a mi hermano en un escenario con los ingredientes perfectos para un nuevo héroe del siglo XXI, un lingüista teórico,** que era él. «Seminario de Nobles», se repetía a sí mismo. Sí, no había duda de que esa tenía que ser la calle.

Apunto que yo no sé si es mal presagio o pura casualidad que en el preciso momento en el que yo escribía «esa tenía que ser la calle» me ha saltado en el Spotify **«No puede ser»** de la zarzuela *La tabernera del puerto* de Pablo Sorozábal. ¡Qué miedo!

Y ahora que digo esto, me doy cuenta de que es **la segunda vez** que menciono a Sorozábal. Por **lo de la Gestalt** podríais pensar que soy experto y amante de la zarzuela, pero no tengo ni idea, que quede claro. Lo único es que he metido el disco de *Zarzuelas de oro* en una lista de reproducción del Spotify con más de cinco mil canciones de música clásica que estaba escuchando ahora. Si os interesa saber por qué tengo esta lista tan grande, es que **estoy haciendo una selección de las mil y una canciones de música clásica que hay que escuchar antes de morir, que creo que no existe,** seguramente por un motivo que también irrita a mi hermano y es que los sibaritas de la música clásica consideran que escuchar canciones sueltas y no piezas enteras es una aberración. Yo aprovecho mientras escribo para escuchar esta lista y cuando me salta alguna canción conocida, la voy seleccionando. Aunque la verdad creo que **me resulta más fácil escribir cuando me pongo jazz.**

Una vez que mi hermano se hubo convencido de que la calle a la que tenían que ir era Seminario de Nobles, llamó a Quero (quien no [rechistó](#) porque efectivamente había oído Seminario de Nobles a los hombres) para quedar en el metro y fueron para allá sin desperdiciar, por supuesto, a pesar de la exaltación, la oportunidad de aprovechar el largo viaje con transbordo incluido para cazar curiosidades lingüísticas. Además de fijarse en muchas cosas que ahora contaré, mi hermano se fijó en una chica —eso nunca podía faltar—, que llevaba una pulsera de colores igual que la que él tuvo una vez y que tanta pena le dio cuando se le rompió. La verdad es que se fijó porque la chica era de las que le encantaban, de las rubitas bajitas, con las que rara vez se atrevía a hablar, por mucho que aquí cuente yo que hablaba con muchas chicas en general.

Nenúfares (en el sentido de bellas chicas) aparte, en este viaje, como decía, pudieron cazar alguna curiosidad. Por ejemplo, un señor se quejaba de que con los nuevos planes de enseñanza los niños no sabían cosas tan básicas como los ríos de España o fechas tan importantes en la historia como la de la Revolución Francesa, es decir, 1789, la de la batalla de Guadalete, 711, o la de la batalla de las Navas de Tolosa, 1212, que encima es fácil de recordar. Ni siquiera se sabían una más reciente como es la de la *adhexión* de España a la Unión Europea. El señor seguramente no mezclaba fechas, pero sí palabras como *adhesión* y *anexión*. Y lo mejor es que el [andoba](#) (o andóbal) acabó con un clásico *eccétera*, del que [ya he hablado](#).

Ante una [perorata](#) como esta mi hermano siempre se lamenta de que **existe un poco de tiranía por parte de las generaciones precedentes con respecto a lo que hay que saber o no**, con que si con los planes de estudio nuevos no se aprende nada, tiranía que puede no importar a muchos jóvenes, pero que para gente con [síndrome de Fausto](#) como mi hermano puede resultar un suplicio. Y tal suplicio le acompañó durante mucho tiempo hasta el día en que se percató de que verdaderamente **por mucho que presuman los adultos, a la edad de un joven actual ellos ni se habían leído ni habían visto cosas que un joven actual sí, básicamente porque aún no habían sido creadas**. Por ejemplo, por muy listo que pudiera haber sido Aristóteles —sobre el cual mi hermano siempre sugiere para hacerse el interesante que a la humanidad le habría ido mejor sin él—, a la edad de mi hermano no había escuchado Mozart, ni se había leído el *Quijote*, por ejemplo. De hecho, mi hermano [escribió una poesía al respecto](#), dándole la vuelta al tiempo e imaginándose, entre otras cosas, que Homero estudiara el español como una lengua muerta.

Todavía piensa además que lo nuevo que va viendo y leyendo, aunque pueda considerarse como algo mediocre por el momento, en el futuro puede ser que se convierta en un clásico. Y también, en relación con esto, mi hermano piensa que **por muy leídos que sean algunos adultos actuales, hay una asimetría entre ellos y él, y es que mi hermano seguramente se ha leído lo que han escrito ellos, pero ellos no se han leído lo que ha escrito él**.

Pero bueno, aparte de las equivocaciones del señor que sabía mucho de fechas, también escucharon entre otras cosas un error bastante común, el de **decir *esixtir* por *existir***. Mi hermano le decía a Quero que esto era un caso de [metátesis](#), igual que en *cocreta*, palabra de la que mucha gente se queja de que la VEI haya aceptado en el diccionario, lo cual [exaspera a mi hermano](#) porque de momento no es verdad que esté aceptada.

Ah, y esto de la *cocreta* me trae a la memoria una noche de copas en la que **mi hermano, como hace a veces, se echó croquetas congeladas en la copa porque se había acabado el hielo**, y volvió a salir el tema de *cocreta*, haciendo que mi hermano se decidiera en un falso acto de resignación a explicar a los cabezas de chorlito de sus amigos la ya mencionada metátesis.

Aunque cuando hay mucha gente mi hermano se pone nervioso y se lía un poco, según él, porque su cerebro estudia los gestos y las reacciones de sus oyentes, lo cual le genera excesivo esfuerzo cerebral, y por tanto **se bloquea si habla con más de tres personas**, las copas que ya se había tomado esa noche le ayudaron a vencer el problema y a mi juicio nos explicó bien la metátesis.

Según decía, **la metátesis consiste en un proceso fonético en el que cambia su posición algún sonido dentro de una palabra**, generalmente para facilitar la pronunciación. Decía que lo de *cocreta* podía sonar muy mal, pero que **en español teníamos casos que, aunque suenan perfectos ahora, empezaron de la misma manera**, es decir, cambiándose algún sonido dentro de la palabra:

—Por ejemplo —decía—, *milagro* viene de *miraculum* en latín. El resultado fue [miraglo](#), que de hecho sigue en el diccionario, pero como es difícil de pronunciar, la gente empezó a cambiar o trocar la *r* por la *l*, diciendo *milagro*. Pasa algo parecido con *candado*. Esta palabra viene de *catenatus*, relacionado con *catena*, de donde viene *cadena*. Como la *e* de *catenatus* no era tónica, se perdió, dando algo así como *cadnado*, que también es difícil de pronunciar, por lo que la gente cambió el orden entre la *d* y la *n*, diciendo *candado*. Lo mismo pasa con *palabra* de *parabola* o con *costra* de *crusta* (que se mantiene en *crustáceo*, por ejemplo) o en una un poco más difícil de ver como *apretar* de *apertorare*, que debería haber dado algo como *apetrar* y que significaba abrazar o traer contra el *pectus*, de donde viene *pecho*, obtenido por el paso de *-ct-* a *-ch-* que se da en muchos casos como en *lactis* que dio *leche* o *bis coctus* ‘doblemente cocido’, que dio *bizcocho*. En palabras que vienen por vía culta, se conserva el grupo *-ct-* como en *pectoral*.

Y después de esta densa letanía etimológica, solo interrumpida por pequeños sorbos que daba a la copa que tenía en la mano, mi hermano como casi siempre, terminaba aportando algo parecido a una moraleja:

—Así que **lo de cocreta no es algo que sea tan condenable como algunos creen**. A muchos nos pasa con *esixtir*, pero también cuando decimos *dentrífico* en vez de *dentífrico* y en muchos más casos.

Otro caso interesante de metátesis que recuerdo que nos ha explicado mi hermano alguna vez, por cierto, es el de *murciélagos*, que viene de *mus caeculus*, que significa ‘ratón ciego’ ([como los de Agatha Christie](#)) —con la terminación *-ulus* como diminutivo— y que por evolución debería haber dado [murciégalo](#), que también está en el diccionario, pero que por hacerlo más fácil de pronunciar acabó siendo *murciélagos*, cambiando la *g* por la *l*.

Y con esto creo que ya es hora de ver qué pasa en la gloriosa calle de Seminario de Nobles, ahora que el metro donde iban mi hermano y Quero estaba a punto de llegar a Princesa.

Llegaron los dos aventureros sobre las nueve y media a la zona cuando ya casi había anochecido (no como este año) y sorprendentemente **no tardaron en encontrar una extraña puerta en vertiente con una enorme cruz** en Seminario de los Caballeros, perdón, en Seminario de Nobles, como la que habían creído oír describir a los misteriosos hombres.

Lo primero en lo que reparó Quero al ver aquella puerta fue en el cerrojo, ante lo que exclamó: «¡Qué cerrojo más raro!». Y así era: el cerrojo tenía forma de aspa con flechas en las puntas. Mi hermano, que aprovechaba cualquier ocasión, no perdió esta para explicar el origen de la palabra *cerrojo*, deteniendo la aventura nuevamente como si siguieran en el metro y hubiera una nueva parada, quizás como hábito adquirido de tanto ir en dicho medio de transporte:

—¿Tú sabes que la palabra *cerrojo* tiene esa forma por **etimología popular**? En verdad se dice que podría venir de *verrojo*, del latín *veruculum*, formado por *veru*, que significa ‘espetón’ o ‘asador’, que es como un hierro o palo largo, como el espeto de las sardinas de Andalucía, y por el sufijo *-culus*, que es un sufijo diminutivo en latín (también *-ulus*).

—¿Porque los romanos tenían el *culus* pequeño?

—Pues no creo. El caso es que la terminación *-culus* o *-cula* del latín, como en *veruculum*, dio en español *-jo* y *-ja* como en *oveja* de *ovicula*, que era el diminutivo de *ovis*, o en *espejo* de *speculus*. —Se quedó pensando un momento—. En este caso creo que *-culus* no es diminutivo.

—Y *oreja* de *auricula* —espetó Quero, que había leído aquello no sabía dónde.

—Sí —dijo mi hermano—. Y hay muchos más, tipo *lenteja* de *lenticula*. Porque creo que en latín vulgar usaba el diminutivo como cariñoso o expresivo además de para referirse a algo pequeño. Como ahora cuando pedimos unas cervecitas y en verdad queremos jarras grandes.

—Ja, ja.

—También conservamos en algunos casos la terminación *-ulo* o *-ula* del diminutivo como en *célula*, —pensó en su amiga Celulita—, que es como un pequeño hueco o celdilla; o en *espátula*, que es como una espada pequeña.

Entonces justo vio una reja que había al lado y exclamó:

—¡Ah, *cunnus*! Y también se puede tener la terminación *-jo*, *-ja*, a partir de la terminación *-gulus*, *-gula* como en *reja* de *regula*, que tiene la misma etimología que *regular* y que *regla*. También por ejemplo, tanto *cuajo* como *coágulo* vienen de *coagulus*, la primera por vía popular y la segunda por culta. Pero bueno —efectivamente como si siguieran en el metro, frenó en seco, aunque la inercia del pensamiento le seguía haciendo buscar palabras con *j* procedentes de *gulus* y *gula*—, el caso es que *veruculum* dio *verrojo*, pero, **como en otras etimologías populares —tema que apasionaba a mi hermano—, la gente cambió la forma de la palabra para**

adaptarla mejor a su significado y, al ver que los cerrojos eran de hierro, algunos empezaron a llamarlos *ferrojos* o *herrojos*, y otros, como servían para cerrar puertas, empezaron a decir *cerrojo*, que es lo que nos ha quedado.

Después, no porque fuera de repente consciente de que sus explicaciones les retrasaban, sino porque se fijó por fin en el [verrojo](#) —palabra que sigue en el diccionario— y consideró que iba a ser difícil abrirlo, volvió a la realidad y exclamó:

—Y ahora quién tuviera una [ganzúa](#) para abrir esto.

—Que no sé vasco —repuso riéndose Quero, recordando aquella escenita de la vasca en la discoteca.

—Ja, ja. Bueno, pero a ver cómo abrimos esto —sabiendo ya que por muchos vídeos explicativos que vieran no iban a poder abrirlo con plásticos ni con carnets de la biblioteca ni del cine.

—¿Llamamos?

—Sí, ¿y qué decimos, que venimos a robarles su Manuscrito del Conde Ensortijado?

—La verdad es que deberíamos haber pensado en esto. No parece una cerradura demasiado segura. Puedo probar con las anillas del llavero otra vez.

Pero entonces, cuando Quero sacó las llaves y se disponía a dejarse las uñas intentando sacar las anillas del llavero, mi hermano se acordó del día en el que el Galgo y él habían estado media hora intentando pasar sin éxito un escritorio por una puerta, probando todas las técnicas y posiciones posibles, hasta que a uno de los dos se le ocurrió intentar la posición normal y obvia, que es como sorprendentemente al final pasó. Inspirado por este caso en el que **la solución más sencilla y descartada en un principio por obvia fue la acertada**, mi hermano decidió probar a ver si podía abrir el cerrojo metiendo sus propias llaves en la cerradura, algo que a veces funcionaba. Y, como si la Providencia estuviera de su parte, efectivamente, con la tercera llave que lo intentó, pudo abrir el cerrojo. Cuando vieron que se abría los dos soltaron un grito y saltaron hacia atrás.

—¡**No puede ser!**— celebró Quero.

Justificadamente ensoberbecido al pensar que el hecho de haber podido abrir la puerta con una de sus llaves indicaba que era el elegido e indicado para conocer el origen del lenguaje (como el rey Arturo con Excalibur, Thor con su martillo o la Cenicienta con el zapatito), mi hermano sentenció, sin que viniera mucho a cuento, con una enorme sonrisa en la boca:

—**A veces la solución más fácil es la que tenemos delante de las narices.** Hay que intentar aplicar siempre la [navaja de Ockham](#): la explicación más sencilla es la mejor. **Si no se puede explicar algo de una manera fácil es que no se sabe explicar.**

Según nos contó mi hermano un día, lo de la navaja de Ockham viene de que el filósofo Guillermo de Ockham dijo que había que raparle las barbas a Platón con navaja, queriendo decir que había que simplificar su filosofía.

Aclarado esto, abrieron del todo la puerta, que crujió como crujen las puertas de los sitios misteriosos, y entraron. Como, efectivamente, a pesar de todas las casualidades, **aquel no era ni el lugar donde habían quedado aquellos hombres ni por descontado el lugar donde se escondía el Manuscrito**, sino un viejo sótano, al entrar no encontraron nada más que telarañas, algunos trastos y estanterías prácticamente vacías. No obstante, por desgracia, había también una vieja mesa de madera llena de polvo con un atril grande, en el cual para mayor desgracia aún, se veía la huella sin polvo de algún libro grande que recientemente había descansado allí. Digo por desgracia porque esto podía alimentar las infundadas esperanzas de mi hermano y Quero, como de hecho hizo (aunque es verdad que a la vez esto permitió que ahora podamos disfrutar un ratito más de las disparatadas anécdotas de estos personajes).

—¡Mira el [facistol](#)! —exclamó mi hermano, quien no perdía ocasión alguna para colar alguna de las palabras que aprendía fuera de contexto—. Tiene la sombra de haber tenido un Manuscrito encima hace poco.

—Pues sí, aquí ha habido un libro y uno de los grandes.

Movidos por la fantasía de la historia, los dos, sin haberlo hablado, se imaginaban el Manuscrito como un libro enorme, de esos antiguos y polvorientos con cubiertas de cuero y adornos dorados en las esquinas. Mi hermano se lamentó:

—¡Eso es que se nos han adelantado! ¡Se lo han llevado ya! —y miró alrededor a ver si podía estar en otro sitio de la habitación—. Quizás haya una puerta secreta.

Estuvieron tanteando la pared durante un rato y rebuscando por la habitación en busca de algún dispositivo que abriera alguna compuerta escondida, un libro falso en una estantería, algunos agujeros de la nariz de una estatua en los que se pudieran meter los dedos o algún ojo que se pudiera apretar, pero no encontraron nada y vieron que se acercaban peligrosamente las diez, la hora a la que habían quedado allí los misteriosos hombres engabardinados. Quizás estos hombres habían ido antes de esa hora finalmente y eran ellos los que se les habían adelantado y se habían llevado ya el Manuscrito, pero por si acaso no era así, decidieron salir rápido, antes de que les pillaran.

La excesiva casualidad había hecho que mi hermano y Quero pensaran que estaban en el lugar adecuado, pero que habían llegado tarde. Y con razón. Y es que mira que es mala suerte que justo en el sitio donde creían haber oído que estaba el Manuscrito del Conde Ensartado hubiera una misteriosa puerta inclinada con una enorme cruz y, tras aquella puerta, un lúgubre lugar con un atril sin libro, pero con la huella de haber tenido uno encima.

Yo ahora, la verdad, superada la historia y conociendo el final, que de momento no desvelaré (como sí hace Homero, por ejemplo), me pregunto qué sería aquel sitio. Algún día **debería volver a comprobar si todo lo que cuento es cierto o si me dejé llevar en esos días por la imaginación de mi hermano y Quero**. Y es que no iba a ser esta la única casualidad que enardeciera la aventura.

De vuelta al metro, mi hermano y Quero estaban algo desolados por no haber encontrado el Manuscrito, pero a la vez esperanzados porque la silueta en el atril no dejaba lugar a la duda de que **el Manuscrito existía**. ¿Pero cómo iban a encontrarlo? ¿Qué pista podían seguir ahora?

—Deberíamos habernos quedado a ver si venían los hombres, Quero —decía mi hermano mientras esperaban en el andén.

—Lo he pensado, pero me ha dado un poco de miedo. Que esos hombres tenían muy mala pinta. —Quero ponía un poco de prudencia en el asunto—. No sé, me dieron muy mala espina.

—Nos podríamos haber agazapado detrás de unos arbustos.

Como alivio de su desolación, poco tardó **la primera pista** en llegar a sus imaginativos oídos. En la misma parada que ellos, a sus espaldas, unos novios se subieron y, al ver que justo otra pareja les quitaba el único par de sitios que quedaban libres, el chico le dijo a la chica:

—¡Mierda! Se nos han adelantado.

Al oír esto a sus espaldas, mi hermano miró con cara de hallazgo a Quero, como preguntándole con la mirada si lo había oído. Por supuesto, para mi hermano esto solo podía indicar que ellos también habían estado en el sótano del atril y que, viendo que el cerrojo estaba abierto y que había indicios claros de que el Manuscrito había estado allí no hacía mucho, habían comprendido que se les habían adelantado. Intentó escuchar algo más de la conversación de la pareja, pero ni su imaginación pudo relacionar sus palabras con la historia del Manuscrito. Eso sí, no faltó algún *en ver de por en vez de* ni muchos de los *hubieras por habrías* que [a mi hermano siempre rechinaban](#).

Para completar aquella desafortunada noche, en la misma parada en la que la pareja se bajó, se subió un grupo de chicos, con la mala suerte de estar formado por estudiantes de arquitectura, de los cuales uno llevaba una carpeta de las grandes, de esas en las que se llevan planos. Mi hermano que, **cuando navega a bordo del barco de sus ensoñaciones, no es capaz de llegar a puerto y solo ve sirenas**, consideró que ese era sin duda el Manuscrito del Conde Ensortijado. Eso sí, como siempre hacen las personas soñadoras, quiso hacer como que se cercioraba antes de que aquel era ciertamente el Manuscrito, para evitar futuros reproches. Para eso primero consideró oportuno involucrar a otra persona como quien se pega un pellizco para ver si está despierto, siendo en este caso el pellizcado Quero, a quien le preguntó si aquel podía ser el Manuscrito, ante lo que Quero puso cara de que tal vez. Lo mismo habría dado cualquier otra cara, porque mi hermano estaba ya pasando a la segunda prueba de cercioramiento, que consistía en observar bien el Manuscrito para intentar descifrar alguna de las letras que dejaba ver el brazo del chico que sujetaba la carpeta. Lo que tardó mi hermano en confundir o lo que tardó su imaginación en confundir a mi hermano transmutando la palabra *encofrado* de la portada de la carpeta en la palabra *ensortijado* del supuesto Manuscrito y en tirarse mi hermano encima del pobre chico para intentar arrancarle la carpeta de los brazos fue lo que tardó el metro en llegar a la siguiente parada, de tal manera que, cuando empezaron los gritos, la [batahola](#), la

[vociñlería](#), la [zapatista](#) y el revuelo entre los estudiantes y demás pasajeros del metro, las puertas se abrieron justo delante de una pareja de hombres de seguridad, los cuales al tratar de reducir de buenas maneras a mi hermano, que estaba como en trance, y ver que no podían, empezaron a curtirle el lomo con las porras, de tal manera que entre unos y otros montaron una nube como las de los dibujos animados, de la que salían bocadillos con onomatopeyas tan graves como ¡zas!, ¡paf! o ¡bum!

Por los gritos de mi hermano supongo que le zurraron con tanta fuerza como molieron a Lizar las chicas [la vez que se cayó dentro de su coche](#) en el aparcamiento de Valhalla. Tan enfrascado estaba, sin embargo, mi hermano en hacerse con el Manuscrito, que tardó en darse cuenta de la tunda que le había caído y en comprender por qué se encontraba ahora molido en el andén y sin Manuscrito cuando hacía un momento se creía por fin dueño del secreto del origen del lenguaje. Los de seguridad se habían ido ya, una vez que Quero les había explicado que mi hermano también era estudiante y que había montado ese follón porque se pensaba que aquella era su carpeta y que se la habían quitado en la cafetería de la universidad.

Este fue un arrebató raro en mi hermano, quien **generalmente mantiene la calma**. Si hay alguna excepción, generalmente está relacionada con la bebida, como cuando toma alguna bebida energética y se pone a dar volteretas o a pegar brincos, o como el día que bebió ron y empezó a lamer los hombros de su amiga [Pichuki](#), o el día que sacó un cuchillo en una fiesta, o cuando le da el **momento social** en los baños de las discotecas y empieza a entablar desaforadas conversaciones con desconocidos y a soltar discursos, entre otras muchas historias que ya contaré.

Pero esta vez, que yo sepa, no había bebido nada, lo cual demostraba que el lenguaje le embriaga tanto como el alcohol y le hace perder el control de la misma o de peor manera.

Pese a todo, recobrado el aliento, la vuelta, lejos de ser desoladora como al salir del sótano sin el Manuscrito, fue un camino de éxtasis y de palabras enfervorecidas:

—Quero, ¿te das cuenta de lo cerca que hemos estado?

Quero, considerando que tanta casualidad no era posible, **empezaba a temer que todo aquello fuera verdad**, pues, entre otras cosas, debido a su mala vista, también él creía haber leído en la carpeta la palabra *ensortijado*, en vez de *encofrado*, y le parecía sospechoso que unos estudiantes tuvieran una carpeta con la palabra *ensortijado*. Por eso contestó algo alterado:

—Sí, hemos estado cerca, pero creo que habría que andarse con más ojo para no llamar la atención.

La euforia se tornó en ardor y enojo en mi hermano al pasar por la estación de Santiago Bernabéu. Siempre que pasaba por ahí lo pensaba, pero ese día, seguramente por la exaltación, decidió darle vida sonora a los pensamientos que le atormentaban desde hacía tiempo:

—Por mucho que se empeñen, *Bernabéu* [no debería llevar tilde](#). Y ya sé que cada uno puede hacer con su apellido lo que quiera, pero nadie escribe *Lopez* sin tilde,

pretendiendo que la gente lo pronuncie como palabra llana. Bueno, hay gente que sí lo hace, pero no es lo normal.

Este tema le afecta especialmente porque [su apellido es similar a Bernabéu](#). Siguió:

—Por mucho que la *e* y la *u* formen diptongo en palabras como *Europa*, en *Bernabeu* van en dos sílabas distintas y, por tanto, si el acento recae en la *e*, sería una palabra llana terminada en vocal y no debería llevar tilde. Y no me vale lo del [diptongo ortográfico](#). Lo de que sean dos sílabas está claro porque *Bernabeu* no hace rima asonante con *café*, por ejemplo (como pasaría con *jersey*, donde sí que hay diptongo), sino con [teruteru](#) — esta palabra llana terminada en *-eru* la había encontrado mi hermano usando el diccionario inverso, mientras se preparaba esta lección. Como he explicado [antes](#), un diccionario inverso es aquel en el que las palabras están ordenadas alfabéticamente a partir de su letra final—. Por tanto —continuó—, está claro que la *e* y la *u* están en dos sílabas separadas, por lo que *Bernabeu* no tiene que llevar tilde y punto.

Al llegar a casa disimuló para que nuestra madre no le pillara los moratones (o [moretones](#)) del costado ni le pillara que iba andando como si tuviera una pierna más corta que la otra. Tenía miedo de que nuestra madre le diera con la zapatilla —expresión que utilizaba mucho nuestro amigo Zazú, uno de los hermanos Raposo, llamado así, efectivamente porque se parecía en actitud, gestos y expresión al pájaro del Rey León—, después de la zurra que ya le habían dado los de seguridad.

El miedo en este caso no era infundado porque **mi hermano es experto en llevarse broncas, pero también dobles broncas**, esté haciendo algo malo o no, por lo que tiene una especie de trauma con ser regañado o castigado después o por culpa de haberlo sido ya previamente. De pequeño le echaba la bronca alguien y luego nuestra madre le echaba la bronca porque se hubieran enfadado con él. Esta era la situación, por ejemplo, cuando nuestra madre se enfadaba con él porque una de nuestras tías le había regañado:

—¿Qué habrás hecho ahora?

—Pero, mamá, que no ha sido mi culpa, que yo no he hecho nada.

—Pues peor aún, encima eres tan tonto de llevarte la bronca injustamente.

Otro ejemplo es que si en una fiesta en casa de una amiga todos nuestros amigos, mi hermano incluido, están poniéndose sombreros de la madre de la chica sin permiso y haciéndose fotos para hacer la gracia, al final la foto que pillan en algún chat de WhatsApp es la de mi hermano y, claro, es él el que se lleva la bronca, y, si luego pillan la foto de otro, le echan más bronca aún por no solo haberse puesto él sombreros sin permiso, sino por haber instigado a los demás a hacerlo.

Pero lo divertido es cuando mi hermano encima se lleva las broncas sin haber hecho nada o haciendo algo sin intención. No hace mucho, en una fiesta en casa de una amiga que celebraron con motivo de una final de Champions, estaba ayudando a recoger, cosa no demasiado común en él, y de repente vio unas llaves de coche encima de la mesa que estaba limpiando con el Galgo —recordadme que cuente el origen de su apodo—. Cogió las llaves y se las metió en el bolsillo para que no se perdieran. Más tarde estaba quitando el agua de los hielos derretidos de la típica nevera y con el esfuerzo, porque

pesaba, se le apretó un botón de las llaves que llevaba en el bolsillo y que había olvidado que tenía y de repente empezó a sonar la alarma de toda la casa. La dueña de la casa empezó a gritar, la policía llamó al padre, se armó jaleo y el novio de la dueña empezó a preguntar enfadado que quién tenía el mando de la alarma. Mi hermano, que no era consciente de que ese era el mando que tenía en el bolsillo, poco a poco fue recapacitando hasta que, justo cuando entendió que era posible que lo que llevaba en el bolsillo no fueran unas llaves de coche sino el mando de la alarma, llegaron a él y le inquirieron:

—¿No tendrás tú el mando?

Mi hermano dudó si mentir, pero es incapaz, y dijo sacándolo:

—¿Es este?

Broncote.

Luego mi hermano preguntaba a la gente:

—Pero ¿quién tiene un mando que haga que empiece a sonar la alarma?

Y, claro, le hicieron ver que no es que el mando hiciera que sonara la alarma, sino que la activaba y, como la casa estaba llena de gente, enseguida había detectado el movimiento y había empezado a sonar.

El Galgo le consolaba diciéndole que acababa de ver en directo cómo se había producido todo y que verdaderamente **tenía muy mala suerte con lo de las broncas**. Por lo menos el Real Almagriz había ganado la Champions.

El colmo de todas las reprimendas por concisa y apabullante fue una mañana que volvió a casa de fiesta sobre las nueve y media, completamente empapado, por una razón que ahora no viene al caso, y al verle, nuestra madre, que estaba ya despierta desde hacía rato y leyendo en el cuarto de estar, le hizo una peineta y le dijo: «¡A tu cuarto!». Mi hermano se fue sin rechistar. **Debe ser bastante duro que tu propia madre te haga una peineta.**

Creo que en la explicación que le dio a nuestra madre al día siguiente nació **su excusa de que una cosa llevó a la otra** para explicar cómo se le habían hecho las nueve y media.

Alguna vez que alguien le ha dicho a mi hermano que no puede dejar que le echen broncas, sobre todo si son injustas, y que tiene que defenderse él ha dicho:

—Yo es que me cohíbo, como los puros.

Decía antes, por cierto, que mi hermano es incapaz de mentir. **Y esa es una de las cosas peculiares suyas: que nunca miente. Pero lo peor de todo es que en general la gente cree que sí.** A veces puede ser porque cuenta historias inverosímiles y a veces porque se acentúa el agujero (o [diastema](#)) que tiene entre los dientes, concretamente entre las paletas de arriba, lo cual le quita credibilidad.

Sobre lo de las historias inverosímiles puede que sea verdad, pero no es que sean mentira, es que mi hermano las cuenta de una manera exagerada. Por eso le gustan tanto películas como *Big Fish* o *La vida de Pi*, porque en ellas se da un enfoque de la vida exagerado, pero siempre con la realidad como base. **Si la vida se puede contar y vivir de muchas maneras, mejor contarla y vivirla de una manera bonita.** Lo mismo con la religión y la vida eterna: a falta de pruebas, **mejor vivir con la esperanza de que hay algo después de la muerte; al fin y al cabo, si no hay nada, no nos vamos a enterar.**

4

Esa noche mi hermano casi no pudo dormir, no solo por el agudo dolor que sentía cada vez que giraba en la cama hacia la derecha, sino porque al no poder dar vueltas en la cama, empezó a darle vueltas a la cabeza pensando en quién podía ser aquel estudiante, cómo podrían encontrarle de nuevo y, sobre todo, en qué contendría aquel Manuscrito.

¿Cómo se habría originado el lenguaje? ¿Acaso alguien nos lo trajo de algún planeta extraterrestre? ¿Algún dios? ¿Sería una idea de algún inteligente neandertal? ¿Cómo se habría desarrollado? Por fin iba a descubrirse la verdad y no haría falta leerse más artículos y libros de algunos **lingüistas que en vez de acercarse a los orígenes del lenguaje se alejaban con extravagantes e insostenibles teorías.**

Entre otras cosas, le vino a la cabeza una historia que había leído en su libro de griego del colegio en un extracto de Herodoto, perdón, [Heródoto](#), sobre la manera como se descubrió quiénes eran más antiguos, si los frigios, el pueblo del [rey Midas](#) de Asia antigua, o los egipcios. El método fue terrible, pero Maquiavelo mediante, la historia es curiosa.

Resulta que un rey egipcio quería demostrar que su pueblo era más antiguo que el frigio y para eso le dio dos recién nacidos a un pastor con la orden de que les alimentara, pero que no les hablara nunca, y los tuviera en una cabaña sin permitirles salir al mundo. A los dos años, en un momento que estaban hambrientos, los dos niños se dirigieron al pastor diciendo «becós». Cuando el pastor se lo contó al rey, este investigó y descubrió que en frigio *becós*, significa ‘pan’, con lo que tuvo que admitir que el frigio era más antiguo porque frigia era la palabra que naturalmente les había venido a la boca a dos niños hambrientos.

Para mi hermano esta historia era apasionante en todos los sentidos, sobre todo por el hecho de que al principio las **palabras tuvieran una forma natural, antes de cubrirse del polvo fonético de los años.** Ahora estaba mucho más cerca de conocer esos inicios del lenguaje, si es que era capaz de encontrar el Manuscrito.

Manuscrito va y Manuscrito viene, lo bueno es que esa noche no hubo tiempo de pensar en su novia de Santaél, ni en las tres Natalias ni en Camila 1 y Camila 2 o Cami 1 y Cami 2 —ya contaré el porqué de este orden—, ni en su novia de Tierranaba ni en ninguna otra. **El lenguaje bien entendido es para mi hermano algo que lo supera todo.**

A la mañana siguiente, seguramente motivado por la excitación de su aventura y por todas las cosas en las que había estado pensando por la noche, olvidados ya los dolores en el costado y queriendo empezar una nueva fase en su vida, bajó a cortarse el pelo, como el futbolista que se hace un nuevo corte de pelo antes de empezar un Mundial.

Había descubierto unos años atrás que cortarse el pelo suponía para él una especie de inicio de una vida nueva, una catarsis, al comprobar un día que abrió uno de los abarrotados cajones de su cuarto que los tres diarios que conservaba de su infancia los había empezado justo contando que se acababa de cortar el pelo.

Mi hermano siempre habla mucho con los peluqueros. Son una de sus especialidades junto con los taxistas, a los que por algún extraño motivo siempre llama «caballero», como espero poder tener tiempo de contar luego, o los vendedores de bocadillos a la salida de las discotecas, sobre todo si son búlgaros, porque así se pone a hablar con ellos de fútbol de Bulgaria. Esto le sirve de argumento para demostrar lo importante que es saber de fútbol para tener siempre conversación con la gente, por cierto.

Sin embargo, aquel día en la peluquería se mantuvo lo más callado posible. Habló lo justo para indicar qué corte quería, no fuera a ser que se le escapara alguna información relacionada con el Manuscrito, tan cerca estaba el secreto de sus labios por la emoción que abarrotaba el resto de su cuerpo.

Tan emocionado estaba que al volver de la peluquería, con el corazón saliéndosele por la boca, lleno de palabras como estaba, antes de reventar, empezó la novela fantástica que hacía tiempo ya que rondaba su cabeza tras una época en la que había estado leyendo novelas y viendo series y películas de este estilo.

Permitidme que muestre aquí el comienzo de la novela fantástica de mi hermano, que a mi gusto no tiene desperdicio. Así empezaba, y no estoy de broma:

«—¡Solo sois lo que yo imagino!— exclamó ya harto.

Y los que allí estaban dieron un paso atrás. No se habían dado cuenta de que tenían ante ellos al creador de todo. El creador de todo, que, sin embargo, como en un sueño, no tenía apenas control sobre lo que pasaba en su mundo creado. Su único poder era el de dejar de imaginar y acabar con todo. Así que sus seres creados, animales, plantas y humanos, tenían la sensación, seguramente por costumbre, de que decidían.

Por aquella época todos los humanos tenían una misma lengua, una lengua que no era necesario pronunciar, se podía sentir de forma telepática lo que los otros decían, lo que los otros sentían. Solo en grandes ocasiones o por motivos artísticos, se pronunciaban las palabras de aquella hermosa lengua, porque el sonido era melódico y al rimar palabras las ondas sonoras creaban una dulce armonía en los oídos de aquellos seres.

Todos eran buenos, porque un simple mal pensamiento podía ser duramente castigado. Aquellos humanos buenos podían fulminar a los malos, pero no al revés;

aquellos seres podían reducir a polvo, sin siquiera tocarle, al que actuara en contra del bien común y de su propio bien.

Pero entonces un grupo de uno de los clanes de las montañas de Cafcas envenenó sus pensamientos al beber el jugo de las manzanas que antiguamente habían estado prohibidas. El veneno les hizo conspirar y, como el grupo de unos cien hombres había quedado envenenado entero, no se fulminaron entre ellos. Idearon una nueva lengua para que nadie pudiera entender sus pensamientos, se la enseñaron a sus hijos para que ellos solo tuvieran esa lengua, inventaron nuevas formas de fulminar. En ese estado de embriaguez estuvieron veinte años hasta que el pensamiento del creador, llamado Dy, les encontró entre las montañas. Acudieron allí algunos humanos para acabar con ellos, pero el clan cafcasio escapó hacia el sur, hasta que en Cádinguir, en Etemenanki, cuando aún estaba en construcción, les encontraron y se enfrentaron a ellos. Los cafcasios tenían armas y se defendieron contra aquellos hombres desprovistos de metal. Solo aquellos cafcasios que no pudieron controlar la lengua de sus pensamientos fueron fulminados por los hombres buenos, pero sus hijos, que solo conocían la lengua cafcásica, se salvaron y clavaron sus espadas en los indefensos corazones de los humanos que iban tras ellos. Fue la primera muerte de hombres buenos en la Tierra y fue cuando comenzó la expansión del mal.

Dy se culpó a sí mismo de lo que había sucedido. Al fin y al cabo todo era producto de su imaginación. Quiso acabar consigo mismo, pero ni él mismo podía fulminarse. Lloró durante muchos días y desapareció, nadie supo nunca adónde fue, algunos llegaron a decir que nunca había existido, que eran leyendas para mantener el bien, otros confiaban en que algún día volvería. En su lugar quedaron sus cuatro hijos, a cargo de los cuatro grandes continentes.

En aquella época los nombres de los seres tenían un significado. El nombre de Dy, así escrito en el alfabeto latino, significaba primer creador. Le pusieron este nombre el día que reveló que todo procedía de su imaginación. El sonido que he representado como *d* se asociaba con el significado de ‘luz’ y el sonido que he representado como *y*, que es como una vocal cerrada anterior, significaba que era el primero de los suyos. Solo él tenía un nombre de una sílaba, porque solo él era el padre. Tener dos sílabas en el nombre significaba ser hijo de alguien y por eso los que habían estado en la Tierra desde el principio añadieron una sílaba al inicio de sus nombres. Los hijos conservaban las sílabas de sus padres y añadían otra sílaba al final. Solo se diferenciaban los nombres de unos hijos y otros por la última vocal. Las vocales eran la *a* para el primer hijo, la *e* para el segundo, la *i* para el tercero, la *o* para el cuarto y la *u* para el quinto. A partir del quinto hijo se empezaban a usar dos vocales.

Así, los cuatro hijos de Dy fueron Dywá, Dywé, Dywí y Dywó. El sonido aquí representado por *w* significaba oscuridad, por la terrible tristeza de la desaparición de su padre. Al principio sus nombres eran Dydá, Dydé, Dydí y Dydó porque eran luces de la luz...»

Y ahí se quedaba de momento. Según decía a su amigo Mufo, que era el que más entusiasmado se mostraba con la idea, este solo era el comienzo de la novela que a su vez empezaba a escribir su personaje, un personaje que iba a ser un loco como don Quijote, pero de las novelas fantásticas en vez de las de caballería. Así, decía que una de

las escenas fundamentales iba a ser en una discoteca, cuando unos amigos decían a su protagonista que habían visto unos orcos, y el protagonista, como un elfo, se tiraba a por los presuntos orcos, que lógicamente eran mujeres feas, no pudiendo terminar su cometido porque era vapuleado por gigantes, que no eran sino los puertos de la discoteca. ¡Qué lástima que de momento no haya seguido con la novela porque yo ya veía al protagonista cabalgando los leones del Congreso rumbo a Narnia!

6

Ese día por la tarde quedó para tomar unas cañas y ver un partido de fútbol en el 383, el bar de siempre, con Quero, con el Galgo, con Charly, con Lucas, con Mufo y con los hermanos Raposo, Zazú y Mamut, llamado este último así porque en su momento estaba tan grande como un mamut y, aunque ahora ya no lo estaba, la gente no solo seguía llamándole así sino que también, como pasa siempre, le veían aún como si siguiera estando grande y hacían bromas al respecto. Todos ellos eran amigos nuestros de la infancia de Pinar de San Martín. Mi hermano sentía no poder contarles nada de lo del día anterior, pero por suerte siempre tenía alguna historia con la que interrumpir incluso el mejor partido y, sobre todo, si estaba tan aburrido como este en concreto. Le dijo al Galgo:

—Adivina con quién me estoy escribiendo otra vez.

Y el Galgo dijo:

—No me digas que otra vez con tu novia de Santaél.

—Efectivamente —contestó mi hermano con la satisfacción propia del niño pequeño que llama la atención por haber hecho alguna travesura.

Y es que el Galgo había acabado un poco hasta las narices de la novia de Santaél. Bueno, el Galgo y más gente, hasta el punto de que incluso había hecho una rima al respecto: «Los novios de Santaél, tonta ella y tonto él».

Al ser mentada la novia de Santaél, los que no estaban tan al tanto de la historia pidieron que mi hermano contara entera la historia de esta novia, también llamada «la sordomuda». Mi hermano empezó a contarla y aquí la resumiré tanto como pueda, pues no me olvido de que tenemos una aventura pendiente.

Como no podía ser de otra manera, mi hermano conoció a su novia de Santaél en Roldana, o mejor dicho, en Monsácar, que es donde está realmente Valhalla, la discoteca antes mentada. Una noche, como otras noches en las que «entran a todas», queriendo esto decir que hablan con todas las chicas que pueden del local, se acercó mi hermano con Chindas, el cachas, a un grupo de chicas entre las que estaba una bella morena, además de la futura novia de Santaél. Una vez dentro del grupo, las chicas empezaron a vacilarles un poco. Ellos se miraron con cara de no saber lo que estaba pasando. Era una conversación de locos. En un momento de aquella loca conversación, su futura novia de Santaél tuvo la mala suerte de decir, con la voz muy afónica, que se llamaba Fulgencia, y digo que tuvo mala suerte porque la madre de unos amigos nuestros se llama también así, haciendo que mi hermano se interesara de verdad, dejando de lado el tonto, y le pidiera que le enseñara el DNI, por pura curiosidad onomástica, justo cuando ya iba a desistir de aquel grupo de chicas. Ella se lo enseñó y

lógicamente era mentira, así que mi hermano en castigo se guardó el DNI en el bolsillo de atrás del pantalón. Ella protestó un poco, pero, entre el juegucito que tenían y la conversación posterior, se les acabó olvidando a los dos. Después se separaron durante unas horas por la discoteca, una vez que mi hermano le hubo hecho el infalible truco de insistir en dejarla estar con sus amigas, prometiéndole que más tarde se verían. Y así ocurrió hasta que en determinado momento, mientras mi hermano estaba pidiendo una copa, notó unos golpes por detrás y apareció esta chica con cara de pánico acompañada de una amiga bastante alta, a modo de guardaespaldas. Solo habló la amiga guardaespaldas y le dijo a mi hermano que por favor le devolviera el DNI. Mi hermano no caía al principio, pero de repente se acordó de que lo llevaba en el bolsillo y, viendo la cara de terror en su futura novia de Santaél y la cara de enfado en la guardaespaldas de esta, pidió disculpas vehementes y dijo que es que se le había olvidado, que no se pensaran que lo había robado, que él era muy bueno. Como mi hermano es un maestro en poner cara de bueno, al final todo quedó en nada y hasta se dieron el número de teléfono.

Al día siguiente, habló mucho por WhatsApp con la chica, más de lo que esperaba. Con ella inventó la «táctica de los dos minutos» y parece ser que le funcionó desde que empezó. La táctica de los dos minutos consiste en dejar que pasen dos minutos cada vez que una chica responde algo, sobre todo si es un mensaje juguetón. De esta manera se consigue que la chica se preocupe pensando que ha metido la pata o se impacienta y diga cosas que no habría dicho si se le hubiera interrumpido con una pronta respuesta. Mi hermano ya lo había empezado a hacer ese verano, dejando algunos segundos de silencio cuando alguien le hablaba, cosa que hasta entonces nunca hacía. Con esta chica le dio muy buen resultado y, en general, con otras suele conseguir una información muy valiosa.

Tanto hablaron durante esos días que mi hermano pensó que le gustaba a la chica, como le pasó aquella vez con su novia de Terranaba. Por eso se extrañó cuando se la encontró otro día en la discoteca y ella, alegando que estaba afónica, le indicó por gestos que no podía hablar. Mi hermano se quedó un poco chafado, pero al día siguiente la chica le volvió a escribir bastante. Como era el último día que la chica iba a estar por Roldana, mi hermano le preguntó si quería que cenaran juntos. Su respuesta fue confusa, como la conversación del primer día, y al final no quedaron.

Al día siguiente ella se fue y al llegar a Santaél, su tierra, volvió a escribirle mucho y, no solo eso, sino que empezó a enviarle muchas fotos suyas, de cuando iba con su madre al concierto de Julio Iglesias, de cuando estaba en la piscina, de cuando estaba estudiando, y también fotos de su madre, de sus primos, de su perrito. También se contaron cosas íntimas y se hablaban de sus problemas.

En vista de esto, mi hermano la empezó a llamar su novia de Santaél, porque hablaba con ella como si fuera su novia, a pesar de que ni siquiera le había hecho la táctica de la mano y, por supuesto, a pesar de que la loca conversación inicial con su grupo de amigas no le había permitido preguntarle lo de *septentrional*, aunque tampoco recuerdo muy bien si en esa época ya lo hacía mi hermano.

Pasado un año en el que no había tramo de más de quince días en el que no se hablaran, decidieron verse otra vez en Roldana en verano. Mi hermano convenció al

Galgo, que también iba de vez en cuando a Roldana, para que le acompañara unos días antes de que fueran los demás y así poder coincidir con su novia de Santaél más días.

Esto hicieron y el primer día que coincidieron fue en la playa. Hay que reconocer que mi hermano estaba bastante ilusionado. Cuando se acercó al grupo en la playa fue a saludar, pero ella no habló, sino que tomó la palabra la guardaespaldas del año anterior hablando en su nombre. Mi hermano consideró que posiblemente le había dado vergüenza a su novia de Santaél. No pasaba nada porque luego, según había quedado con la portavoz, se iban a ver en la discoteca. Pensó que no había problema porque en el fragor de la noche no habría lugar para la vergüenza.

Sin embargo, cuando se encontraron en la discoteca por la noche, empezó a hablar con ella, pero esta solo contestaba con síes a todo, a pesar de que él le preguntara por ejemplo que dónde había cenado esa noche con sus amigos:

—¿Dónde habéis cenado hoy?

—Sí, sí.

Mi hermano no daba crédito y menos cuando al volver a casa empezó ella a escribirle otra vez. Mi hermano se durmió rápidamente, como es usual después de haber estado de fiesta y no tuvo mucho tiempo de pensar. Pero también es usual, no obstante, en Roldana el síndrome de las 12, es decir, el hecho de que a las 12 uno siempre se despierta sin importar a la hora a la que se haya dormido. Víctima de este síndrome mi hermano se despertó a esa hora y entonces sí que tuvo tiempo de pensar con algo más de lucidez sobre lo que había pasado. Fue la lucidez lo que le hizo resolver el misterio de su novia de Santaél. Empezó a poner todas las piezas en orden. La chica solo le hablaba por WhatsApp, pero nunca bien en persona y la única vez que se habían visto durante el día había hablado la guardaespaldas portavoz o la portavoz guardaespaldas. Eso le llevó a pensar primero que cuando le dieron el número de móvil en verdad le habían dado el de la guardaespaldas y que había estado todo el año chateando en verdad con ella y no con su novia de Santaél; que al principio empezaron gastándole una broma y que luego la bromita se les había ido de las manos. Pero enseguida descartó esa posibilidad porque no podía ser que la guardaespaldas le hubiera mandado tantas fotos de su novia de Santaél. Sería muy raro y una broma demasiado larga. Entonces le vino a la cabeza otra idea, que fue como la respuesta a un jeroglífico en la que todo encaja. Si su novia de Santaél solo hablaba con él por WhatsApp y cuando se la encontraba o no podía hablar porque estaba afónica y hablaba otra chica por ella o respondía todas las preguntas con raros síes, la única posibilidad es que su novia de Santaél fuera... ¡sordomuda! Todo cuadraba. Se lo contó esa misma mañana al Galgo y, aunque al principio se rió y dijo que ya estaba mi hermano con cosas raras, empezó a pensar que era verdad, que todo cuadraba.

Tan convencidos estaban, que, cuando esa noche coincidieron con el grupo de esta chica, mi hermano, al ver que esta volvía a no hablarle, decidió preguntarle a la portavoz. Como le parecía un poco fuerte preguntar si la chica era sordomuda, preguntó eufemísticamente si la chica tenía problemas de audición. La guardaespaldas portavoz soltó una carcajada y dijo que no, que lo único que pasaba es que estaba un poco loquita. Aquella fue la última vez que mi hermano vio a su novia de Santaél a pesar de que aún hoy sigue hablando con ella. Si no fuera porque ella le ha mandado vídeos en

los que sale hablando y porque un día sorprendentemente ella llamó a mi hermano para darle las gracias por haberla felicitado por su cumpleaños, mi hermano aún creería que es sordomuda.

Las excusas que puso ella para explicar su comportamiento fueron que el primer año mi hermano le daba un poco de miedo porque parecía un poco loco, por lo del DNI y por lo que hacía en la discoteca y que el segundo había ido su exnovio con el que medio había vuelto y que no quería que le pillara hablando con mi hermano. Pero el día que le llamó para agradecerle la felicitación, entre otras cosas le dijo que ya se le había pasado el miedo, que se había dado cuenta de que mi hermano era un buen chico y que ya estaba preparada para que se vieran. Como digo, aún no se han visto ni mi hermano la ha oído hablar en persona.

7

En defensa de su novia de Santaél, hay que decir que es verdad que mi hermano puede parecer un poco loco en las discotecas. Yo siempre he pensado que lo hace como protección para que solo alguna chica que esté verdaderamente interesada en hablar con él haga cualquier cosa por conseguirlo, prueba similar a la que la gitanilla en la novela ejemplar de Cervantes somete a don Juan.

Entre otras locuras que ahora contaré, él y el Galgo empezaron un día a hacer lo que ellos llaman «la gravedad». Esta fechoría consiste en estar hablando entre ellos o con otros amigos en la discoteca y, mientras, ir desabrochándose el pantalón disimuladamente hasta conseguir que la fuerza de la gravedad lo baje y seguir hablando como si nada hubiera pasado hasta que el otro se dé cuenta. Si a alguien se lo hacen es como si hubiera perdido en el juego. Es como lo de hacer una cola detrás de alguien cuando van de viaje en grupo. Al que le hacen la cola en fila india detrás es como si perdiera. Lo mejor es cuando alguien solo se da cuenta de que le está cayendo una cola al ver que la gente por la calle le mira raro y, entonces, al mirar atrás ve toda una fila de gente detrás, haciéndole parecer mamá pato.

Otra de las fechorías disuasorias de mi hermano es «hacer los pelos». Esto consiste en ir al baño y ponerse todos los pelos de punta como si se hubiera electrocutado y salir así por la discoteca. Por hacer esto, una vez le pasó que se pegó un buen susto al mirarse en el espejo por la mañana, después de que sus anécdotas lingüísticas consiguieran que, a pesar de llevar el pelo alborotado, ligara con una chica, que llevaba pintados los labios. Y es que cuando al día siguiente mi hermano se despertó con aquellos pelos, con la palidez característica de la resaca y el color rojo del pintalabios de la chica restregado por los labios, al mirarse en el espejo creyó que se había convertido en el *Joker*.

Y hablando de espejos, no con tan mala pinta, pero con la suficiente, un día él y el Galgo fueron en Marlinda directamente desde la discoteca a ver al tío del Galgo, que tenía un mercadillo allí. Como se habían dado un baño en el mar entre medias, consideraron que estaban más o menos decentes, y así es como el alcohol les hacía verse el uno al otro, por lo que llegaron al mercadillo sintiéndose recién duchados. Pues bien, aparte de que el tío del Galgo les dijo días después que le habían dejado rubio con el aliento a whisky, mi hermano tuvo la mala fortuna de que en el momento en el que

mejor se encontraba, justo pasaron por delante de él unos hombres que portaban un espejo de los de pie y se vio reflejada la cara en él. Basta con decir que al principio no se reconoció. Luego le dijo al Galgo que igual era momento de volver a casa.

8

Otras locuras o cosas peculiares de mi hermano tienen que ver con los camareros. Los camareros son una de las obsesiones de mi hermano en las discotecas, sobre todo las camareras, por supuesto, pero también los camareros. Entre otras perlititas tiene su típica respuesta, que yo creo que la ha cogido de alguna película o serie. Cuando una camarera le pregunta si quiere algo más él responde:

—No sé, ¿quiero algo más? —y guiña el ojo igual que Joey en *Friends*. De hecho hubo una época en la que a mi hermano le llamaban Joey, sobre todo cuando le dio por entrar a las chicas diciendo «¿Cómo va eso?».

También cuando paga con tarjeta tiene su ritual. Cuando le pregunta alguna camarera si quiere copia él contesta «¿De ti o del recibo?», escalofriándola. Y como su tarjeta es de firmar, aprovecha la ocasión para pintar corazones en vez de poner la firma o firma con una X, queriendo hacer la gracia de parecer analfabeto, o pone su teléfono o pinta la clásica pantera rosa hecha con hexágonos. Todo un repertorio que, al principio podía resultar gracioso, pero luego empezó a ser un poco tedioso y más cuando alguien que nunca lo ha visto lo celebra o cuando a veces las camareras se ríen e, incluso, se lo enseñan entre ellas. Un día, por ejemplo, al firmar pintó un corazón y después puso su firma y le dijo a la camarera:

—Lo primero para el banco lo siguiente para ti.

La camarera se partió de risa, y más cuando al pedir la siguiente copa y escribir lo mismo mi hermano lo dijo al revés:

—Ahora lo primero para ti y lo segundo para el banco.

Y guiñó un ojo.

Pero su éxito más rotundo fue el día que le escribió una poesía a una camarera en la caja del Big Mac en un McDonalds. La camarera al leerla se metió dentro, donde se preparan las hamburguesas y de repente, cuando ya no se la veía, se oyó una carcajada de todos los que estaban dentro. Mi hermano miró orondo a su compañero de desayuno de aquel día, que ahora no recuerdo quién era.

Otro de sus grandes éxitos a la hora de firmar el recibo de la tarjeta fue en el restaurante al que siempre iban a comer chanquetes, cuando a la hora de firmar el recibo la camarera no tenía boli para que firmara, y mi hermano, sin saber si funcionaría, se tiró un triple y le dijo que no se preocupara, que en ese papel se podía firmar con la uña, que era como papel calco, cosa que curiosamente consiguió hacer cuando lo intentó. La camarera, sorprendida, se lo agradeció y le dijo que bueno era saberlo para la próxima.

También a la hora de pagar, si pide un chupito de jagger o de tequila, suele ofrecer uno al camarero en cuestión diciendo bastante rápido «Dos chupitos de Jagger. Si tú quieres uno, tres», sabiendo que generalmente o el camarero no puede tomar porque está trabajando o que, si puede tomar, con este truco no cobrará ninguno. De esta manera, aun en el caso de que le cobren el chupito, al menos siempre consigue quedar

bien y casi siempre le invitan al segundo, al segundo chupito, digo, no que le invitan al instante.

Otro truco fundamental para quedar bien es dejar un euro de propina. Dice que un euro más al precio que están las copas no se nota, y que, como poca gente lo hace, los camareros agradecen y aprecian mucho el gesto. Dice que es una tontería no hacerlo y para demostrarlo siempre cuenta la historia de que una vez en Ribancho le dio un euro a una camarera, la cual le preguntó «¿Sabes quién soy?». Ante el no de mi hermano le dijo que era la dueña del bar y que a partir de ese momento estaba invitado a todas las copas que quisiera; a las tuyas, eso sí, que no era plan de que se pusiera a invitar a copas a todos sus amigos. Encima con exclusividad, pensaría él.

La mejor propina que dio de esta forma fue una vez en Roldana cuando compró previamente el típico euro que viene pintado por una de las dos caras, en este caso, con una palmerita y con el nombre de Roldana y cuando llegó a la discoteca sorprendió con este euro especial a la camarera a la que llevaba dándole un euro de propina todas las noches. La cautivó realmente.

Otro truco que hace, en este caso para que los camareros se acuerden de lo que bebe y no tener que gritar con el estruendo de las discotecas es decir «uve doble ele ele», lo cual lógicamente, y él lo hace aposta, al principio el camarero no entiende, pero que explicado como White Label con Coca Cola light cobra sentido y es efectivo para que ya no se le olvide al camarero ni lo que significa ni lo que pide mi hermano.

Precisamente es bueno que no tenga que decir lo del White Label porque alguna vez ha tenido problemas con el nombre. Uno de esos problemas fue en su estancia en Nueva Isla, estancia de la que algún día hablaré con más detalle. Empezó pidiendo White Label, pronunciado a la española, es decir, «guait lábel», y no le entendían. Entonces se le encendió la bombilla y pensó, «Ah, claro, es que se pronuncia “guáit léibel”», pero tampoco le entendían. Entonces miró la botella y cayó en que allí lo llamarían por el nombre de la marca, Dewar's, lo cual pronunciado con su mejor inglés o *jaimglish*, es decir, diciendo *diwars*, tampoco obtuvo el resultado esperado. Al final, tuvo que señalar la botella y entonces el camarero exclamó: «¡Oh! ¡Dúars!».

Lo de *jaimglish*, por cierto, es como él llama a su forma de hablar inglés, haciendo un acrónimo del tipo de *spanglish*. Esta forma de hablar es bastante correcta y, al parecer, a las chicas les parece muy mona, sobre todo cuando pronuncia, como tantos españoles, una *e* inicial en palabras que empiezan por *s* más consonante, diciendo, por ejemplo *Espéin*.

Otro día en Roldana, mejor dicho, en Pera playa, que es la continuación del paseo de Roldana, donde en verdad está la casa de Chindas, mi hermano le pidió a la dependienta del veinticuatro una botella de White Label. La chica fue a coger una de Red Label de Johnnie Walker, en la que se ve más grande lo de Label y mi hermano la detuvo exclamando:

—No, no. White Label. —Y acordándose de lo de Nueva Isla añadió—. Bueno, Dewar's —pronunciado *Diwars* porque le parecía demasiado fuerte pronunciarlo *Dúars*.

La dependienta, autóctona ella de las tierras del sur, contestó:

—Cómo que da igual —pronunciado *diwáh*—. No, no, si me has pedido White Label te pongo White Label.

A su lado su amiga Cami 2 se empezó a reír y mi hermano para que no se sintiera mal la dependienta, que con su mejor intención le había recriminado, dijo:

—Ah, ¿que he dicho da igual? Pues no me he enterado. No, sí, mejor White Label si se puede.

De Cami 2, ya que es la segunda vez que la menciono, diré por ahora que es una de las mejores amigas de mi hermano, con la que alguna vez ha tenido alguna historia graciosa que ya irá saliendo en este o en un futuro relato. Es suficiente por ahora contar, por ejemplo, que, como mi hermano y Cami 2 tienen las casas muy cerca en Roldana, muchas veces bajan juntos y solos a la playa. Tanto tiempo pasan juntos y solos que fue inevitable que el padre de Cami 2, de la vieja escuela, cuando se estaban conociendo les viera y se mosqueara. Queriendo no creer que le estaban levantando a su hija delante de sus narices y observando que mi hermano iba muchas veces con un bañador rosa, un día le preguntó a su hija, como queriéndola disuadir de sus posibles intenciones, si su amigo era *mariquita* y que por eso llevaba un bañador rosita con flores hawaianas. Cami 2 se desternilló pensando en la posible reacción de mi hermano. Cuando se lo contó, mi hermano se ofendió un poco pero contestó con sorna diciendo que qué tendría que ver, que eso lo decía su padre porque viendo su atractivo había temido que Cami 2 cayera rendida en sus brazos y se acogía a la esperanza de que fuera mariquita; que además el bañador se lo había regalado una exnovia y que si de algo era el bañador era de surfero, lo cual es lo más macho que hay.

Esta y otras historias que irán saliendo han unido y desunido a la vez, es decir, han unido, a Cami 2 y a mi hermano. En este caso, hay que reconocer que mi hermano tuvo una extraña etapa en la que le encantaba el color rosa: siempre se pedía la ficha rosa en el Trivial, llevaba calcetines rosas y hasta se compró las *Sparco*, cuando se pusieron de moda, de ese color.

Volviendo al tema de las discotecas, lo de pedir con Coca Cola light mi hermano ahora lo sigue haciendo por no engordar, porque según dice él cuando le advierten que el alcohol engorda, lo que engorda es la Coca Cola, no el alcohol. Pero en su momento, cuando estaba más delgado, empezó a pedir Coca Cola light porque descubrió la primera vez que estuvo en América que allí la Coca Cola light se llamaba *Diet Coke* y le encantaba pronunciar el nombre. Así, con la tontería, se acostumbró al sabor y desde entonces siempre pide Coca Cola light, aunque es verdad que ha tenido alguna época de rebeldía en la que ha pedido Coca Cola normal o, incluso, a veces zero.

Aunque todas estas cosas puedan parecer excentricidades, el caso es que mi hermano, además del día que le invitaron a todas las copas en Ribancho, gracias a ellas, consigue algunos favores. Por ejemplo, entre lo del euro y lo del uve doble ele, muchas veces no tiene que esperar cola en la barra para pedir. Con levantar las manos por encima de la gente con un dedo levantado el camarero se lo pone. A veces en vez de un dedo indicando que quiere uno, con una mano hace una uve doble y con la otra una ele.

Y así, aunque es un panoli o pagafantas invitando a chicas, es experto en que los camareros le inviten a cosas.

Pero aún no he acabado con los locos clichés de mi hermano por las noches. Con el calor de Roldana y después de varias noches seguidas saliendo, es normal que la cabeza duela un poco. Para sanarse o al menos aliviarse del dolor, una noche, a mi hermano se le ocurrió echarse copa por la cara, apoyando el borde de la copa contra la frente y volcándola suavemente. Después de varias veces, el sistema resultó efectivo para paliar el dolor, pero no para beberse la copa. Mi hermano pensaba que el líquido seguiría fielmente el curso de la nariz deslizándose dulcemente en la boca a modo de cascada si se sacaba un poco la lengua. Pero no era así, al final el líquido caía por todas partes menos en la boca; la nariz hacía de rompeolas, más que de cauce o lecho.

De esta forma, con lo que se empezó a llamar el «chupito frente», fue como mi hermano se empezó a ganar la fama de que siempre lleva la camisa mojada, hasta el punto de que se ha convertido en tradición para él el mandar fotos a la gente con lo que él llama *empapadas*: «Esta empapada es de las mejores que recuerdo», decía un día por ejemplo al mandar una foto en la que tenía mojados hasta los pantalones.

Tal es el entusiasmo con el que la gente recibe estas fotos que, cuando le ven en una discoteca sin la camisa mojada se lo recriminan y llegan a exigirle que se la moje para poderse hacer una foto con él y mandarla, como si de un famoso se tratara. Alguna vez incluso le han llegado a sugerir que, para no mojarse la camisa, se la abra, cosa que, por cierto, ya hace algunas veces en las discotecas por motivos distintos, pero él el día que probó a hacer el chupito frente con la camisa abierta comprobó que aunque era cierto que no se le mojaba la camisa, se le mojaban en cambio los calzoncillos (y los pelos del pecho). Ante esto le contestaron que para eso podía ir comando. Pero por ahí no estaba dispuesto a pasar mi hermano por miedo a pillarse la... en fin, por el miedo que todo el mundo tiene después de haber visto la horrible escena de *Algo pasa con Mary*.

Hay que decir, no obstante, que una de las mejores empapadas no la consiguió mi hermano, sino el Galgo. Fue un día que estaban en Marlinda en una discoteca donde las copas eran insultantemente caras. En esa época estaba muy de moda la canción *Wake me up* de Avicii, tanto que la gente se volvía loca y empezaban a dar brincos y a montar una especie de remolino. Al segundo día que la pusieron, de repente vieron que el Galgo, que había aprendido de la experiencia, antes de unirse al remolino se tiró la copa por encima de la cabeza. Cuando le preguntaron que por qué lo había hecho respondió:

—Con lo cara que es la copa aquí, antes de que me la tiréis vosotros prefiero tirármela yo.

La explicación que le dieron a estas palabras fue que era como en la explosión de un edificio: puestos a tirar la copa por encima mejor hacerlo de manera controlada.

Además del éxito abrumador que tiene mi hermano con las fotos de la camisa mojada, también lo consigue con las fotos que manda por WhatsApp de un reloj que tiene en su cuarto, en las que se ve la hora a la que se acuesta al volver de fiesta. Ha

habido incluso peleas entre chicas si a una se lo ha mandado y a otra no y se enteran o si a alguna se la ha mandado unos minutos más tarde porque eso significa que es la última en la que ha pensado antes de acostarse.

También al volver de fiesta a veces escribe bellos poemas que cuelga en su muro en Facebook. Por las mañanas se indigna y se encabrita al ver ve que estos poemas tienen más megustas que otros poemas serios que cuelga entre semana.

También gozó y aún goza de mucho éxito con una serie de fotos que empezó a hacer a la gente con un abrigo verde chillón que se compró, verde lima, para ser más técnicos. Todo empezó cuando estando en Holanda, un amigo americano le pidió consejo con la foto de perfil del Facebook y mi hermano, que en ese momento tenía una con este abrigo verde con la que había conseguido muchos megustas, le dijo que por qué no se lo ponía y subía una foto con él puesto, que el verde del abrigo favorecía mucho. Eso hicieron y lo mismo después con la mejor amiga holandesa de mi hermano, que estaba con ellos y que se había puesto celosa. Y así poco a poco fue haciéndosela a más gente hasta conseguir más de ochenta fotos, que son las que tiene ahora más o menos. Incluso la perrita del Galgo tiene una con el abrigo. En este caso, igual que con lo de la camisa mojada, muchos al verle por ahí con el abrigo le piden que se lo deje para hacerse una foto.

Otra de las fechorías de mi hermano es el llamado «chupito emergente». Esto consiste en meterse un vaso de chupito vacío, después de haberse tomado el contenido, dentro de la copa llena. El efecto que tiene en las chicas el ver cómo mi hermano, después de ofrecerles un chupito, lo saca de dentro de su propia copa, como si emergiera por arte de magia, es inefable. Y más efecto aún tiene cuando saca uno para ella y otro para él. También es verdad que, como es lógico, muchas veces las chicas no quieren beber por si la copa está envenenada o por si tiene alguna pirula o, vamos, porque les da un poco de asquillo ver cómo mi hermano mete los dedos en la copa de la que saca el chupito.

Si alguien quiere probar la táctica del «chupito emergente», ¡ojo!, es importante que el vaso contenedor sea vaso de sidra o alguno otro ancho, porque si se hace en vaso de tubo el chupito se puede quedar encajado, lo cual puede ser bueno o malo. Puede ser bueno porque es bonito el efecto que se produce cuando el chupito se queda arriba y al darle la vuelta a la copa el líquido no cae, pareciendo cosa de magia porque el chupito no se ve. Pero puede ser malo si, cuando ya se quiere sacar el chupito para seguir bebiendo, se le da la vuelta a la copa, y, después de dar unos golpes al culo del vaso, el chupito cae al ojo. También es importante no emular al Galgo en lo de tirarse la copa por encima si tenemos un chupito emergente dentro, que sé por experiencia que hace más daño que los hielos.

Es menester decir que lo del chupito emergente no fue exactamente invento de mi hermano. Se le ocurrió en Holanda, cuando descubrió y, por supuesto, probó una forma de tomarse la cerveza, que es pidiendo al lado un chupito de ginebra o vodka para que así la cerveza no dé tantos gases. Esto tiene un nombre en holandés que no recuerdo, pero cuya traducción es 'rompecabezas'. Este menú se puede tomar de al

menos tres formas. La primera es ir dándole un trago a la jarra de cerveza y luego un sorbito al chupito. La segunda es vertiendo el contenido del chupito dentro de la jarra de cerveza; y la tercera, y aquí está la clave, es echando directamente el vaso de chupito con su contenido en la jarra de cerveza.

Esta idea le gustó mucho a mi hermano, porque aunque le encanta la cerveza, si toma demasiada le dan gases y se duerme. Lo de que la cerveza le duerme se pudo comprobar la noche en la que en una barra libre de cerveza en una discoteca en Comandafnia cayó rendido en un sofá. Cuando un puerta le vino a echar, se levantó asustado y preguntó que por qué le quería echar. El puerta le dijo que en la discoteca no se podía dormir y él poniéndose a bailar en ese momento dijo: «Pero si estaba bailando». Y no le echaron.

También le cogió cierta aprensión a beber demasiada cerveza cuando se enteró de que fomenta la gota. Desde que leyó aquello cada vez que se pasa con la cerveza nota que tiene el dedo gordo del pie hinchado.

El peor día sin duda relacionado con la gota fue cuando al volver de fiesta en Favencia un verano, al quitarse el zapato vio que tenía el dedo gordo y parte del pie del color que se pone la piel cuando hay sangre por dentro, es decir, como amoratados o acardenalados. Se asustó mucho, pensó «Hasta aquí hemos llegado» y rezó por que lo que hubiera pasado fuera que se había desteñido el zapato, aunque era marrón. Empezó a frotarse el pie y no salía. Al final, frotando con ahínco y con el ímpetu del que no quiere morir tan joven, consiguió que se fuera quitando el color, seguramente porque en verdad era cosa del zapato, aunque si hubierais visto la vehemencia y el frenesí con los que se frotaba el pie con la esponja, en una postura bastante graciosa, por cierto, dudaríais como yo de si lo que en verdad hizo fue devolver la sangre allí acumulada al corazón.

También por el problema de no querer beber demasiada cerveza, en Romsa — una ciudad noruega donde mi hermano ha ido varias veces por estancias y congresos y que está por encima del círculo polar ártico— se exponía mi hermano a una situación curiosa. Nos contaba un día que en las discotecas de allí dejaban pasar y beber cerveza a mayores de dieciocho años, pero solo podían beber bebidas espirituosas fuertes los mayores de veintiuno. Como en los países europeos las copas son caras y pequeñas, sus amigos solían pedir cerveza, y mi hermano hacía igual hasta que en un momento de la noche necesitaba una bebida que le detuviera la gasopuntura que le atormentaba por dentro. Para poder tomar una de las bebidas fuertes había una salita especial a la que solo se podía acceder si se era mayor de veintiuno y, por supuesto, no se podía salir con la copa. Así que era como una sala de fumadores, pero peor, porque como nos decía mi hermano, el que sale a fumar, aunque lo haga solo, tarda unos cinco minutos, pero el que se está tomando una copa, encima cara, se tira media hora mínimo para degustarla como es debido. Así que mi hermano, mientras se terminaba su copita se pasaba al menos media hora solo en una sala donde apenas había mujeres, rodeado de borrachines, con los que, tras haber pensado en sus cosas, por supuesto, acababa hablando, sobre todo si daba el «sorbo letal», es decir el sorbo en el que uno pasa a no recordar las cosas y en el que a mi hermano le empezaba a dar el «momento social». Pero pasar por esa sala era la única forma de aguantar. Lo peor de todo es que encima

mi hermano es de los que les cuesta estar bailando en una discoteca sin una copa en la mano, no por beber, sino por costumbre, así que cuando no estaba en la sala de bebedores, estaba como incómodo mirando hacia ella, con lo que parecía un alcohólico.

Parecido a lo del Galgo con la canción de Avicii, pero en dirección opuesta, es lo que mi hermano llama «hacer un Fernando Alonso». Un «Fernando Alonso» consiste en agitar una bebida embotellada y abrirla empapando a todos, igual que hace, o que hacía, Fernando Alonso con el champán cuando gana o ganaba una carrera. Esto empezó en el reservado de Roldana, un día en que al traerles la mezcla para las botellas de alcohol, mi hermano cogió una botella de cristal de Coca Cola y tapándola con el dedo gordo empezó a agitarla y a empapar a la gente. A partir de ahí empezó a hacerlo también en Almagríz con las cervezas que venden los chinos a la salida de las discotecas. Los objetivos habituales de esto suelen ser Pichuki y Quero, aunque Pichuki ya no tanto después de que un día se enfadara muchísimo cuando mi hermano la empapó a ella y a Celulita a conciencia. Como a mi hermano le gusta mojarse y considera que mojarse con alcohol es signo de salud, al principio consideraba infundadas las broncas que le echaba la gente y seguía haciéndolo y, aunque sin mala intención, molestando. Ahora ya se ha reformado, porque se ha dado cuenta de que no es solo el estar mojado, que ya es molesto, sino que también el alcohol hace que uno huela.

Y ahora que digo lo de «hacer un Fernando Alonso», igual que sucede en otros grupos, en el nuestro hay muchos casos en los que alguien por hacer algo característico repetidas veces acaba dándole el nombre a una acción. Merece la pena destacar algunos de ellos.

Uno, por ejemplo, es «hacer un Galgo». Aparte de lo de tirarse la copa por encima, que también podría decirse que es «hacer un Galgo», el que «hace un Galgo» en este caso es el que organiza un plan y lo propone en el grupo común de WhatsApp y luego, cuando ya está todo el mundo en el sitio donde se ha quedado, resulta que no aparece y, más aún, no avisa de que no va a aparecer. Otro es «hacer un mi hermano», que creo que he mencionado antes y que consiste en coger a una persona, generalmente, a la amiga de una amiga, una noche por banda y darle una buena chapa contándole un montón de historias sin casi dejarla hablar más que para aprobar lo dicho. «Hacer un Zazú» o «un Sano», que en esto hay disputas, es inflarse a copas en una casa y luego irse directo a la cama en vez de salir a una discoteca. «Hacer un Charly» es despertarse por la mañana y darle la vuelta a los pantalones y sacudirlos para ver si queda al menos alguna moneda de por la noche en los bolsillos. Esto se puede completar mirando los recibos de la tarjeta de la noche y quejándose amargamente de todo lo gastado, tirando los recibos por el aire. También «hacer un Charly» es, al recibir una llamada, quejarse diciendo «¿Por qué me llama este ahora?», sea quien sea la persona que llama. «Hacer un Quero» es forzar el saludo con algún vecino y que el vecino no conteste. «Hacer un Mufo» es decir una noche al salir de fiesta que vas a ver amanecer y caer antes de las tres de la mañana. Muy parecido es «Hacer un Lizar», que consiste en ir un fin de semana a algún sitio de fiesta y morir la primera noche. «Hacer un bailarín de Tóldoz»

es casi darse con el coche de delante por estar distraído mirando a una tía buena que pasa por la calle.

Luego los hay más sofisticados, como «hacer un Kiko Burgos» o «hacer un Alfonsito», los dos muy relacionados. El primero lo explicaré luego para que veáis en directo el origen. El segundo consiste en parar alguna actividad, en su origen fue una partida de mus, y sin venir a cuento sincerarse diciéndole a la gente, por ejemplo:

—Sois mis mejores amigos. Nunca me lo había pasado tan bien jugando al mus.

Y luego pasar a preguntar por algún tema íntimo como que qué opina la gente sobre los celos.

Hasta ahora, en todos estos casos el nombre de la acción lo da el que la hace, pero también puede dar el nombre el que la recibe. Por ejemplo, Chindas y mi hermano llamaron hacer un Cami 2 a estar en una discoteca con alguna chica, al principio siempre era Cami 2, y decirle que te estás haciendo pis para irte a dar una vuelta por la discoteca entrando a chicas (la llamada «putivuelta») y no volver hasta un buen rato después habiendo dejado a la chica sola o, mejor aún, habiéndola dejado con alguien con quien no se lleva bien y que no tiene mucha conversación. Este tipo de grupos que no pega ni con cola, por cierto, es lo que se llama un «pencho», como los que típicamente hay en las mesas de las bodas.

También hay otra acción en la que el nombre lo pone el que sufre la acción: «hacer un cajera de Mercamujer» (o en su versión reducida «hacer un Mercamujer»). Esto consiste en no contestar a una pregunta que alguien nos hace y que claramente oímos sin ningún motivo. El nombre viene de que en la época en la que a mi hermano le dio por ser borde, un día estaban comprando en Mercamujer y la cajera le preguntó alto y claro a mi hermano si quería una bolsa y mi hermano ni se molestó en contestar. A su amigo Fernando, que iba con él, le hizo mucha gracia y desde que nos lo contaron llamamos así a cualquier caso en el que sin razón alguna no se contesta a una pregunta.

La posibilidad de que el nombre de la acción lo dé el agente o el paciente me recuerda a algo que nos contó mi hermano un día: la posibilidad de encontrar verbos que indiquen en qué sitio se pone algo o verbos que indican lo contrario, es decir, qué se pone en un sitio (en inglés mi hermano dice que se llaman *location* y *locatum* verbs, respectivamente). Un ejemplo de los primeros es el verbo *to shelve*, que significa ‘poner en una estantería’ y un ejemplo de los segundos es *saddle*, que significa ‘poner la silla de montar en algún sitio’, es decir, en el primero el nombre lo da la estantería, que es el lugar en el que se pone algo y en el segundo caso el nombre lo da la cosa que se pone. En español un ejemplo de los primeros sería *enjaular* o *enlatar*, porque estos verbos indican que metemos algo en algún sitio, en una jaula o en una lata; y ejemplos de los segundos podrían ser *ensillar*, *enyesar*, *empanar* o *empolvar*, porque indica lo que le ponemos a algo: una silla, yeso, pan o polvo. Y para más inri, hay incluso verbos que indican lo que se quita de un sitio, como *dust* en inglés, que significa ‘desempolvar’. En español creo que no hay ninguno de estos, aparte de los que tienen el prefijo *des-* como *desempolvar*, claro, a no ser que *barrer* sea ‘quitar el barro’, je, je.

Bueno, dejándonos de explicaciones complicadas, que al final se me pega el espíritu de mi hermano, y volviendo a las locuras de este, de la siguiente, la cual he mencionado antes, tuvo la culpa el ron. Mi hermano y compañía habían cogido un reservado en Valhalla y en el reparto de las botellas que tenían que pedir para poder coger el reservado, todos bebían ron menos él, así que aceptó beber esa noche ron. Al fin y al cabo su bebida inicial fue el ron con granadina. Lo que no sabía en aquel momento es que el ron, quizás por el azúcar o porque no era su bebida habitual, le iba a poner especialmente cariñoso. Y empezó a acariciar cojines y a ponérselos por el cuello y a dar lametones en los brazos a las chicas, sobre todo en el de Pichuki, intentando conquistarla así, teniendo cuidado de no lamer el hombro de cualquiera después de que una amiga, no tan amiga, le dijera que como le volviera a lamer el hombro le soltaba una galleta. Pero Pichuki, lejos de caer rendida no hacía más que gritar, pedir auxilio y decirle a mi hermano que el ron le había vuelto loco. Desde entonces no le deja beber ron en su presencia.

Y lo que no consiguió con lametones, es decir, dejar prendada a Pichuki, lo consiguió un día con una de sus camisas de alta eficacia. Esta es una camisa azul con rayas blancas, de las pocas que no tiene mi hermano con marca y que, sin embargo, le proporciona muchos éxitos. Esto, es decir, el que algo le quede bien y él no pueda saber por qué, le ralla —creo que en este sentido se escribe con *ll*— un poco, porque es de las pocas cosas que él considera que no puede controlar. Aunque esa noche no se dio cuenta y solo percibió que su amiga Pichuki le miraba raro, al día siguiente Pichuki le confesó que se había prendado de él esa noche. Ella no dijo explícitamente que fuera por la camisa, pero él sabía que era por eso y más porque la había combinado con unos pantalones verdes, en este caso cortos, puesto que en Monsácar siempre aprovecha para salir con pantalón corto.

Esa camisa, curiosamente, dependiendo del color de los pantalones, tiene éxito con unas chicas de un sitio o de otro. Si la combina con pantalones verdes tiene éxito con españolas, como Pichuki, y si la combina con pantalones amarillos triunfa con chicas sudamericanas, especialmente del norte, de Colombia y Venezuela. Un día, después de tener esto estudiado, mi hermano se lo contó al Galgo, a Mufó y Mamut, y no se lo creyeron, pero tuvieron que darle la razón al ver cómo le miraban por la calle chicas de aspecto sudamericano y sobre todo al ver que un par de chicas con claro acento venezolano se les acercaron para ver si les podían hacer una foto. Mi hermano pensó que seguro que lo que querían era hacérsela con él.

Pero mi hermano todavía tiene que estudiar qué pasa si combina la camisa con pantalones rojos y con otros colores. Ya os contaré. La sorpresa vino un día que se puso la camisa con pantalones verdes, con lo cual tendría que ligar con españolas, pero ligó con una mexicana. La explicación que le dio mi hermano a esto es que puede que España y México compartan el gusto por la combinación, igual que comparten, junto con la zona del Río de la Plata, el uso de *pirado* con el significado de ‘loco’, o la alternancia de dativo-acusativo en verbos del tipo de *invitar*, es decir, la posibilidad de decir tanto *A ella le invité a venir* como *A ella la invité a venir*. Habría que ver para

verificar esta hipótesis, si como pasa con esta alternancia, la camisa también tiene éxito con chicas de las Antillas o de otras partes de Centroamérica.

¡Ah!, y ahora que he escrito *mexicana* con *x*, que también lo podría haber escrito con *j*, aprovecho para recordar la explicación que nos dio un día mi hermano de por qué algunas palabras se escriben con *x* pero se pronuncian, y es error común no hacerlo, como si tuvieran *j*.

Resulta que el sonido con el que ahora pronunciamos la letra jota no tiene un único origen. Por una parte viene de un sonido que en español medieval era como en inglés *sh* y por otra un sonido que era como la *j* del francés. El segundo se escribía con *j* o con *g*, pero el primero se escribía con *x*. Por eso en libros medievales se puede ver *dixo* en vez de *dijo*. Estos dos sonidos con sus respectivas grafías acabaron confluyendo en el actual sonido de la *j*, por lo que la VEI en mil ochocientos y pico decidió unificar la cosa, eliminando la *x* para este sonido. No obstante, en algunos nombres propios de lugares o personas aún se conserva. De ahí que México y su gentilicio mexicano se sigan pudiendo escribir con *x*, aunque hay que pronunciarlas como si fuera una jota o si uno quiere fliparse como *sh*, pero nunca *ks* como una equis, como hacen los incautos ingleses, por ejemplo, que no tienen un hermano como el mío para que les explique estas cosas.

10

Conociendo todas estas historias y locuras de mi hermano, es normal que a su novia de Santaél, que es la que ha dado origen a que las cuente, mi hermano le pareciera al principio un poco loco.

Viendo todo esto hace aún más gracia lo que nuestra abuela siempre cuenta que le dice a la gente cuando habla de nosotros:

—Pues mis nietos, ni fuman ni beben ni van a discotecas.

Y después de contar esto siempre dice riéndose:

—Deben pensar que qué sosos son mis nietos.

Mi hermano siempre le dice, asumiendo que alguna vez nos habrá visto algún vecino volviendo tarde:

—Pues si ni fumamos ni bebemos ni vamos a discotecas, la gente se preguntará qué hacemos para volver a las 7 de la mañana.

Yo supongo que pensarán que o tenemos engañada a nuestra pobre abuela o que hacemos algo peor que fumar, beber e ir a discotecas: que vamos a clubs de alterne o puteches.

Un día, cuando le dijo a un vecino que su nieto estaba terminando la tesis, el vecino le contestó:

—¿Quién? ¿Uno de los que ni beben ni fuman ni van a discotecas?

Quizás porque mi abuela de verdad piensa que ni fumamos ni bebemos ni vamos a discotecas, cuando ella iba a Roldana, que ya no va, a mi hermano que por las mañanas allí se despierta resacoso a la 13:55, baja a la playa, se da un baño y a las 14:00 está de vuelta, le exigía desayunar antes para no bajar con el estómago vacío a la playa. Y las dos opciones eran o leche con galletas, que apetece bastante poco estando de

resaca o cerveza con patatas, que, aunque apetece por la mañana, no es lo más recomendable nada más despertarse, por mucho que digan que la cerveza quita la resaca, y que no es lo esperable como recomendación de desayuno de una abuela.

11

En una de las tardes de espera a la siguiente pista de la aventura cuya ansiedad de momento solo el recuerdo de estas historias aligera, mi hermano recibió un mensaje de Natalia, una de las tres Natalias con las que tenía algún troteo, que en este caso no estaban aún numeradas, como en el caso de Cami 1 y Cami 2. Esta Natalia era una chica que había salido, como Venus, de entre las olas del mar y las historias roldaneras, aunque ahora vivía en Almagriz, y era la chica que por aquella época ocupaba más espacio de la mente de mi hermano.

En el mensaje le decía que iba a hacer una fiesta en su casa y le invitaba a él y a Cami 2, que era precisamente la que les había presentado porque decía que hacían buena pareja. Todo hubiera estado, perdón, habría estado bien, que si no mi hermano se pone nervioso, como ya contaré, si no hubiera sido porque Natalia había terminado el mensaje poniendo «¡Veniros!». Mi hermano en el momento no le dio demasiada importancia, pero a medida que pasaba la tarde, cuanto más lo masticaba más bola se le iba haciendo, de tal manera que, en cuanto se subió al coche de Cami 2, le manifestó a esta su profunda preocupación:

—Igual no es la chica de mi vida, porque ha puesto «veniros» en vez de «veníos».

Cami 2 le contestó:

—Pues yo también habría dicho *veniros*. ¿Por qué está mal?

Él, que no hacía mucho que se lo había leído bien en la Gramática, empezó:

—El imperativo de *venir* cuando no va con pronombre ¿cómo es: «venid aquí» o «venir aquí»?

Ella, que se sabía esa, le contestó:

—*Venid*

—Claro, entonces el imperativo sería *venidos*, ¿no?, pero la *d* se pierde en español y por eso es *veníos*. Solo hay un caso en el que esa *d* no se pierde: *idos*. Aunque creo —de esto no se acordaba bien— que también está permitido *iros*.

Como la explicación no fue del todo mala y a su amiga le gustaba saber esas cosas, pasó por alto el hecho de que mi hermano pudiera perder el interés en una chica por el mero hecho de que dijera o, peor aún para él, escribiera, *veniros* en vez de *veníos*, y eso que la pobre Natalia estaba invitándoles a una fiesta. De todas formas, yo estoy seguro de que para él esto no era tan grave como, por ejemplo, escribir *a ver* en los casos en los que corresponde *haber* o *hay* en los que corresponde *ahí* y, por tanto, podría pasárselo por alto a Natalia, como de hecho hizo, permitiéndose seguir pensando en ella algunos días más.

Para satisfacción de mi hermano, meses más tarde, Cami 2 le contaría que Natalia un día le había confesado que se había dado cuenta al poco de mandar el mensaje que había puesto *veniros* y que se preocupó por lo que pudiera pensar de ella un lingüista como mi hermano.

Y es que mi hermano, aunque, como ya sabemos, puede pasar por alto faltas de ortografía y errores gramaticales, ya que los considera un tesoro porque reflejan el habla natural de la gente, no los puede pasar por alto en una novia. El hecho de que sean un tesoro teórico no quiere decir que su futura novia pueda cometerlos, puesto que esto indica falta de cuidado en el detalle y en el deseo de una buena comunicación con los demás, y, además, le llevaría a distraerse al hablar con ella y no se concentraría bien en quererla.

Decía un día mi hermano sobre la ortografía:

—Es que hay gente tan mala con la ortografía que en vez de buscar algo en Word lo pegan. ¿Por qué? Porque en vez de darle al *control + b* le dan al *control + v*.

Y completaba otro día viendo un *a ver* mal escrito:

—Es que parece que la gente no sabe lo que significa *a ver*. Con lo fácil que es. Si es que encima hay trucos. Por ejemplo, cuando se puede poner un *vamos* delante de *a ver*, es que se escribe con uve y separado. Por ejemplo, en *A ver si vienes* puede decirse *Vamos a ver si vienes*, pero en *Haber hecho las cosas bien* no se puede decir *Vamos haber hecho las cosas bien*.

Lo que sí permite mi hermano son algunas licencias para aplicaciones de mensajería como el WhatsApp, de las que tiene un manual y que él mismo se permite en algunos casos, sobre todo en los de urgencia máxima. Por ejemplo, permite que solo se ponga el signo de interrogación o exclamación de cierre, puesto que normalmente el de apertura es difícil de encontrar en los teclados de los móviles y además no solo en latín no los tenían sino que los signos de apertura no tienen relación con su origen, que ahora explicaré.

También dice mi hermano que poner punto después de cada mensaje queda feo o tajante y, por tanto, para él no es necesario. Acepta las abreviaturas como *q* por *que*, *xq* por *porque* o *xa* por *para*, pero solo las justas y las que todo el mundo entiende. Eso sí, odia, no sé por qué, usar el 2 para *dos* y cualquier otro número. Odia por ejemplo que la gente ponga *salu2* en vez de *saludos*. Dice que las abreviaturas solo deben llevar letras. Y en caso de que la palabra abreviada tenga tilde en su origen, hay que poner la letra que lleve la tilde aunque sea una abreviatura, es decir, aunque en un caso como *porque* se pueda poner *xq*, en un caso como *por qué*, hay que poner *xqué*. Y es que con las tildes y las comas mi hermano no admite licencias, ya no solo por cuestiones ortográficas sino para evitar posibles confusiones. Las mayúsculas en los nombres no son obligatorias, aunque mejor ponerlas, siempre y cuando no lleven a confusión. Por ejemplo, en un caso como «Me ha mordido el galgo», si el que ha mordido es nuestro amigo, hay que poner la mayúscula.

En cualquier caso, nunca se pueden cometer faltas de ortografía, por mucho que la *v* y la *b* estén pegadas en el teclado.

En su manual también aparecen reglas de cortesía que él considera imprescindibles para poder mantener una conversación sana. En primer lugar, es mejor mandar un mensaje largo que muchos cortos, a no ser que se quiera conseguir algo a través de los mensajes cortos, igual que en la poesía el verso, más allá de la rima,

distribuye el mensaje de una manera armónica y precisa. Por ejemplo, coqueteando con una chica se le podría poner «Por eso no me gustas...» y luego en otro mensaje «...de momento». Si se pusiera todo seguido y sin esperar un poco, se perdería la gracia. Eso sí, en estos casos no se debe aplicar la táctica de los dos minutos entre uno y otro mensaje. La táctica de los dos minutos, como he explicado antes, solo sirve para esperar que la chica mande dos mensajes seguidos y recibir más información de la que uno conseguiría si no esperara. Por otro lado, no se puede avasallar. Si nos sale que la otra persona está escribiendo hay que esperar a que mande el mensaje para empezar a escribir el siguiente nuestro.

Si alguna chica incumple alguna de estas reglas empieza a perder puntos y, dependiendo de la gravedad de la falta, puede perder todos los puntos de una vez, como en el carnet de conducir.

Por cierto, me refería antes al origen de los signos de interrogación y exclamación. Según nos explicó y nos enseñó en la Wikipedia mi hermano, el signo ? viene de *quaestio* en latín, que significa ‘pregunta’. La palabra *quaestio* se abrevió en *qo* y para ahorrar espacio se empezó a poner la *q* encima de la *o*. Después se perdió un poco la forma de la *q*, pero si uno se fija tampoco cambió mucho. Y con el signo de exclamación pasó algo parecido. El origen era la expresión *Io* en latín, que era un grito de alegría que significaba algo así como ¡Viva! Pasó lo mismo aquí, la *i* se puso sobre la *o* para ahorrar espacio, supongo, y se obtuvo el signo ¡.

Cuando se enteró de esto, mi hermano celebró mucho el descubrimiento, porque una profesora de pequeño le había recriminado que pusiera los puntos de estos signos como círculos, lo que a él le parecía mucho más bonito. En ese momento mi hermano no conocía el origen, pero cuando lo supo descubrió que el poner los circulitos estaba bien porque en verdad en su origen eran oes.

Volviendo a Natalia, mi hermano, fiel a su costumbre de llamar novias a las chicas con las que solo flirtea, un día, contando algo relacionado con ella, se refirió a ella como «mi novia de Hantas», porque de Hantas, un pueblo cerca de Roldana era la chica. Mufo, que era uno de los presentes, entendió «mi novia de antes» y preguntó:

—¿Quién? ¿Adri? —Adri es una exnovia de mi hermano, que más tarde volverá a salir.

—Ja, ja. No, de Hantas, de un pueblo cerca de Roldana.

Esto le recordó a mi hermano el viejo chiste de los zapatos de ante, que no son los de después. En fin.

Otro de estos días mi hermano estaba escribiéndose con una chica que había conocido en una discoteca. Esta era la típica chica que lo pregunta todo, cosa que a mi hermano normalmente le pone algo nervioso, pero en este caso la chica tenía una conversación bastante ingeniosa y respuestas rápidas, lo cual le estaba dando bastante juego. Entre otras cosas la chica le preguntó:

—¿Cuáles son tus defectos?

Para lo que mi hermano tenía una respuesta típica que siempre daba:

—Soy demasiado bueno.

—Venga, hombre, no me digas que no sabes decir tus defectos.

—Bueno, también soy demasiado simpático.

—Joé, o sea que eres el típico que no sabe decir defectos —la chica jugaba con el truco de tratar de encasillar a la otra persona como típico, cosa que podría haber funcionado con mi hermano si no fuera la tercera vez ya que lo utilizaba con él.

Mi hermano respondió:

—Ah, mira, ahora que lo dices tengo el defecto de que no sé decir mis defectos.

Ahí tienes un defecto y una paradoja.

Y la chica le soltó:

—No te soporto.

—Ah, es verdad, también soy insoportable.

Después de conversaciones como esta a mi hermano siempre le vienen a la mente los primeros versos de una de las muchas poesías que escribió de pequeño: «Con lo fácil que sería / decirte que te quiero / y que tú me respondieras / que estás loca por mí».

12

A pesar de estos días de sosiego que el recuerdo de las locuras de mi hermano y algún mensaje de las diversiones venusianas —término que nació de la boca del susodicho bailarín de Tóldoz, que en verdad se llamaba Manuel— han conseguido hacer que sean algo más divertidos, mi hermano no se quitaba el Manuscrito de la cabeza. Y con esto ya vuelvo a la aventura que, por la el ansia de presentar todas las facetas de mi hermano, he dejado un momento en suspenso.

Por fortuna para mi hermano y para los que estén intrigados por esta historia, la aventura no terminaría con el fracaso de la expedición del atril. Todo siguió una tarde, en la que Quero, el Galgo, Mamut y mi hermano iban de compras en el metro. Cuando iban con más gente Quero y mi hermano se cortaban un poco en sus conversaciones y escuchas lingüísticas, porque ya una vez les habían dicho que sus conversaciones eran un poco incómodas para los que no podían participar y encima eran muy aburridas.

En esas estaban cuando, de repente, se subieron en el metro los mismos señores de las gabardinas, pero sin gabardinas. Para no dejar por ello de parecer misteriosos, habían sustituido las gabardinas por maletas antiguas, de las cuadradas de cuero duras. Mi hermano masculló a Quero:

—Mira, Quero, los señores de la otra vez. Los malandrines se han quitado las gabardinas para disimular, pero estoy seguro de que esos son los mismos hombres que vimos la otra vez.

Empezaron a observar a los hombres con un ojo a la vez que seguían con el otro, poniendo cara de pez martillo, la conversación con el Galgo y Mamut. Esto les permitió escuchar una frase clave:

—El maldito chaval nos la ha jugado. Se ha llevado la carpeta entera con el Manuscrito.

—Ajá —pensó mi hermano recordando al chaval de arquitectura—. ¡Ecce carpeta! ¡He aquí la carpeta! Pero ¿adónde se la habrá llevado el maldito chaval?

En ese momento, en un nuevo guiño de la Providencia vieron cómo a los hombres se les caía una tarjeta al suelo. La típica escena de película. El primer impulso fue ir a por la tarjeta, pero prefirieron disimular y esperar a que se bajaran los hombres, con la esperanza de que no se dieran cuenta de que se les había caído, igual que cuando a alguien se le cae un billete. Si no se bajaban antes que ellos tendrían que esperar y pasarse la parada a la que iban, pero ¿qué iban a decir el Galgo y Mamut? De momento seguían sin querer decirles nada del Manuscrito.

Al final, llegó la parada a la que iban y los hombres aún no se habían bajado. Mi hermano pensó en agacharse y decirles que se les había caído la tarjeta y aprovechar para leer lo que ponía, pero no quiso que aquellos hombres se fijaran en él, así que decidió simplemente fijarse él en la tarjeta mientras salía. Distráido como iba mirando, se tropezó al salir, porque no tuvo cuidado para no introducir el pie entre el coche y andén y todo el vagón, incluidos los hombres, que al final resultó que se bajaban también allí pero eran de los que esperan a llegar a la parada para acercarse a la puerta, no tuvieron más remedio que fijarse en él, ya no solo por la caída sino porque para disimular mi hermano hizo un medio tirabuzón y cayó como haciendo el pino puente, adoptando una postura que, si se tiene en cuenta lo poco elástico que es mi hermano, era bastante rara, con los pies dentro del vagón y las manos fuera, mirando hacia arriba. Y por si aquellos hombres no se habían fijado lo suficiente, las puertas se cerraron apretando a mi hermano en las costillas y en los moratones —otra etimología popular, por cierto, por influencia de *morado*, a partir de *moretón*— de la paliza de los seguratas, con lo que soltó un grito desgarrador. Entre todos, los misteriosos hombres incluidos, a los que se les vio un gesto como de que le reconocían, le ayudaron y pudo liberarse antes de que arrancara el metro. Habría sido gracioso haberle visto andando de lado como los cangrejos para seguir al metro en esa postura, aunque creo que el metro no avanza si hay una puerta abierta.

Cuando se hubo calmado todo, tanto el dolor y el jaleo como las risas de sus tres acompañantes, mi hermano le susurró a Quero:

—Pues a pesar de todo, he podido columbrar —palabra que acababa de leer en *Bomarzo*— que en la tarjeta ponía *Altair* como con letras negras.

—Sí, yo también lo he visto y no me ha hecho falta caerme, je, je.

—Mira el ahogao en la mar este —soltó roldaneramente mi hermano indignado—. Pues he puesto en peligro mi integridad por resolver un misterio. Seguro que tú no te has fijado en que además había un símbolo con forma de triángulo y una estrella dentro.

—Pues no, pero seguro que no es importante.

—Pues, amigo chisgarabís, te digo yo que va a ser la clave.

Tras esta peripecia, durante toda la tarde de compras mi hermano estuvo intranquilo y ansioso, dándole vueltas al nombre *Altair*. Le inquietaba recordar que en la tarjeta había visto la palabra sin tilde. Empezó a preguntarse cómo se pronunciaba, si con acento en la *i* o en la segunda *a*. Él siempre la había pronunciado con acento en la *i*.

La cosa es que en cualquier caso debería llevar tilde. Ah no, claro, si el acento recaía en la segunda *a* no tendría que llevar tilde porque sería aguda terminada en *r*. No es como en *dejáis*, por ejemplo.

Aclarado esto primero, mi hermano empezó a pensar que le sonaba el nombre de Altair porque había un libro de Alberti que se llamaba *Canciones para Altair*. Esto le daba un toque aún más literario a toda la historia. Y lo del símbolo de la estrella seguro que era porque Altair es una estrella o al menos le sonaba que era así. Quero, que también sabía de estrellas, creo que por *Los caballeros de Zodiaco*, se lo confirmó y le dijo además que acababa de ver una película, *El último refugio*, donde justo hablaban de Altair y que es una de las estrellas más brillantes del cielo, creo que la duodécima. A mi hermano se le hacía la boca agua. Como es fácil de entender veía todo esto como señales de una gran aventura y el doce era un número mágico. Yo creo que cualquier número le habría valido.

Estuvo intentando buscar información en su móvil nuevo, que al final había conseguido por una buena oferta después de amenazar con irse de la compañía, pero temía que alguien le viera y decidió esperar a llegar a casa.

En cuanto volvieron a Pinar de San Martín y se quedaron solos Quero y mi hermano, después de las compras, fueron a casa de Quero y se pusieron a buscar en internet. Vieron que Altair significa águila que vuela, la que puede verlo todo. No cabía la menor duda de que todo eran señales. El águila que vio nacer el lenguaje. Pero siguieron buscando y como había predicho mi hermano, si no hubiera sido por el símbolo, no habrían descubierto a qué se refería ese Altair en concreto. Encontraron en Google Imágenes que el Altair con ese símbolo era una compañía de informática, al parecer una compañía secreta que iniciaron algunos empleados que dejaron otra compañía mayor cuando estaba empezando.

La sede de la empresa estaba en Favencia.

—¡Ajá! Así que esos hombres son de Favencia. Con razón hacían mal la concordancia del verbo *haber*.

Y gracias a esto recordó algunas palabras de las que no se acordaba el otro día por la excitación: «Habían muchas carpetas en el archivo».

—Pero ¿qué harían aquí? Quizás les han dado alguna pista. Uhm, pero ahora que lo pienso se bajaron en Nuevos Ministerios y tenían maletas y fueron hacia la línea 8, así que seguro que iban a coger el avión.

Entonces también recordó que le había oído decir al más alto de los dos «¿Cuándo venimos a Favencia? ¿El lunes?». Ese día era lunes. No había duda de que algo llevaba a aquellos hombres a Favencia. Tenían que ir rápidamente allí.

Investigaron dónde estaba aquel edificio de Altair y descubrieron que estaba en la carrer de Pau Claris, 8. Esta vez no había dudas; lo habían oído y visto todo perfectamente.

Estuvieron buscando billetes para ir en tren al día siguiente, cosa que siempre hacía mi hermano cuando iba a Favencia, pero estaban todos los sitios baratos ocupados, así que no tuvieron más remedio que buscar algo en avión, porque en coche iban a tardar mucho. Buscando estaban cuando se les empezó a bloquear el ordenador.

Mi hermano dijo que estaban siendo víctimas del efecto Pauli. El efecto Pauli consiste en que un ordenador se estropee o ralentice en presencia de una determinada persona, generalmente con gran capacidad mental. Se llama así el efecto porque le pasaba al físico teórico Wolfgang Pauli. Mi hermano, haciendo gala de su eventual e ingenua falta de humildad decía que ahora estaba pasando por él, que le solía ocurrir cuando se ponía nervioso buscando billetes por internet y que el caos en su mente provocaba el caos en el ordenador.

A pesar de este efecto y de la influyente presencia de mi hermano, consiguieron sacar unos billetes baratos para el día siguiente por la tarde.

En su afán de no gastar mucho, mi hermano se acordó además de que su amigo Chindas tenía en Favencia un amigo, el apodado rey Escorpión, al que conoció un día, que les podía dejar alojarse en su casa. Llamó a Chindas para consultarle y no tuvo reparos en contarle toda la historia del Manuscrito del Conde Ensartado, puesto que Chindas sabía guardar un secreto. A Chindas no solo le pareció interesantísima la historia, sino que quiso apuntarse.

Quedaron Quero y él con Chindas, al día siguiente, que era martes, día en que ya previene el refrán que no hay que casarse ni embarcarse, por la tarde, para zarpar los tres rumbo a Favencia.

13

Esa noche mi hermano se puso filosófico por todo lo que estaba pasando, tal vez también porque era lunes, y empezó a pensar en algo a lo que llevaba tiempo dando vueltas. Muchas veces cuando se despertaba por las mañanas, le parecía que era como si algunas cosas, por ejemplo una noticia o una chica que le escribía después de mucho tiempo, se las inventara de repente. Como si se de vez en cuando se inventara él mismo cosas nuevas en la vida para hacerla más variada, como si escribiera el argumento de su propia película y aparecieran personajes de la nada o volvieran después de un tiempo. Todo el mundo alguna vez piensa que su vida es como la de *El show de Truman*, pero esto era un poco distinto, como si en vez de ser él el personaje de un show, fuera el creador de todo el show y toda la gente y lo que pasaba fueran sus personajes. Yo creo que de aquí sacó lo del creador de la novela que empezó.

Muchas veces, cuando se ponía a jugar al Trivial, de repente le daba la sensación de que le salían preguntas que no es que no supiera, sino que se las estaba inventando para que el mundo siguiera siendo interesante, que nunca habían existido y ahora él se las inventaba, porque era muy raro que nunca ni siquiera hubiera oído hablar de lo que a veces le preguntaban.

También sospechaba que algo raro pasaba, cuando en determinados momentos de calma o en los que estaba distraído no le escribía nadie al WhatsApp y de repente había épocas en las que le escribían mucho. Luego había chicas de las que se olvidaba y no le escribían, pero de repente pensaba en ellas y justo le empezaban a escribir otra vez como si su vida fueran capítulos de una serie o algo así, como si él pudiera ir controlando cuándo le tenía que escribir la gente. Muy raro.

Pero bueno, tampoco hay que darle muchas vueltas a estas cosas. También hubo una época en la que pensaba que estaba loco y que no se lo decían para que no sufriera, pero que en verdad veía cosas que otros no veían y se imaginaba su mundo. Por suerte, esto lo resolvió un día haciéndose una foto con un perrito caliente y mandándola por WhatsApp para ver si la gente lo veía. Lo comprobó cuando los del grupo del WhatsApp hicieron bromas sobre el tamaño de la salchicha. Eso le bastó para considerar que no estaba loco; al menos en el sentido de inventarse cosas.

En fin, con esta divagación he conseguido mi objetivo, que no era sino que mi hermano y compañía no viajaran en este capítulo, que es el trece, pues por mucho que la Providencia esté casi siempre de su lado no hay que gafarles haciendo viajar a nuestros intrépidos aventureros un martes y encima en trece y menos sabiendo que les espera una trepidante aventura en Favencia.